

LA 24  
LINTERNA  
MÁGICA



297

9  
24

DAD AU  
CIÓN GE

POR  
FACUNDO

24

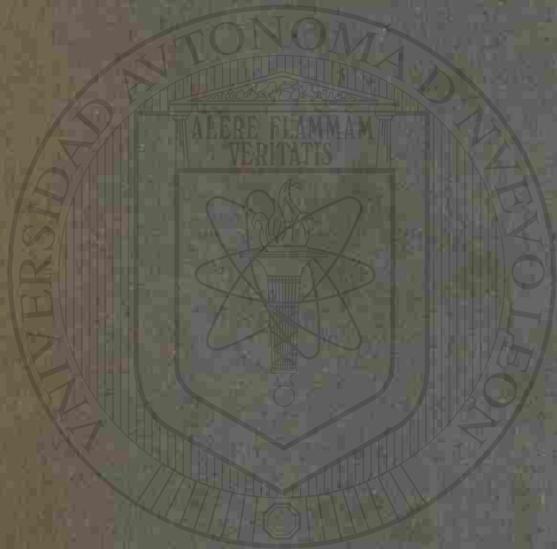
AVONNI  
12.5  
11.5  
1.5

PQ729  
C77  
1889  
V. 24  
T. 2  
C. 1

1  
00  
00  
00



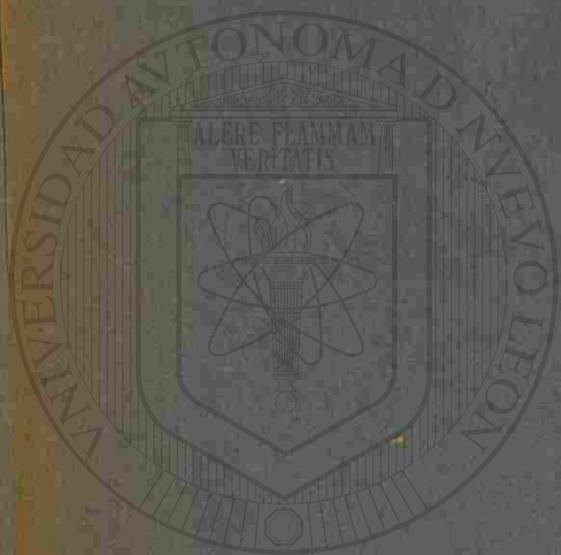
1080042531



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA  
LINTERNA MÁGICA

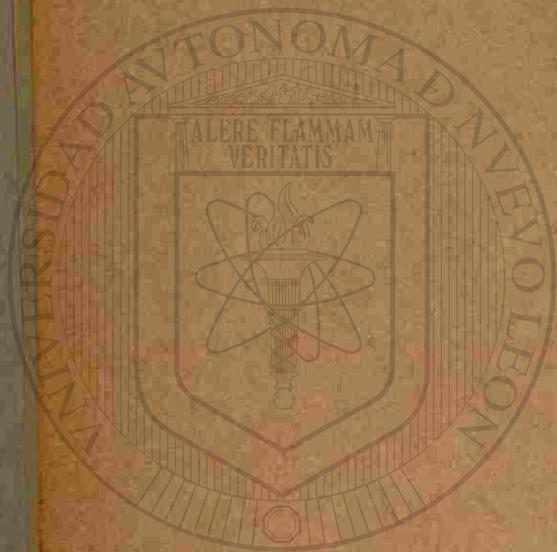
SEGUNDA ÉPOCA.

TOMO XXIV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

081  
86-3:39

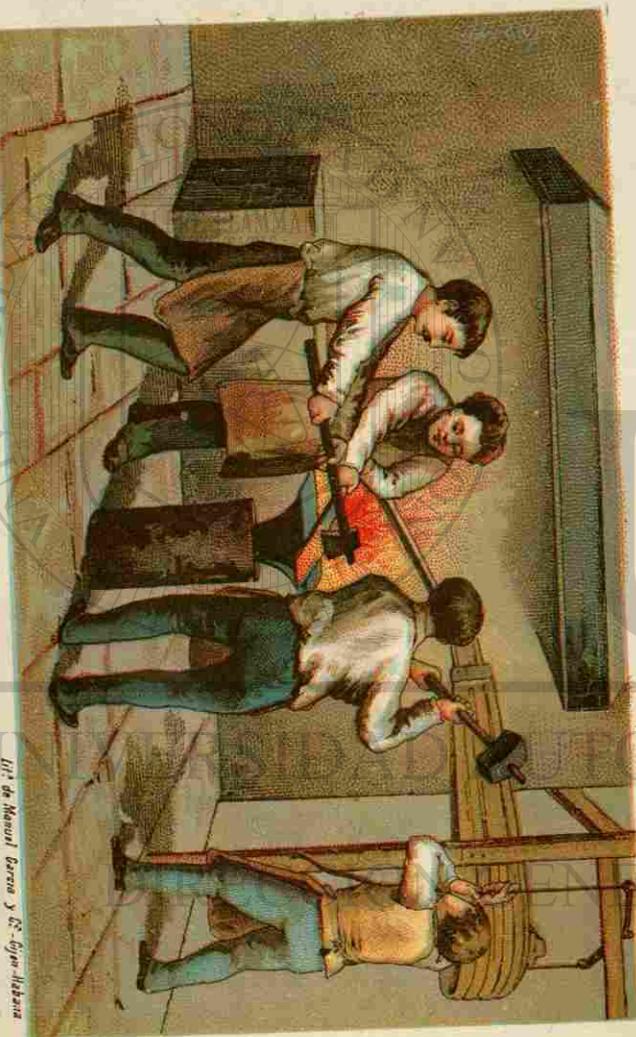


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Imp. de L. Blanchard - Santander.

La calda.

Imp. de Manuel Barro y S. C. en Havana

# LA LINTERNA MÁGICA

COLECCIÓN DE NOVELAS  
DE  
COSTUMBRES MEXICANAS, ARTÍCULOS Y POESÍAS  
DE

## FACUNDO

(JOSÉ T. DE CUELLAR)

ilustrada con grabados y cromolitografías.

TOMO XXIV.



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria



SANTANDER.

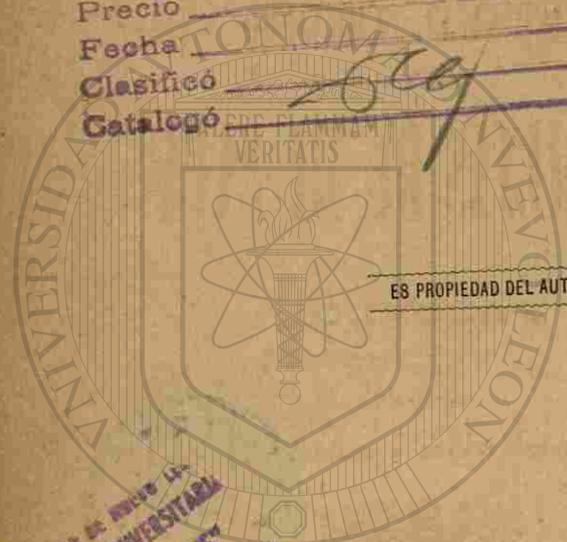
IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD.

1892.

55172

36227

Núm. Clas. 081  
Núm. Autor 09652 / 1.23/26  
Núm. Adg. 36227  
Procedencia \_\_\_\_\_  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasific. \_\_\_\_\_  
Catalogo 609



ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Calle 1425 MONTERREY, N.M.L.

LA LINTERNA MÁGICA  
SEGUNDA ÉPOCA.

GABRIEL EL CERRAJERO

ó  
LAS HIJAS DE MI PAPÁ

POR  
FACUNDO.

TOMO II.  
SEGUNDA EDICIÓN.



SANTANDER  
IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD  
CALLE DE VAD-RAS, NÚMERO 3.  
1892.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Calle 1425 MONTERREY, N.M.L.

36227

PG 7247

077

1887

v. 24

t. 2



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



## CAPÍTULO I.

EN EL CUAL SE DAN AL LECTOR  
ALGUNAS RECETAS  
ÚTILES.

**E**L comedor de Solares era á la vez recámara, y contenía más objetos de los que en sí podía contener una pieza destinada á dos importantes objetos.

El aumento de convidados determinó la emigración de varios chicos, que establecieron sus reales en una cama.

Los dos hijos de Solares, Miguel y Laura,

disfrutaron el honor de comer pan á manteles, mientras que los otros cuatro y elorro se diseminaron en campestre confusión.

Isabel tenía las trazas de esas mujeres hacendosas y que viven en un completo trajín: media envuelta en un rebozo, sobre el que caían dos grandes trenzas negras, iba, venía, daba órdenes á la criada única de la casa, completaba el servicio de mesa con los trastos finos, que salían sólo en las ocasiones solemnes; hacía platos y, diligente é infatigable, estaba en todos los pormenores de aquella comida de familia, en la que Isabel lo hacía todo menos comer.

Solares presidía en la mesa, á sus lados comían Tostado y Cisneros, quienes comenzaron á devorar la sopa de pan con un refinamiento digno de mejor causa.

El servicio de mesa, que era una verdadera colección de objetos etereogéneos, estaba revelando que todos aquellos utensilios, habían ido siendo en el transcurso de algunos años, importantes adquisiciones como las de un museo arqueológico.

El platito dorado que perteneció á una vajilla de fantasía, el ternito azul regalo de la vecina de enfrente; tres platitos blancos, cambiados hacía un año por dos pantalones de Solares, dos vasos que Isabel tenía de su propia hacienda, y algunos otros trastos verdes, amarillos y jaspeados, acababan de completar la colección.

En materia de vasos, había uno muy verde, una copa grande rota en una orgía y vuelta al servicio con la intervención de un hojalatero.

En todo se notaba esa incesante lucha de la miseria pasiva y resignada, para procurarse las pequeñas comodidades de la vida.

Tostado y Cisneros empuñaban cada uno con verdadera devoción su cuchara, una cuchara amarilla, y endeble, pero humeante de sopa mas confortable que cualquiera otra en aquellos momentos.

Solares dió otras dos copitas de catalán á sus amigos, quienes no opusieron la menor objeción á este servicio, por más que el catalán no sustituyera con ventaja el je-

rez de sobre la sopa: la conformidad de Cisneros y Tostado era tanto mas explicable cuanto que no había jerez ni otra cosa.

Isabel estaba asumiendo un mundo de pequeñas consideraciones, de pequeños detalles, que para los demás pasaban desapercibidos; había en el trabajo mental de Isabel algo tan milagroso como los cinco panes; pero no desperdiciaba circunstancia, y de esa manera iba saliendo adelante de su complicada situación.

Corta fué la comida, y poco nutritiva, pero suficiente á calmar las famélicas inquietudes de aquellos estómagos connaturalizados con la dieta y la abstinencia.

Eso, y algunas copitas más de catalán acabaron de difundir el bienestar en la mesa.

Dos de los hijitos de Solares roían juntos un hueso y otro había levantado el campo, recogiendo por botín una ración de pan con frijoles.

Tostado no había dejado ni migajas, y Cisneros que vizcaba del ojo izquierdo, tenía el derecho mas reluciente que de costumbre.

Como un acontecimiento extraordinario en aquella casa, Isabel dió á los convidados de Solares la agradable sorpresa de servirles café.

—¡Oh! comadre, exclamó Tostado, usted merece bien de la patria.

—Porqué compadre? preguntó Isabel que sabía mejor que nadie la causa de aquel agasajo.

—Por que nos va usted á dar cafecito, dijo Tostado, arrimándose un vaso ordinario que tenía delante y poniéndole una de las cucharas amarillas de oropel de que hemos hablado.

Cisneros siguió el movimiento de su compañero, apoderándose del vaso verde.

Isabel que había ido á la cocina, volvió con una jarra llena de café, é iba á llenar los vasos, pero al faltar la tercera parte, dijeron Tostado y Cisneros.

—Basta.

Palabra que en la cortesía de la mesa se traduce generalmente en estos términos:

—Esto es demasiado para mí, me encuen-

tro satisfecho, soy de poco comer, como ya solamente por ceremonia, es usted muy amable, etc., etc.

Pero en el presente caso aquel «*basta*» quería decir esto:

El resto lo voy á llenar con catalán.

Efectivamente, aquel café quedó después convertido en un ponche capaz de derribar á un marinero.

La felicidad de aquellos tres amigos había llegado á su apogeo.

El café es el amigo de la tristeza, de la miseria y del hambre; es el inspirador por excelencia, y, mezclado con aguardiente, forma una bebida de transacción, de un precio inestimable en ciertas circunstancias y para ciertas gentes.

El café de las bajas regiones difiere mucho del moka del salón.

El café de la casa de Solares, era una infusión no químicamente filtrada; la ciencia no había tomado mucha parte en extraer la cafeína con un calor de 90 grados, ni el aparato filtrador de que Isabel se valiera,

tenía las condiciones necesarias á esta preparación, supuesto que el tal aparato había consistido en un simple jarro, pero á Tostado, á Cisneros y á Solares, les pareció muy bueno el café, y excelente después de mezclado con el aguardiente de Cataluña.

Los muchachos fueron desapareciendo é Isabel, conocedora de las situaciones, desapareció también, porque comprendió que todos los grandes negocios que han trastornado el mundo, han sido concebidos delante de una taza de café de sobremesa.

A todo convidado se le puede perdonar el silencio durante la comida, pero á la hora del café se le exige expansión.

Este animal tan superior que se llama el hombre, con todo y la inmortalidad de su espíritu, necesita complacer á la fiera de su estómago y buscar un excitante para los nervios cerebrales, á fin de discurrir mejor ó para hacer algo de provecho.

¿Qué golpe de estado sería posible si el Maquiavelo que lo medita no contara previamente con un buen cocinero?

¿Sois político? aspirais, quereis remover una sociedad, quereis conseguir un gran resultado, necesitais voluntades, y amigos, y sectarios y cómplices?

Preparad algunos botes de trufas, haced redactar en bárbaro al mas habil cocinero francés un *menú* de marearse.

¿Sois amante? ¿deseais que vuestras prendas personales, que vuestro talento, que vuestra pasión venzan las resistencias del pudor, del deber, de la honra, de la virtud? Exhibios al través de un vaso, aglomerad trufas, setas y mañonesas, cooperad á que se verifique el fenómeno milagroso de los gases y de las influencias químicas que llegan á hacer de un tonto un pensador y de una virtud una catástrofe.

Recurrid á los milagros del vino cuando querais que esas máquinas pensadoras que se llaman hombres y mujeres, acaben por hacer alguna cosa estupenda.

Los que llamais fría á la razón, calentadla.

Los que llamais frío al cálculo, atemperadlo con ponche de Kirsch.

¿Necesitais un hombre? conspirad contra su organismo material, envenenadle haciéndole ver que Porraz es muy buen cocinero, é irá y se dejará envenenar.

Habladle de lo que no os importa á la hora de la sopa, pero habladle de vuestro negocio á los postres y copa en mano.

Y bendeciréis en seguida el brebaje de la civilización, al contemplar que el elemento «espíritu», suele hacer sus transacciones con el hipogástrico, previos los fenómenos de la digestión, de la nutrición y de la excitación cerebral.

De manera que si pasados los postres reservarais vuestro asunto para la hora del marasmo y del estrago de la convivialidad, os expondrías á perder asunto y banquete.

Probablemente la negra honrilla de vuestro hombre habría comenzado á despertar medio asfixiada entre el gas carbónico del banquete, y seríais hombre al agua.

Por eso antes de Noé no hay explicación ni disculpa posible.

Pero de las uvas acá, encontramos con

facilidad la clave de todas las grandes mantanzas, y de todas las grandes atrocidades, y nos explicamos desde la toma de Babilonia hasta el plan de la Noria, desde las notas medias de un bajo enclenque, hasta el valor de Calibán.

¡Calibán! Escapóse á nuestra pluma este nombre, á riesgo de que nuestros lectores de Bocubirito ó del Bolsón de Mapimí, no nos comprendan; y como en materia de lectores no abogamos, como en otras cosas, por las distinciones, vamos á satisfacer la curiosidad de nuestros lectores de Bocubirito.

Calibán es un niño con talento de hombre, estudia, escribe, y se ríe; gesticula horrorosamente, y se burla hasta de sí mismo, se llama Gustavo A. Baz y se ha bautizado á sí propio con el nombre de un mónstruo.

Es hijo del señor don Juan José Baz, una de las personas mas conocidas en México.

Calibán vive en México, y es necesario que así sea, por que es ya un rasgo fisionómico de nuestra sociedad: cuando Calibán

no está en un grupo, no falta quien pregunte por él.

Decíamos que por medio de la teoría de la influencia alcohólica, nos explicaríamos, entre otras cosas, el valor de Calibán.

Vamos á probarlo con datos que él mismo nos ha ministrado.

Acaba Calibán de recorrer el trayecto del ferrocarril de México á Veracruz invitado por Mr. Gibbs. Este paseo es bien marcial y tiene sus puntas de aventurado.

Los convidados llegan á verse formal y cortesmente invitados á atravesar el paso de Infiernillo, que es un canto de roca de un pié de ancho, al borde de un abismo.

Pues bien, Calibán pasó, como una hormiga á lo largo del filo de una espada, y tuvo valor según él dice, porque la cortesía de los anfitriones llega al punto de darle cognac al que va á pasar, pues según es fama en aquellos precipicios, el cognac da valor.

Calibán afirma que esto es cierto y aconseja á sus amigos el cognac como un específico contra el miedo.

Afortunadamente Calibán no pasa precipicios sinó de tarde en tarde.

Terminada esta digresión, volvamos á la sobremesa de la casa de Solares.

Segun hemos visto, Tostado, Cisneros y Solares se sentían bien; atravesaban por uno de esos momentos indemnizadores en los que parece que recibimos un secreto refuerzo de vida y de esperanza.



Desmenuzó Solares ante sus amigos todos sus proyectos, se pusieron á discusión y fueron aprobados por mayoría absoluta de votos.

—Ese es ya un negocio en la bolsa, dijo Tostado.

—¿Usted lo cree así, compadre?

—Ciegamente.

—Entonces, prorrumpió Solares, yo sé quién será la niña el día de Santa Isabel, que ya está cerca.

Como Isabel estaba cerca también apareció apenas oyó pronunciar su nombre.

—Prepárate hijita, le dijo Solares en medio de una expansión conyugal, de que Isabel se sorprendió agradablemente.

—¿Para qué?

—Para la fiesta del día de tu santo.

Le brillaron mucho los ojos á Isabel.

Tostado parpadeó, como si le hubieran pasado un cerillo por los ojos.

Y el ojo de Cisneros se dilató, como al contacto de la belladona.

—Pero.... articuló Isabel deseando estimular á su marido con su modestia.

—¿Pero qué? replicó Solares en un arranque de desprendimiento eminentemente nacional; ya me vas á decir que no tenemos camisas, que faltan sábanas, y qué sé yo cuántas cosas: todo eso está muy puesto en

razón, pero yo tengo muchos deseos de que te diviertas y de que el día de tu santo, Isabel, se venga abajo la casa.

—Es muy justo, dijo Tostado, tanto más cuanto tenemos un negocio que nos va á dejar.....

—Lo que todos, dijo Isabel, no hay día de Dios que no vengan ustedes con la cabeza llena de cálculos y al fin de todo no pasamos de morirnos de hambre.

—Pero ya eso pertenece á la historia antigua, exclamó Solares con el aplomo de una persona que se acaba de sacar la lotería: en esta vez sí, efectivamente se acabarán nuestras desgracias, y ya verás, ya verás.

Esta determinación madurada al calor del café con aguardiente, empezó á tomar las proporciones de un proyecto inmediato y realizable; y como Cisneros, el mas tímido de aquellos tres personajes, hiciera presentes sus escrúpulos, se hizo necesario tomarlos en consideración y acordar definitivamente lo que sigue:

Primero, que Isabel se celebrará á toda costa.

Segundo, que para más asegurar el negocio de don Santiago, se pusieran en juego ciertos arbitrios extraordinarios, á fin de no exponerse á hacer un *fiasco*.

Esta segunda parte del programa, era de tan difícil ejecución como la primera, y en este punto importante fué donde se concentró todo el talento de aquellos tres buenos amigos.

—Supuesto que, dijo Cisneros, ese señor don Santiago tiene tan buen corazón, ese es el lado flaco, por ahí es por donde debemos tomarlo, por que, vean ustedes, yo soy un hombre experimentado y conozco á mi gente: á cada cual por donde le duela; y supuesto que este señor es tierno, no hay recurso mas seguro que enternecerlo.

—Dicen que tiene un hijo á quien quiere mucho, agregó Tostado.

—Efectivamente dijo Solares.

—¿Y cómo se llama ese niño? preguntó Cisneros.

—Gabriel.

—¿Está en algún colegio?

—En estos momentos acaba de ser arrojado ese niño de un establecimiento.

—¿Cómo?

—Sí, y parece que el negocio no es muy sencillo, pues entre los niños circuló la especie de que el tal niño es hijo de un ladrón.

—¿Don Santiago es ladrón?

—No, compadre, dijo Solares, porque don Santiago no es más que el padre adoptivo de ese niño.

—Magnífico, exclamó Cisneros, ya tenemos la clave; ya está explicado el cariño de don Santiago á su hijo, y el interés que se toma por él.

—¿Cómo se explica?

—Muy sencillamente, el dinero que tiene don Santiago no es suyo, sinó del niño, mejor dicho del padre, quiere decir del ladrón; y siendo este dinero mal habido, nosotros, que somos hombres honrados, no debemos tener escrúpulos en procurarnos ese dinero.

—Porque dice el refrán, agregó Tostado, que ladrón que roba á ladrón tiene cien años de perdón.

—¡Estupendo! exclamó Solares dando una palmada en la mesa, me dejan ustedes completamente tranquilo con respecto á escrúpulos de conciencia. Ahora, el quid está en saber qué medios es necesario emplear para no dejarle á don Santiago ninguna salida.

—Veamos cuál es el negocio, dijo Tostado.

—Son varios, contestó Solares; pero el principal es éste: una persona bien acomodada y de recursos suficientes necesita dinero, porque se le cumplen unos pagarés, y pide dos mil pesos á pagarlos en ocho mensualidades.

—¿Aceptando libranzas?

—Sí, eso por supuesto.

—¿Jira ó acepta?

—Jira.

—¿Y acepta?

—¡Ah! la firma del aceptante es magnífica, es una casa de comercio.

—Pues el negocio me parece bueno, dijo Cisneros.

—Ya se ve que lo es, pero don Santiago es muy desconfiado.

—Es natural, agregó Tostado, todo dinero mal habido, está muy expuesto á irse por donde vino.

—Naturalmente, dijo Solares.

—¿Quién es la persona interesada en el negocio? ¿se puede saber, compadre? preguntó Tostado.

—Usted la conoce perfectamente, es doña Estefanía.

—¡Doña Estefanía! dijeron á un tiempo Tostado y Cisneros.

—¡Doña Estefanía! repitió Cisneros, el negocio es hecho: lo garantizo.

—¿Cómo? preguntó Solares.

—Es muy sencillo, ¿la señora ha visto á don Santiago?

—No.

—Don Santiago ha visto á la señora?

—Tampoco.

—¡Bravísimo! Esta tarde me voy á ver

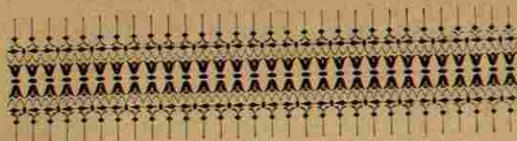
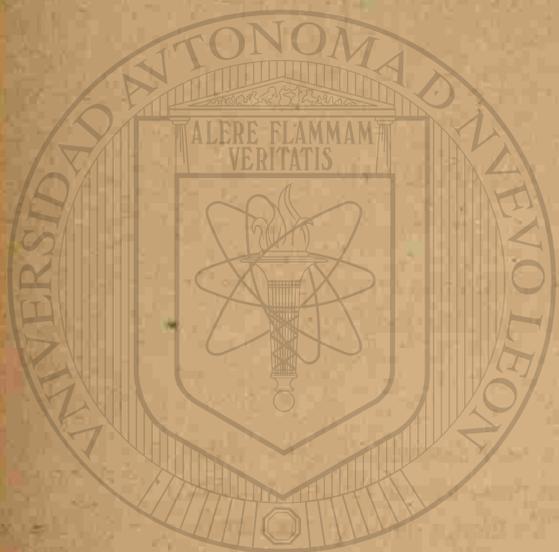
á doña Estefanía, mientras usted le anuncia á don Santiago que recibirá en la noche la visita de la persona interesada en el negocio.

—Excelente idea, exclamó Tostado, doña Estefanía me parece lo mas apropiado para voltearle los cascos al mas pintado.

—Pues al avío, compadre, exclamó Solares en el colmo del entusiasmo.

—Al avío, repitió Tostado, agotando de un sorbo el café.

También Cisneros y Solares lo apuraron, y aquellos tres personajes se separaron de la mesa para poner su proyecto en ejecución, sin pérdida de tiempo.



## CAPÍTULO II.

---

DOÑA ESTEFANÍA BAJO EL PUNTO  
DE VISTA FINANCIERO.

**U**NA hora después Cisneros estaba en presencia de doña Estefanía. Ya hemos dicho que la fisonomía de esta señora tenía una expresión de candor y de inocencia tan marcada, que prevenía desde luego á su favor.

Aquella cara dulce siempre y siempre sonriente, sabía afrontar con todas las situaciones, por graves, por espantosas que fueran; con una imperturbabilidad asombrosa. No

parecía sino que la diosa de la hermosura había estereotipado en aquella carita sonrosada el gesto del bienestar y de la tranquilidad, para proporcionar así una máscara impermeable á Estefanía, máscara con la cual pudiera pasar todo el carnaval de este mundo, sin que llegaran á conocerla ni los hombres ni la justicia.

Cisneros era un personaje magro y repugnante, el brillo opaco de la grasa de sus vestidos le prestaba algo de la apariencia del reptil. La oblicuidad de su pupila izquierda descomponía de tal manera su ángulo visual que su mirada se convertía en una mosca fosforescente, que revolaba frente al espectador desvaneciéndolo.

Las barbas y el cutis de Cisneros se confundían como en un boceto: todo este hombre era medias tintas, todos los colores entraban en él en descomposición, no formaban la luz sinó la confusión y la sombra: era una de esas personas que no se sientan sinó que se adhieren, que no andan sinó que se deslizan.

Cisneros andaba sin tacones; y este accesorio que parece insignificante á primera vista, es de importancia increíble cuando nos proponemos tomarlo seriamente en consideración.

Desde los tacones herrados del campesino y del carretero que vienen produciendo un ruido de mortero de minas, hasta el taconcito á Luis XV, sobre el cual se empina una niña de quince abriles, hay una escala de ruidos que explican la exactitud de nuestras apreciaciones.

¡Quién no conoce en los pasos que la persona que se aproxima es, ó su criado ó su amigo, ó su mujer, ó una persona que desconoce!

Todas estas apreciaciones son debidas expresamente á esa cuña que se llama tacón, y que viene á dar el tono de aquél cuyos pasos escuchamos.

Hemos visto á más de un pollo extremeño é inmutarse al oír el compasado eco de unos taconcitos, terminados en un diámetro de media pulgada.

Aquellos taconitos producían un eco parecido al de los tiples de un salterio.

Apelamos á la conciencia íntima de las niñas, y las invitamos á que nos desmientan.

¿No es cierto, apreciabilísimas pollas, que experimentais la mas grata de las sensaciones al provocarnos con el ruidito peculiar de vuestros tacones?

Por nuestra parte abandonamos este asunto á la inspiración de algún pollo poeta, que no sería por cierto el primero en cantar «al pié» especialmente en México, donde se dan de los mejores que conoce el buen gusto.

Una vez probada la importancia social de los tacones, volvamos á Cisneros, quien, hacía algunos años, había prescindido de ese apéndice; unas veces porque el tal apéndice había desaparecido escapándose por un lado ante la acción destructora del tiempo, y otras porque Cisneros recurría al arbitrio de calzarse zapatos de orillo.

Estefanía no se sorprendió de la figura de Cisneros: al contrario, tuvo para él,

como para todos, una de sus lánguidas sonrisas.

—Pase usted, dijo Estefanía con meliflua voz.

Cisneros se adelantó vibrando su ojo mosca.

Se sentó Estefanía en un sillón.

Cisneros se resistía á sentarse en el sofá que estaba tapizado de brocatel azul, y buscó con su ojo, como con la boca de una pistola, una silla ordinaria.

—Siéntese usted, le dijo Estefanía notando su turbación.

Cisneros se sentó con mucho cuidado sobre el brocatel.

—Vengo de parte de Solares, dijo.

—¡Ah! bueno, ¿y qué hay? le preguntó Estefanía.

—Pues vea usted, señorita, parece que el negocio se dificulta.

Cualquiera otra persona hubiera hecho un movimiento, pero Estefanía permaneció impassible.

—Ha de estar usted, continuó Cisneros

haciendo girar como una luciérnaga la luz de su ojo derecho, ha de estar usted para bien saber, que el señor don Santiago tiene sus escrúpulos todavía con respecto al negocio que le ha propuesto Solares, y se hace indispensable todavía emplear algunos medios para persuadirlo.

—¿Y qué medios pueden ser éstos? balbució doña Estefanía.

—Pues es necesario un planecito, dijo Cisneros de repente y como inspirado por una idea que él era el primero en conceptuar soberbia.

—Este planecito consiste en lo siguiente: usted es una mujer muy hermosa.

A la mirada de cíclope agregó Cisneros una sonrisa de sátiro.

Estefanía resistió mirada y sonrisa como saben resistir las flores la aparición de un insecto peludo.

El cerillo del ojo de Cisneros se apagó como si hubiera llegado la flama á la otra cabeza, haciendo un relámpago.

Y continuó.

—Usted es una mujer irresistible: con esto quiero decir que siempre la belleza tendrá prestigio, y además, las prendas de usted y su voz y su... en fin, usted es la única que puede conseguir que don Santiago se incline ante la razón.

—Yo... dijo Estefanía, dejando percibir, más en el tono que en el gesto, cierta extrañeza.

—Sí, por que... vea usted, en primer lugar usted le va á decir á don Santiago... le va á contar usted una historia conmovedora, porque don Santiago tiene muy buen corazón.

—¿Pero qué historia?...

—Ésta: le dice usted que tiene usted un hijo á quien adora, que es usted una madre de las mas cariñosas y que le han plagiado á usted ese hijo; pero que está usted de tal manera comprometida, que todo esto debe quedar oculto, por que peligra la vida de usted; le prueba usted además que usted tendrá mucho dinero en el mes que entra, para lo cual será bueno enseñarle una carta

del señor Sotomayor, en que ratifique un supuesto contrato anterior y se comprometa á entregarle á usted algunos miles de pesos, y como usted logre interesar el corazón de don Santiago más que su codicia, el negocio es hecho.

Por otra parte esto no impide que mi amigo Solares tenga por ello el corretaje que le corresponde, por que si bien es cierto que usted, en todo caso, será la que dé el último golpe, también lo es que este golpe está combinado por mí, á quien Solares va á dar una retribución, señorita, por que hay combinaciones que valen más que una firma; por que con todas las firmas que usted tiene, buenas y todo, no podría usted conseguir tal vez lo que conseguirá haciéndose interesante para con don Santiago, y sobre todo, tocándole ciertas fibras, que para todos son un verdadero secreto, mientras que yo tengo la fortuna de poseer algunos datos preciosos, los cuales en último análisis son un capital tan bueno como cualquiera; y yo se lo confieso á usted franca-

mente, ese es el capital que exploto, por que no tengo otro.

—¿Pero es absolutamente indispensable contarle á ese señor todo lo que usted me ha dicho?

—Todo, al pié de la letra, y tan necesario es, que si usted no hiciera su papel como conviene, nos expondríamos á perderlo todo, y tendría usted entonces que pagar todos los trabajos emprendidos hasta aquí, dar gratificaciones, y carecer por último de ese dinero, que, según le ha dicho usted á Solares, necesita usted tan urgentemente.

Cisneros esperó, concentrando toda su atención en doña Estefanía, el resultado de su peroración.

—¿Qué opina usted, señorita, está usted de acuerdo? preguntó.

Estefanía con su acostumbrada impasibilidad contestó:

—Supuesto que todo ello es necesario, esta noche pasaré á ver á don Santiago.

Cisneros aún repitió todos los puntos en que era indispensable que se fijase Estefanía y se despidió afectuosamente.

Estefanía mandó llamar á Sotomayor, quien, como ya saben nuestros lectores, estaba en aquellos momentos impresionado con los atractivos de Estefanía.

Apenas recibió el recado, lo abandonó todo, y se fué en derechura á la casa de Estefanía.

—Aquí me tiene usted á sus órdenes, le dijo Sotomayor, entrando con cierta precipitación ¿qué hay, qué novedad ocurre?

Esto se lo decía Sotomayor á Estefanía, teniéndole entre las suyas su manecita suave, y acariciándola con un afecto muy particular.

—Siéntese usted, le dijo Estefanía.

Sotomayor tomó asiento.

Estefanía habló así:

—Ocurro á usted señor Sotomayor porque sé que es usted mi amigo.

—¡Oh! Estefanía, no lo dude usted, le pertenezco á usted en cuerpo y alma.

—Gracias, Sotomayor; se trata de que escriba usted una carta.

—¿A quién?

—A mí.

—¿Diciéndole á usted que la amo?

—No, diciéndome lo que yo le dictaré.

—Estoy dispuesto ¿cuándo?

—Ahora.

—¿Tintero?

—Ahí está, dijo Estefanía señalando una mesa en que había recado de escribir.

Sotomayor tomó la pluma y Estefanía dictó:

—«Señora doña Estefanía»..... ya sabe usted, mi nombre y apellido—Casa de usted, etc.—Señora de mi..... lo que usted quiera.

—De mi corazón, dijo Sotomayor dirigiendo á Estefanía una mirada picaresca.

—No, no ponga usted eso.

—¿Aunque sea cierto?

—A pesar de eso.

—Señora de mi respeto, escribió Sotomayor y preguntó enseguida ¿está bueno?

—Sí, siga usted. Circunstancias verdaderamente casuales.....

—Casuales, repitió Sotomayor al cabo de un rato.

—Me impiden remitir á usted el.....

—El.....

—¿El qué? ¿cómo se dice de una cantidad que se divide en varias....

—Dividendo.

—Eso es, dividendo..... «remitir á usted el dividendo»

—Dendo..... repitió Sotomayor abriendo los ojos.

—Del presente mes; pero en el mes entrante puede usted enviarme su cajero.

—Cajero.

—Y le remitiré, entre los días quince y veinte los otros.....

—Los otros.....

—Seis mil pesos restantes.

—¿Seis mil? preguntó Sotomayor como si aquella cifra hubiera nacido envuelta en un zumbido de oídos.

—Sí, seis mil ú ocho mil, escriba usted la cantidad que guste, eso queda á la.....

—¡Cáspita! exclamó Sotomayor soltando la pluma, ¿Quién va á firmar esta carta?

—Usted.

—¿Yo? pero si yo.....

—Usted no me debe seis mil pesos, no es cierto?.....

—A menos que...

—A menos que todo esto no pase de una broma.

—¿Es una broma?

—Precisamente broma no, pero es una comedia.

—¡Ah! pues si eso es todo pondré ocho, diez mil, lo que usted quiera.

—No, no tanto, algo solamente que sea verosímil, usted pasa por hombre rico.

—Vea usted, y no tengo nada.

—¿Nada?

—Quiero decir, tengo lo suficiente para...

—Eso es ser rico.

—No, Estefanía, yo soy el mas pobre de los mortales porque me falta algo que vale más que el dinero.

—¿Qué le falta á usted, Sotomayor?

—El corazón de usted.

—Nada vale.

—Un mundo.

—No tengo corazón.

—Ay, por desgracia eso es demasiado cierto.

—¿Usted cree?...

—Lo sé, lo palpo, si tuviera usted corazón.....

—¿Qué?

—Me amaría.

—Por eso digo que no lo tengo.

Sotomayor empezaba á ponerse triste.

—¿Acabamos la carta?

—He dicho que estoy á las órdenes de usted, Estefanía.

—Agréguele usted á la carta cuanto crea usted conducente para persuadir al que la lea, que el ofrecimiento de los ocho mil pesos, es de tal manera, que es casi un documento con toda la fuerza de una obligación en toda forma; ya usted sabe, es usted medio licenciado cuando se trata de derecho.

Sotomayor seguía escribiendo de corrido, sin reflexionar interiormente que aquella carta podría comprometerlo, ó que tal vez Estefanía estaba queriendo poner un pre-

cio.... ¡qué barbaridad! pensó Sotomayor, no, no hay que pensar en ello, en todo caso yo me defenderé.

Tan luego como hubo acabado de escribir, leyó la carta á Estefanía, quien quedó muy complacida con el final, en el que el suscrito se comprometía en toda forma de derecho y enagendando sus bienes habidos y por haber al cumplimiento del contrato.

—La firma, dijo Estefanía.

Sotomayor firmó, secó la pluma y preguntó ¿la doblo?

—Sí.

Así lo hizo Sotomayor, y luego, como el que acaba de comprar un objeto, se acercó á Estefanía con esa familiaridad de aquél que se resuelve á todo, á trueque de conseguir el fin que se propone.

—¿Puedo pedir una explicación de esto que usted llama comedia?

—Sí, señor; y yo se la daré á usted cumplida, se trata de pedir un dinero, infundiendo confianza al prestamista.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1925 MATEHERR. MEXICO

36227

- ¿Van á prestarle á usted dinero?  
—Sí  
—¿Cuanto?  
—Dos mil pesos.  
—¿Con firmas?  
—Con firmas ¿me va usted á ofrecer la  
suya?  
—¿Por dos mil pesos?  
—¿Porqué no? me ha firmado usted una  
obligación de ocho.  
—Sí, pero....  
—Tengo ya otra firma, señor Sotoma-  
yor.  
—Es que si usted quiere la mía y vale  
algo....  
—Vale mucho, pero ya no es necesario,  
gracias.  
—Tengo cita á las seis y voy á vestirme.  
—Entonces adios.

Á Sotomayor le pareció que aquella visi-  
ta la debía terminar con un efecto de cierto  
género, y al despedirse de Estefanía la dijo  
al oído:

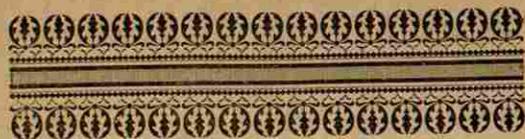
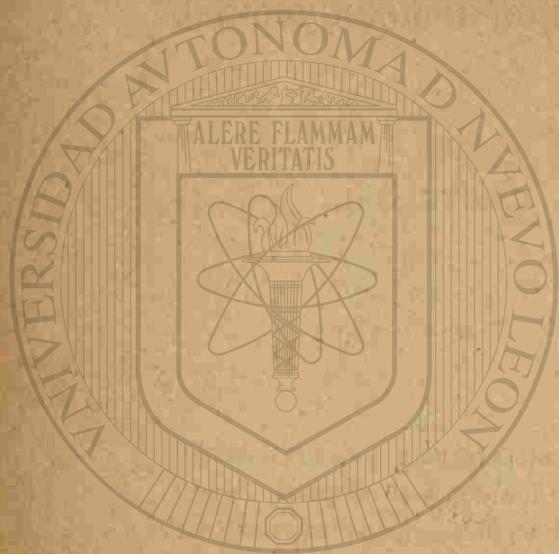
—En usted consiste hacer efectiva esa  
carta.

—Adios, dijo Estefanía, dejándose estre-  
char la mano.

Y Sotomayor desapareció.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MCATEER ST., NREY



### CAPÍTULO III.

—  
LOS DOS MIL PESOS.

**E**STEFANÍA pasó inmediatamente á su tocador y se vistió de negro: en seguida mandó á su criada por un coche sin número, montó en él y se dirigió al Hotel del Turco.

Estaba don Santiago entregado á la lectura de un periódico, cuando oyó tocar á la puerta de su cuarto de una manera desusada.

Acudió á abrir, y quedó agradablemente

sorprendido á la vista de Estefanía, quien pronunció estas palabras:

—¿El señor don Santiago Franco?

—Soy un servidor de usted, señora, sírvase usted pasar adelante.

Entró Estefanía, y, después de sentarse, habló de esta manera:

—Señor don Santiago: sé que es usted el padre de un niño á quien ama mucho.

—Sí, señora, eso es cierto.

—Desde luego es usted un hombre que comprende el amor que se tiene á los hijos.

—Sí, señora.

—Pues bien, yo soy una madre desgraciada que viene á acudir á usted en medio de la mas terrible tribulación: figúrese usted que me han robado mi hijo.....

—¡Pero señora!... exclamó don Santiago.

Estefanía se cubrió la cara con su pañuelo, y después de una pausa continuó:

—Vengo á confiarle á usted este secreto, con la seguridad de que nada tengo que temer, en primer lugar de un hombre leal y caballero, y en segundo, de un padre: mi

hijo me ha sido arrebatado hace tres días, ha sido plagiado, y he recibido ya el pedido de dinero, que después de muchas contestaciones ha sido reducido á la suma de diez mil pesos: yo debería tener esa suma completa, á no ser por una circunstancia desgraciada, de la que se impondrá usted por esta carta; de manera que me faltan dos mil pesos. Ayer le han hablado á usted sobre este asunto.....

—Sí señora; efectivamente, me han pedido dos mil pesos para una persona que ofrece firmas.

—Yo soy la interesada, que se ha tomado la libertad de venir á importunar á usted personalmente, pero debe usted comprender que una madre que se encuentra en una tribulación semejante, no debe pararse en los medios para lograr volver á reunirse con su hijo.

—Pero señora, objetó don Santiago, ¿no ha dado usted parte á la autoridad?

—No, señor, estoy vigilada, y un paso de esa naturaleza, me perdería irremisiblemente.

te; en este negocio figuran por desgracia personas que ni remotamente pudiera uno figurarse que se ocuparan de estos asuntos: el golpe ha sido hábilmente combinado y no tengo más remedio que dar el dinero, y eso con el mayor sigilo, porque de lo contrario serían inútiles todos mis sacrificios.

—Pero yo, señora ¿en qué puedo?...

—Lea usted esta carta, ella le revelará á usted que soy persona bastante acomodada para poder pagar á usted esta cantidad, y mayor si fuera; además, las firmas que le han ofrecido á usted son muy buenas, y agregaré que cualesquiera que sean los intereses del dinero, estoy pronta á pagarlos sin reparo de ninguna clase. Señor, se lo suplico á usted encarecidamente, apelo á sus sentimientos de padre, y creo que no quedaré desairada; ponga usted las condiciones que guste y las aceptaré todas, en cambio de la libertad de mi hijo.

Don Santiago recordó que alguna vez se encontró en circunstancias análogas. Solares no se había equivocado, don Santiago tenía

muy buen corazón, ante aquella desgracia no pensó un momento en las seguridades de la devolución; podía hacer un bien y lo hacía; y conmovido, mas conmovido de lo que la misma Estefanía se lo hubiese esperado, entregó á aquella señora el dinero, en oro una pequeña parte y el resto en un vale al portador para una casa de comercio.

—Siento mucho, señora, le dijo á doña Estefanía, no poder disponer de todo el dinero en efectivo en el momento; pero mañana á primera hora, y sólo con la presentación de este papel, entregarán el resto.

—¡Ah señor! exclamó Estefanía haciendo un esfuerzo supremo para aparecer también conmovida, no sé con qué pagarle á usted ¡Dios lo colmará de bendiciones!

Y después de entregar á don Santiago el recibo del dinero, y la orden para que Solares le entregara las libranzas salió del hotel.

Todo esto había pasado en presencia de Gabriel, quien había permanecido en la cama, medio velado por las cortinas.

Desde el momento en que entró Estefanía á la pieza, Gabriel procuró no hacer ningún movimiento que denunciara su presencia; pero no bien hubo desaparecido esta señora, saltó de la cama.

—¿Ahí estabas? le preguntó don Santiago.

—Sí, señor, aquí estaba.

—¿Y has oído?

—Sí, señor, por señas de que esa señora, tan bonita y todo como es, no me ha simpatizado.

—Será por que no te saludó.

—No es por eso, sino por que me parece que no sabe llorar.

—¿No sabe llorar? repitió don Santiago, ella ha llorado y me pareció tan conmovida....

—A mí me pareció, agregó Gabriel, que usted estaba todavía mas conmovido que ella.

—Me acordé de tí.

—Así lo supuse, dijo Gabriel reflexionando, y como está decretado que yo sea el

origen de todos los males de usted, me ha pasado en este momento por la cabeza una cosa.

—¿Cuál?

—Que si fuera usted á perder su dinero.

—Mi dinero.... ésta es una señora muy rica.

—Sí, pero por lo mismo no sabe llorar.

—¡No sabe llorar! ¡qué sabes tú de eso! ¡vaya una idea!

—En fin, dijo Gabriel, como yo he visto personas que lloran de un modo y otras que lloran de distinta manera, me pareció que esta señora no lloraba como todos.

Púsose á reflexionar don Santiago en que Gabriel podía tener razón.

—Efectivamente, decía para sí don Santiago, he sido un poco ligero, no pensé bastante en lo que hacía.

A partir de ese momento don Santiago no pensó en otra cosa que en su dinero, y vacilaba entre si daría aviso oportuno en la casa de comercio para la que había dado el vale á fin de que este pago no tuviera ve-

rificativo, ó si ocurriría temprano á Solares para el aseguramiento de las libranzas.

En esta vacilación pasó la mayor parte de la noche y á la mañana siguiente, á primera hora, estuvo en la casa de Solares.

Pero Solares, que se desayunaba leche al pié de la vaca, había salido antes, y don Santiago se dirigió entonces al Portal de mercaderes.

Veamos entretanto lo que hacía Solares.

No bien hubo recibido el dinero doña Estefanía, Solares, Cisneros y Tostado recibieron una regular propina, y no se cuidaron de concurrir al Portal, supuesto que eran buitres que habían hecho presa: no pensaron desde aquel momento más que en preparar todo lo conveniente para celebrar á Isabel según lo habían determinado.

Los lectores que estén al tanto de nuestras costumbres, no se sorprenderán de que al recibir Solares una suma que bien pudiera cubrir el presupuesto de un mes, determinara invertirla en su totalidad en proporcionarse un día de holgorio y de fiesta, pues

tan desacertado desfalco en materia de economía doméstica, es entre nosotros una de las costumbres mas inveteradas.

Llegar pronto: he aquí el ahinco universal y marcadamente la tendencia de nuestra sociedad y las aspiraciones de nuestra clase pobre.

Cambiar un día de placer por un año de necesidades; hacer el papel de rico unas cuantas horas en cambio de largos meses de penuría, es una cosa que vemos todos los días.

De manera que tan luego como Solares se vió en posesión de cierta suma de dinero, se creyó dueño del mundo, y acompañado por su compadre Tostado y por Cisneros, que á su vez abandonaron sus asuntos propios, entró al cajón de ropa, aperó á su mujer y á sus hijos, no de prendas de utilidad sinó de lucimiento, ajustó licores y algunas conservas alimenticias en la tienda de unos españoles, y llegó á su casa al medio día, rebotando felicidad y bienestar.

Como de costumbre salió á recibirlo al

portón toda su familia, la que, al ver que Solares venía seguido por dos cargadores, se deshizo en las mas alegres demostraciones de entusiasmo.

En pocos momentos se convirtió la sala en un campo de Agramante: ya enseñaba Solares á su mujer una musolina de colores que había de ser empleada en un vestido muy elegante para el gran día; ya discutía con Cisneros sobre la buena calidad de los licores, y ya en fin, entretenía á sus hijos con la relación animada del programa de la fiesta.

—Sabes, le decía su mujer que estaba sentada en el suelo rodeada de sus hijos y medio envuelta en la multitud de telas y objetos que Solares había estado aglomerando, sabes, Solares, le dijo á su marido que si tú te propusieras efectivamente darme gusto.....

—¿Qué?

—Harías una cosa.

—Pero vamos á ver ¿qué cosa es ésa?

—En vez de pasar aquí el día, entre es-

tas cuatro paredes que ya me queman la sangre.....

—Ya sé lo que va usted á decir, comadre, interrumpió Tostado, desearía usted ir al campo.

—Eso es, compadre.

—¡Al campo! exclamó Solares.

—¡Al campo!

—¿Pero adónde?

—A Ixtacalco.

—Eso es, eso es, á Ixtacalco, respondió el coro de los muchachos.

—Me parece perfectamente, dijo Cisneros.

—¿Qué dices, preguntó? Isabel, dirigiendo á su marido una de sus mas antiguas miradas, y almacenadas por lo tanto hacia buen tiempo.

Solares juzgó que aquella mirada era decisiva y se la correspondió á su mujer resueltamente, diciendo:

—Sea: ¡nada importa, gocemos, para eso es el dinero!

—Hace usted bien, compadre, exclamó

Tostado entusiasmándose á la retozona idea de meter el buen día en casa.

—Muy bien pensado, dijo Cisneros, no hay cosa que me dé más gusto, que ver á un padre de familia que complace á su mujer y á sus hijos.

—¿Con qué vamos á Ixtacalco? preguntó la hija mayor de Solares.

—Sí, á Ixtacalco, dijo Solares, con el acento de un general que ha tomado una plaza.

—¡Viva! ¡viva! ¡viva! gritaron los muchachos.

Desde aquel momento Isabel comenzó á multiplicarse de una manera prodigiosa, y llena de alborozo y de felicidad atendía á los menores detalles, reñía con la criada, reprendía á los chicos, cortaba vestidos, cosía, guisaba y propagaba la consigna de la fiesta en el seno de sus amistades invitando á unas amigas, comprometiendo á otras y procurando hacer partícipes de aquella dicha á algunas de sus compañeras de privaciones y muy especialmente á aquéllas que en horas amargas la habían favorecido.

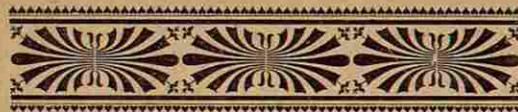
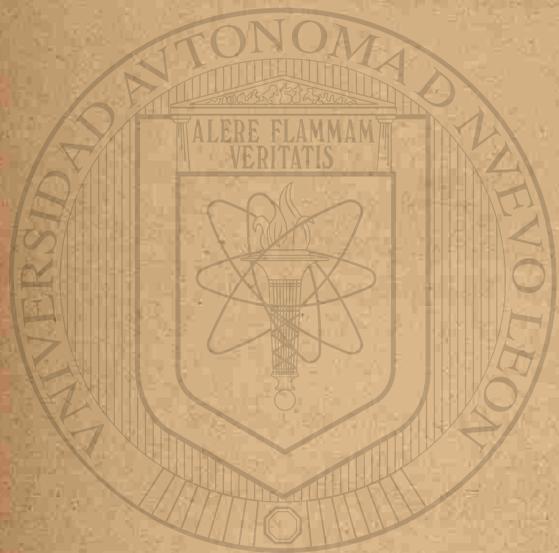
Ante tan gratas satisfacciones, ante el placer de corresponder con un agasajo los servicios recibidos y el cariño de que había sido objeto, Isabel no tenía tiempo de pensar en lo que le esperaba al terminar la fiesta.

Detener el vuelo del pensamiento, obligándolo á no pasar los límites del presente, es sin duda una dicha envidiable.

Ni Solares por su parte, ni Isabel, volvieron á pensar en el porvenir, porque la ilusión del momento lo llenaba todo.

La fiesta se aproximaba y la animación de los preparativos crecía á cada momento, prometiéndose todos que aquel día iba á ser uno de los mas memorables.





#### CAPÍTULO IV.

DE LO QUE HICIERON ZUBIETA  
Y DON MANUEL TRATÁNDOSE DE LOLA.

**P**ARA poder apreciar los estragos del tiempo, basta dejar pasar algunos días y volver hacia atrás la vista.

El amor, según hemos visto, había tomado en la casa de don Manuel un aspecto alarmante; se había empeñado una lucha cuyos resultados eran menos dudosos cada día; por que la pasión de los celos se elaboraba á sí misma, como sucede siempre, su porvenir de tinieblas.

Habían mediado ya más explicaciones entre don Manuel y Lola, y de cada una de estas sesiones íntimas resultaba la misma sombra en el ánimo de don Manuel y el mismo resentimiento en el de Lola.

Pero la verdadera gravedad en este asunto estaba por parte de Zubieta, y consistía en que, siguiendo éste las leyes del equilibrio, ocupaba el terreno que le cedía don Manuel.

Se había establecido ya como una costumbre, que Lola contara á Zubieta por las tardes todo lo que le pasaba entre una y otra visita, y estas confidencias formaban invariablemente el pasto de la conversación.

Acababa de entrar Zubieta.

Al saludar á Lola notó que ésta había llorado.

—¿Qué es esto, criatura? le dijo, por lo que veo las cosas siguen á más ¿qué ha sucedido?

—Qué ha de suceder, que mi marido es cada día mas insoportable.

—¿Ha vuelto?...

—Sí; anoche, y con una insistencia de que sólo es capaz un tonto ó un celoso, soy muy desgraciada, Zubieta, exclamó Lola con un acento que revelaba que se encontraba dispuesta á llorar apenas se presentara la ocasión.

—Cuénteme usted, criatura, quéjese usted conmigo, tendré como siempre el placer de consolarla.

—Figúrese usted, continuó Lola, que mi marido está poseído de un pensamiento que ya no lo abandona un solo momento; duda de todo lo que le rodea, vacila en todas sus determinaciones, se presenta aquí de improviso á horas en que nunca, con ningún motivo, había solido presentarse, me hace preguntas capciosas, fragua planes absurdos que no sirven más que para hacerme comprender el grado de su desconfianza perenne, y en todas, en todas y en cada una de sus acciones, estoy notando, momento por momento, que sigue obrando bajo la influencia de los celos; desapruéba todo aque-

Habían mediado ya más explicaciones entre don Manuel y Lola, y de cada una de estas sesiones íntimas resultaba la misma sombra en el ánimo de don Manuel y el mismo resentimiento en el de Lola.

Pero la verdadera gravedad en este asunto estaba por parte de Zubieta, y consistía en que, siguiendo éste las leyes del equilibrio, ocupaba el terreno que le cedía don Manuel.

Se había establecido ya como una costumbre, que Lola contara á Zubieta por las tardes todo lo que le pasaba entre una y otra visita, y estas confidencias formaban invariablemente el pasto de la conversación.

Acababa de entrar Zubieta.

Al saludar á Lola notó que ésta había llorado.

—¿Qué es esto, criatura? le dijo, por lo que veo las cosas siguen á más ¿qué ha sucedido?

—Qué ha de suceder, que mi marido es cada día mas insoportable.

—¿Ha vuelto?...

—Sí; anoche, y con una insistencia de que sólo es capaz un tonto ó un celoso, soy muy desgraciada, Zubieta, exclamó Lola con un acento que revelaba que se encontraba dispuesta á llorar apenas se presentara la ocasión.

—Cuénteme usted, criatura, quéjese usted conmigo, tendré como siempre el placer de consolarla.

—Figúrese usted, continuó Lola, que mi marido está poseído de un pensamiento que ya no lo abandona un solo momento; duda de todo lo que le rodea, vacila en todas sus determinaciones, se presenta aquí de improviso á horas en que nunca, con ningún motivo, había solido presentarse, me hace preguntas capciosas, fragua planes absurdos que no sirven más que para hacerme comprender el grado de su desconfianza perenne, y en todas, en todas y en cada una de sus acciones, estoy notando, momento por momento, que sigue obrando bajo la influencia de los celos; desapruéba todo aque-

llo que hago con intención de alhagarlo, y pretende encontrar una falta en aquello en que estoy mas lejos de ofenderlo; mi marido en fin, se está volviendo loco y creo que ha llegado la vez de poner un remedio radical á esta situación.

—¿Y qué remedio le ha ocurrido á usted?

—Me ha ocurrido pedirle á usted formalmente un consejo.

—Habíamos quedado en que iba usted á pedir ese consejo á su confesor.

—Así lo hice ya.

—Y le ha dicho á usted.....

—Me ha aconsejado la prudencia como único recurso.

—Y el consejo me parece muy acertado.

—Sí, yo también creo que el consejo es bueno, pero el recurso me parece muy ineficaz.

—¿Por qué, criatura?

—Porque mi marido me ha dado una prueba de ello; me ha echado en cara mi prudencia, diciéndome que mi prudencia en el presente caso era sospechosa, y que supuesto que tenía tanta energía y tanta re-



LOLA.



signación para callar, yo misma me entregaba, porque en todo estaba yo revelando un disimulo que no podía esconder sinó una falta.

—¿Es posible?

—Ya verá usted por esto, Zubieta, que he agotado todos los medios de conciliación, y aún poniendo en planta aquéllos que no son dictados sino por la natural indignación de verme ultrajada injustamente, han sido contraproducentes.

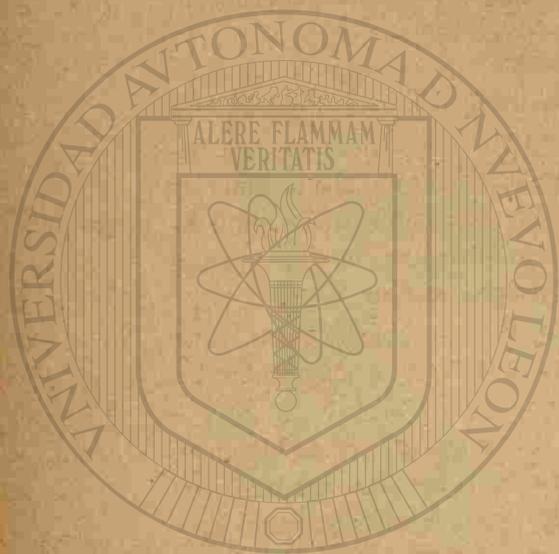
—Ya, ya recuerdo, dijo Zubieta, que cuando usted movida por su dignidad se ha exaltado.....

—Ya usted lo sabe, mi marido ha tomado mi exaltación como una prueba de mi culpabilidad, y hasta como un recurso gastado, según me dijo últimamente.

—Es cierto.

Después de una pausa, durante la cual Lola y Zubieta parecieron reflexionar profundamente, Lola exclamó.

—¿Qué clase de enfermedad moral es ésta, Zubieta, que acaba con la razón y con



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la lógica, y contra la cual no hay recurso posible?

—Por mi parte, dijo Zubieta, como siguiendo el hilo de su propio discurso, más que la interpelación de Lola, por mi parte estoy dispuesto á hacer el mas penoso de los sacrificios, si éste hubiera de conquistarle á usted de nuevo su tranquilidad, y la paz doméstica á que es usted tan acreedora; pero por más que cabilo, por más que estudio la manera de cortar este mal, no encuentro sino que los medios que nosotros pudiéramos emplear, y que ya hemos discutido algunas ocasiones, no servirán más que para agravar la situación.

—Por ejemplo, interrumpió Lola, habíamos hablado de que usted se retire.

—Y esto, agregó Zubieta, según también hemos convenido, no servirá más que para que las gentes que han dado ya en fijarse en nosotros, corroboren que algo había de cierto y de fundado, supuesto que he llegado á salir de la casa de usted.

—Por otra parte, dijo Lola, cuando he

tratado este asunto con Manuel, ha sido el primero en prohibirme severamente que obre yo de esa manera, por que la permanencia de usted, según él mismo dice, está siendo una garantía.

—¿Una garantía?

—Si, oiga usted lo que me ha dicho á este respecto: no vacilo un solo momento acerca de la caballerosidad y rectitud de Zubieta, y él, mientras entre á mi casa como amigo, será incapaz de traicionar mi amistad: yo conozco á Zubieta, me decía, y su lealtad y sus buenas costumbres son una verdadera garantía para mí, al caso que si yo fuera el primero en cerrarle á Zubieta las puertas de mi casa, lo pondría en aptitud de verme como un desconocido, lo relevaría yo mismo de los compromisos del deber y de la amistad; el amigo no sería entonces más que *un marido*, y ya sabríamos qué clase de respeto merece un marido, y hasta qué punto se toma como una hazaña de buen gusto el burlarlo.

Zubieta pareció estar aprovechando todas

UNIVERSIDAD DE TIBORO LEGA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"FONSO NETES"  
195

y cada una de las palabras de Lola, para guardarlas como prendas de un valor inestimable.

—Tiene usted razón, Lola, su marido de usted conoce cuan poderosa es en mí la consideración de la amistad y sabe muy bien que encerrado en el círculo de hierro de mi deber seré siempre incapaz para romperlo, al paso que una vez libre de ciertas trabas daría rienda suelta á mis sentimientos y.... eso lo comprende usted ya perfectamente, Lola, entonces le diría á usted que la amo apasionadamente.

—¡Zubieta! exclamó Lola como deteniendo con solo esta palabra, cuantas pudiera decir Zubieta en medio de aquel arranque espontáneo.

Reinó repentinamente el silencio entre aquellos dos combatientes del amor.

—¡Lola! exclamó á poco rato Zubieta, no aspiro á más sino á que comprenda usted mi sacrificio; con solo que usted sepa cuánto vale mi silencio, estoy recompensado de mi sufrimiento.

—He aquí el punto á que no hubiera yo querido llegar nunca.

—No llegamos nosotros hasta allá por nuestra libre voluntad, sino porque nos impelen.

—Por desgracia eso es cierto.

—¿Por desgracia? repitió Zubieta con mucho cariño.

—Sí, por una horrible desgracia, supuesto que en ese terreno todo estaría en contra nuestra.

—Menos la felicidad.

—Para mí ya no la hay.

—¡Quién sabe! usted es digna de todas las recompensas.

—Hasta ahora sí, porque he sabido sufrir.

—Pero el sufrimiento agota las fuerzas.

—Ese es mi único peligro, por que tan luego como acabe mi resistencia, cuando llegue á ser impotente contra mis dolores....

En estos momentos se presentó don Manuel en la sala.

Su mirada quiso abarcar simultáneamente todos los detalles del cuadro, y ninguno de

los tres personajes de aquella escena pudo evitar que reinara un silencio que les pareció eterno.

Zubieta iba á ser el primero en interrumpirlo, desentendiéndose del gesto de don Manuel y saludándolo como de costumbre, pero al encontrarse con la mirada casi provocativa del marido, permaneció inmóvil.

Don Manuel fué por fin quien rompió el silencio, diciendo esta sola palabra:

—Entendámonos.

En seguida puso solemnemente su sombrero sobre la mesa, aproximó una silla y se sentó.

En aquella difícil situación se echaba de ver que de los tres personajes sobraba uno, sea cual fuere el sentido en que se tomara la intervención particular de cada uno de ellos en el asunto.

Don Manuel no había fijado todavía su mirada en ninguna parte; pero Lola y Zubieta la tenían fija en don Manuel.

Cuando éste levantó los ojos se encontró con aquellas miradas difíciles de describir.

Pero debió notar en la de Lola esa inarticulada y elocuente súplica, que sólo es capaz de expresar la mujer en ciertas situaciones, y al momento pensó don Manuel en la inconveniencia é incompatibilidad de uno de sus dos interlocutores; pensó en que era necesario elejir entre los dos; su tendencia primera fué la de hablar solo con Lola, pero, rebelándose algo viril en su interior, dirigió por fin su mirada á Lola de una manera que quería decir: «vete.»

Lola se levantó de su asiento y salió en silencio de la sala.

Entretanto Zubieta preparó su baterías de defensa, se puso sobre sí mismo, y esperó con cierto aplomo estóico á que don Manuel comenzase á hablar.

—Pues señor, dijo resueltamente don Manuel, aceptando esta introducción que suele ser muy útil en ciertas situaciones difíciles, acaso le parezca á usted muy extraño lo que está usted viendo, y califique usted mi conducta de imprudente y hasta de ridícula; pero, señor Zubieta, en un negocio que me

incumbe tan directamente no debe exijirme el aplomo con que pudiera tratar los asuntos de los demás: en todo caso lo que voy á decir á usted es como confidencia de un negocio para mí grave, y que demanda urgentemente una solución.

Don Manuel acabó de hablar, no sin felicitarse interiormente del sesgo feliz que había sabido darle á aquella difícil introducción.

Pero Zubieta, que como hemos visto, estaba en sus atrincheramientos, respondió con la mayor naturalidad del mundo.

—Señor don Manuel: me he honrado siempre con la buena amistad de usted, y al creerme digno de ella no puedo menos que ponerme á sus órdenes ofreciéndole de nuevo mis pobres servicios.

—¿Está usted, por lo mismo, dispuesto á darme un buen consejo?

—Efectivamente, y siempre que yo sea capaz de dar consejos buenos.

—Es usted hombre de mundo.

—He vivido algo.

—Y conoce usted el corazón humano.

—Un poco.

—Y usted por su carácter social es una de las personas mas apropiado para encontrar soluciones felices, en cuestiones que afectan la tranquilidad de una familia.

—Algunas veces, dijo Zubieta, he sabido acertar, pero eso no quiere decir que en todas ocasiones me crea....

—Pues bien, señor Zubieta, he aquí el caso que deseo consultar á usted como hombre de mundo: se trata de mi matrimonio.

Don Manuel procuró estudiar la fisonomía de Zubieta, esperando notar en ella algo que indicara emoción: pero Zubieta impasible contestó:

—Ya lo había comprendido.

—Al casarme, dijo don Manuel, encontré que era yo completamente feliz; ni una sola nube empañó mi vida, y me pareció que ya había asegurado para siempre mi tranquilidad doméstica. Una vez convencido de las virtudes y de la moralidad de mi mujer,

me pareció que tenía en estas prendas, raras hoy, la mejor garantía de seguridad ¿tenía razón en creerlo así, Zubieta?

—Indudablemente; esas son las bases mas seguras y el único fundamento sólido en que debemos apoyar nuestra felicidad, señor don Manuel.

—Y, si á pesar de esas bases, si á pesar de tener esa convicción íntima y esa seguridad, señor Zubieta, tuviera usted un día una duda, y antes de acogerla sin examen, se pusiera usted á estudiar detenidamente todos esos pequeños detalles íntimos, y cada una de esas particularidades que sólo un marido puede apreciar; si proponiéndose obrar con una prudencia á toda prueba, con un disimulo perfecto y con una calma serena, hubiera ido usted recogiendo ciertos datos, hubiera usted ido poniendo grano á grano la arena de sus sospechas hasta llegarlas á corroborar con hechos innegables; si ya persuadido íntimamente de que aquella primera felicidad ha desaparecido por completo, y el lugar único, adorable, que

usted ocupó en el corazón de su mujer, está ocupado por..... por una sombra, por una duda amarga, tras de la cual caben todas las mas absurdas suposiciones, todo lo que hay de mas desgarrador y terrible para un amante, para un marido, para un amigo; si llegara usted á palpar, señor Zubieta, esta horrible sustitución no teniendo sin embargo una de esas pruebas irrefragables y claras, sino un conjunto de convicciones, envueltas en un conjunto de sombras, pero capaces de matarlo á usted de pesadumbre ¿qué haría usted entonces, señor Zubieta?

—¿Yo? señor don Manuel, yo, inquiriría, yo buscaría lo que creyera haber perdido en el mismo lugar donde lo encontré; yo, al ver marchitarse una planta, la regaría, al ver oscurecerse mi dicha, la buscaría en sus elementos y en su origen.

—¿Eso haría usted?

—Sí, señor.

—Y si en vez de volver á tocar las primitivas delicias de la primera época de amor, encontrara vacíos por todas partes,

y en aquel campo de las primeras y queridas ilusiones no encontrara ya sinó las espinas y las malezas propias de un otoño, que no por anticipado es menos triste, ¿qué debería hacer entonces?

—¿Me habla usted, señor don Manuel, con la convicción de los hechos? ¿es una realidad la que usted me comunica, ó son las visiones del celoso, las que han formado ese cuadro sombrío que acaba usted de trazarme?

—Es la realidad, llevo mucho tiempo de estar viéndola venir y hoy la veo frente á frente.

—Está usted en un error, señor don Manuel.

—Ese error que usted supone, sería el rescate de mi felicidad. ¡Ay! ¡ojalá que me hubiera equivocado! ¡cuántas veces he procurado engañarme á mí mismo! pero todo ha sido en vano, porque al fin la verdad fría é inexorable ha triunfado de mí y de mis dudas, y se ha presentado desnuda.

—Señor don Manuel, el consejo que us-

ted me ha pedido, se hace tanto mas difícil, cuanto que ante todo sería necesario empezar por destruir el edificio de sombras que usted se ha forjado.

—De ese modo, exclamó don Manuel, no llegaremos jamás á ninguna solución, supuesto que estamos desacordes en el origen, ¿soy ó no soy juez competente para conocer si mi mujer me ama?

Zubieta guardó silencio.

—¿No me contesta usted?

—Entre ser juez y no poderlo ser, hay un escollo.

—¿Cuál?

—Los celos.

—¿Los celos? ¿yo celoso? ¿yo abrigando una pasión, que soy el primero en reconocer humillante?

—¿Cree usted no estar celoso?

—Indudablemente no lo estoy.

—¿Entonces qué explicación dá usted al vacío que encuentra en su amor, es un abatimiento espontáneo, es el cansancio, es una negación sin explicación posible como la muerte de la vista?

—Yo no lo sé.

—¿Crée usted en el vacío?

—No entiendo la pregunta.

—¿Crée usted que haya un lugar, un vacío que no esté lleno? ¿allí donde cree usted que no hay nada, cree usted que efectivamente no hay nada?

—Eso es precisamente el punto principal de mis dudas, en esa averiguación, solo he podido adquirir la mitad de la certidumbre.

—¿Cuál es esa mitad?

—Que no hay nada para mí.

—¿Pero no puede usted asegurar que haya algo para otro?

—No.

—Entonces convenga usted en que está expuesto á ser injusto.

—Así lo creo, lo temo sin cesar y procuro no llegarlo á ser, porque aborrezco la injusticia.

—Hé aquí, señor don Manuel, una de esas enfermedades en las que el enfermo es el primer obstáculo para curarlas; usted

teme ser injusto siéndolo, usted cree no estar celoso estándolo, y por lo tanto.....

—¿Yo celoso é injusto?

—Esa es mi convicción; y el consejo que debo dar á usted, se reduce á recordarle que no hay más que una manera de conquistar amor y ésta es, amando. Estoy seguro de que su mujer de usted, es y sigue siendo digna de usted y de todas las consideraciones y respetos; y por lo que á mí toca, tengo el sentimiento de manifestarle que á mi pesar, á pesar del público y de cualquiera otra consideración, me retiro de la casa de usted.

Don Manuel se quedó contemplando por largo tiempo á Zubieta y luego dijo:

—¿Se retira usted?

—Sí, señor.

—Luego confiesa usted entonces tener alguna parte en este asunto?

—Sí, tengo la de ser un pretexto.

—Eso se lo dice á usted su conciencia?

—Me lo dice simplemente mi experiencia.

—Tenga usted presente, señor Zubieta,

que yo mismo no me hubiera atrevido á señalarlo á usted como el origen de mi malestar.

—Pero yo, que he notado hace mucho tiempo lo que por usted pasa, esperaba la primera oportunidad para manifestar mi desinterés y mi buena amistad.

—¿Insiste usted en tomarse un papel que no le corresponde?

—Por lo mismo que no me corresponde, no debo aceptarlo.

—Pero á mi vez tengo derecho de rogar á usted me dé la explicación de ese modo de proceder.

—Es muy sencillo.

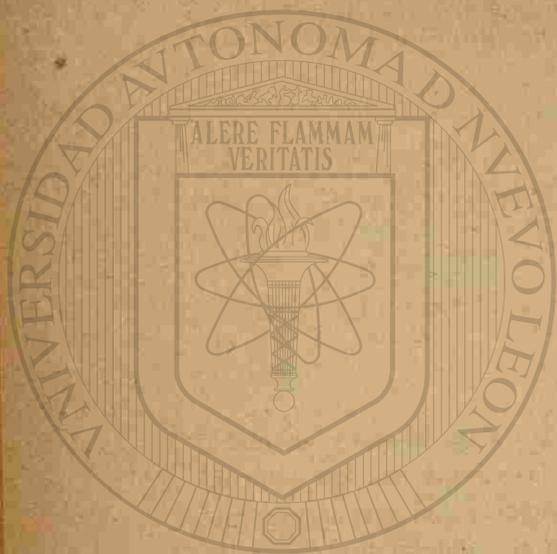
—Yo no lo encuentro sencillo.

—Sírvasse usted escucharme. Desde el momento en que el amigo fiel y desinteresado se convierte, en el seno del matrimonio de usted, en el origen de desazones y disgustos, tan luego como me veo expuesto á perder aquí mi carácter, siendo ya el objeto de sospechas y de dudas, me toca poner el remedio, no sin sentir en el alma ale-

jarme de su lado, precisamente en momentos que tal vez pudiera servir de buen amigo con mis consejos, cooperando á la armonía y á la paz que debe reinar en el matrimonio.

Don Manuel pareció reflexionar profundamente é iba á contestar á Zubieta, cuando la interrupción de una visita, detuvo en sus labios la palabra, quedando por lo tanto aplazada aquella conferencia.





## CAPÍTULO V.

### LAS VISITAS DE TARDE EN TARDE.

**E**NTRÓ Lola á la sala y se entabló con las visitas una de esas conversaciones que sirven solamente para poner en movimiento los órganos de la voz y del oído, pero de cuyo fondo nada se puede decir, y que suprimidas, quedarían las cosas en el mismo estado, sin hacer falta una sola de las palabras allí vertidas.

Eran aquellas visitas una señora mayor, madre de tres niñas á la moda del día. El marido de esta señora era persona ocupada

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
425 GUATEMEX, MEXICO

y no tenía tiempo de hacer visitas. Hacía algunos años que aquella familia decía que llevaba relaciones con Lola: efectivamente aquellas relaciones se hacían ostensibles cada dos meses en una larga visita en la que se saldaban todas las cuentas pendientes y volvían á quedar las cosas como estaban antes. Había que notar, á pesar de la cordialidad y el cariño con que se hablaban, que ninguna de aquellas personas se apreciaban ni se conocían, pero se visitaban.

Cuando en el fondo de las personas no existen los fundamentos de la verdadera amistad, especialmente entre las señoras, recurren éstas á mil pequeños arbitrios que llenan satisfactoriamente las fórmulas y que, cumpliendo cada una por su parte con las leyes sociales cuando se ven, quedan no obstante en aptitud de despedazarse impunemente cuando se separan.

Lucesita, que así se llamaba la mamá de las tres niñas, se anunciaba estrepitosamente, hablaba muy recio y tenía pretensiones de ser persona de buena sociedad, de ex-

quisitas maneras, y según le decían algunas amigas suyas, *de un trato bellissimo*.

—¡Muy buenas tardes! entró diciendo Lucesita desde el corredor, y levantando la voz de manera que pudiera ser oída en toda la casa, buenas tardes ¿no se ha muerto aquí alguno, cómo están todos de salud, dónde está Lola?—¡Lolita! gritó en seguida, aquí están unas buenas amigas que tienen hambre de verla.

—¡Qué milagro es éste! gritó á su vez Lola desde adentro, haciendo uno de esos esfuerzos de que sólo es capaz una mujer; quiere decir, abandonar de golpe sus tetricas ideas en el revuelto asunto de su matrimonio, y revestirse de esa alegría tranquila de la mujer feliz.

—¡Lola! exclamó Lucesita abrazando á Lola.

—¡Lucesita! ¡qué milagro! cuánto gusto tengo en verla por acá. Concha, Narda, Emilia, dijo en seguida, acentuando cada uno de estos nombres con un estrepitoso beso en cada una de aquellas sonrosadas mejillas.

Hemos dicho mal: desde que las señoras se pintan, el lugar favorito de los besos no es precisamente la mejilla, ni mucho menos la frente.

Estos besos femeniles han ido emigrando hacia la costa meridional de la cara y buscando su solaz por el cuello, con el delicado intento de no mancillar el albayalde.

Resonaron, decíamos, seis estrepitosos besos á contar con las preguntas y respuestas, y todos sin excepción fueron á buscar un lugarcito debajo de la oreja izquierda.

—¡Cómo está creciendo Narda, Jesús me ampare! ¿pues y Emilia? Emilia es toda una mujer; sólo Concha está igual, pero eso sí, tan linda como siempre.

Concha contestó con mucha naturalidad.

—A los ojos de usted.

Eso contestaba Concha siempre que la decían linda, que era muchas veces.

—¿Y las niñas de usted, Lola?

—Están adentro, ya vendrán.

—¿Y qué tal la salud, no se han enfermado por acá? por allá todos hemos estado

malos. Narda con anginas, ésta, dijo Lucsita señalando á Concha, con sus punzadas y Emilia perdida de los nervios.

—¿Quiere decir que sólo usted?...

—¿Yo, Lola? yo soy la que he estado peor, ha sido cosa de cama y de mandar llamar á Lucio y todo, no crea usted, no, si yo ya no he de hacer huesos viejos, le digo á usted que....

—Pues tiene usted muy buen semblante.

—¡No me lo diga usted, Lola! si parezco un cadáver.

—No, no es para tanto; un poco pálida, pero esa palidez le está á usted perfectamente.

—Usted tan galante como siempre; pero eso no quiere decir que no le riña á usted.

—¿Por qué? preguntó Lola.

—Porque si nosotras no venimos á verla, usted no se acuerda para nada de nosotras.

—¡Qué, Lucsita! si ni me diga usted; fíjese usted, con las chicas, ya no tengo vida con ellas, son lo mas travieso que pue-

da usted imaginarse, y no me puedo desprender de ellas un solo momento.

—¿Por qué no las lleva usted? preguntó Emilia.

—¡A dónde iba yo con esa guerra!

—Qué guerra, si son muy chulas.

—Favor que usted les hace, y sobre todo, que usted no las conoce.

Aquí Lola se puso á hacer una minuciosa relación de las gracias de las niñas, de sus enfermedades, de sus exigencias, de sus malas crianzas y de todo cuanto le vino á la memoria.

Las pollas ponían gran atención á los detalles y celebraban con risas, más ó menos sinceras los pasajes mas culminantes, no sin desear interiormente cambiar de conversación, pues cada una de aquellas señoritas hubiera deseado tratar asuntos de otro género; pero nada asegura tanto el éxito de un mal orador como un auditorio apropiado; y Lola, en este punto, no podía quejarse, pues pendientes del millón de pueri-

lidades que salían de su boca, tenía, no sólo á aquellas cuatro señoras, sino á Zubieta y á don Manuel, quienes en la situación en que se encontraban, hallaron muy conveniente convertirse en auditorio.

Después del largo capítulo de las enfermedades y de los inconvenientes para hacer visitas, después de nombrar á todas aquellas personas con quienes Lola se encontraba, según ella decía, en descubierto, después de declararse culpable en alto grado y de apelar á la benevolencia de sus amigas, empezó á generalizarse la conversación.

Entraron á la sala las hijas de Lola y don Manuel, y esto fué un nuevo motivo de animación.

Zubieta logró entrar en materia con dos de las pollas, con quienes habló del teatro, del paseo de Bucareli, del Zócalo, y de otra porción de cosas que á las pollas tenían muy divertidas.

En un momento oportuno Lucesita procuró hablar con don Manuel, á quien le

participó las risueñas esperanzas que tenía con respecto á los grandes negocios que tenía entre manos su marido, y á los cuales deberían en breve una mejora de posición ventajosísima.

Esta era la misión diplomática de Lucesita, y el misterio que encerraba aquella afectuosa visita, aunque aquella señora al fijar ostensiblemente este objeto, dijera:

—Pues en fin, esta visita.... no nos la agradezca usted, esta visita es para el señor don Manuel, porque hemos querido anticiparnos.

—¡Cómo! exclamó Lola, ¿no vienen ustedes el día de Córpus?

—Esas eran nuestras intenciones, pues ya saben ustedes que cada año..... pero temerosas de que por cualquier incidente se frustrara la visita, les dije á las muchachas: esta tarde vamos á casa de Lola, anticipándonos á dar los días al señor don Manuel: en todo caso seremos las primeras.

D. Manuel que era también persona muy galante, y con la idea fresca de que los ne-

gocios de la casa de Lucesita iban bien, creyó de su deber decir:

—Acepto la visita, pero no recibo la felicitación sino como un compromiso formal de venir el día de Córpus; ya sabe usted que ése es mi día y que tengo mucho placer en ver reunidas á las personas de mi mayor estimación.

—Gracias señor don Manuel, estimo mucho la fineza y.....

—¿Y vienen ustedes, no es verdad? agregó Lola, las esperamos á todas.

—¿Y bailamos? dijo Emilia.

—Por supuesto, dijo Lola.

—Como ahora un año, exclamó Concha suspirando.

Don Manuel era hombre que no permitía que una persona le hiciera una visita, sin tomar alguna cosa en la casa; de manera que aprovechando Lola un momento oportuno, pidió permiso para apartarse un segundo de la sala, segundo que aprovechó en dar sus órdenes, á fin de obsequiar á las visitas.

—Y Narda, estará muy adelantada en el piano, dijo Zubieta á Lucesita.

—Es muy floja y no quiere estudiar, contestó Lucesita, picando el amor propio de Narda.

—Vamos á ver, dijo don Manuel, alguna piececita; bien es que no sé cómo estará el piano, por que hace mucho tiempo que no se toca.

Y don Manuel levantó el guardapolvo del piano y lo abrió.

—Vamos niña, le dijo Lucesita á Narda.

—Voy á ver si me acuerdo.

—No toca nada de memoria, dijo Lucesita, todo por papel.

—Ahí hay papeles.

Fué entonces Zubieta quien se levantó de su asiento y fué á enseñar á Narda los papeles, que ésta comenzó á hojear y después de muchos circunloquios y melindres, se decidió á tocar de memoria una danza habanera.

Cuando acabó, le dijo su mamá:

—Mira con lo que vas saliendo: á ver si te acuerdas de algo en forma.

—Pues veré si me acuerdo del *pensamiento de Ravina*.

—Me parece perfectamente, dijo Zubieta, es de todo mi gusto.

El pensamiento de Ravina lo tocaba Lola.

Don Manuel pensó que por esto era del gusto de Zubieta.

En este momento entró Lola á la sala. Don Manuel procuró observar si mientras sonaba el piano Lola y Zubieta se dirijían la vista; pero Lola y Zubieta estaban prevenidos, cada uno por su parte tenía la firme resolución de no dar á don Manuel el menor motivo de celos; su disimulo era perfecto, nada se podía tachar en aquella naturalidad.

Llegó la hora de obsequiar á las visitas, y éstas fueron invitadas á pasar al comedor que estaba ya iluminado, y ostentando su mesa profusión de dulces y postres.

Zubieta encontró un motivo para retirarse pretextando una cita.

Don Manuel lo detuvo suplicándole que los acompañase á la mesa; pero Zubieta insistió, diciendo que de buena gana se quedaría por tener el placer de estar en tan grata compañía, pero que lo llamaba una ocupación imprescindible. Zubieta comenzó á despedirse.

—Lucesita, estoy á los piés de usted.

—Adios, Zubieta, ¿hasta cuándo tendremos el gusto de verlo á usted por casa? mi marido me ha preguntado por usted.

—Lucesita, muy pronto tendré el placer de hacerles á ustedes una visita.

—No lo creas, mamá, el señor Zubieta es muy informal.

—Oiga usted, oiga usted Zubieta, dijo Lucesita mostrando una jovialidad, que á un observador le hubiera parecido inusitada; oiga usted, esa es una acusación en forma, defiéndase usted Zubieta por el amor de Dios, vea usted que eso es muy grave.

—Voy á probar muy pronto á Narda, que en este momento se ha equivocado al juzgarme.

—¿De veras? dijo Narda.

—Muy pronto va usted á verlo.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Ahora sí, exclamó Lucesita, eso se llama dar un golpe maestro.

—¿Qué dice usted, Narda?

—Que como sea cierto.....

—¿Lo duda usted?

—La verdad, sí.

—¡Niña! le dijo Lucesita en tono de cariñosa reconvención, Zubieta es hombre formal.

—Ya se vé que sí, y por lo mismo lo esperamos.

—Y yo, Narda, no me haré esperar, con una condición.

—¿Cuál?

—¿Me toca usted Traviata?

—Con mucho gusto, aunque muy mal.

—Mal no será nunca: hasta mañana Narda.

—Hasta mañana, Zubieta.

—Adios, Emilia, que usted se mejore.

—Adios, Zubieta, ¿de veras va usted?

—Decididamente.

—Adios Concha, allá voy á ver esos tejidos ¿qué está usted haciendo ahora?

—Estoy bordando una relojera para mi papá.

—Bueno, bueno.

Don Manuel había permanecido de pié cerca de la puerta, y esperaba el momento de la despedida de Lola y de Zubieta: se había colocado de modo de no ser percibido, así es que don Manuel estaba seguro de que iba á sorprender algún detalle, algún movimiento que le indicara la disposición de ánimo de su mujer, á quien él creía menos apropósito para disimular.

Pero Lola, á quien nosotros creemos muy apropósito para darle cartilla á don Manuel, y á otros mas vivos, calculó el momento en que Zubieta iba á despedirse de ella, y á despecho de parecer desatenta emprendió con Lucesita la conversación.

—Lucesita ¿usted no toma de este dulce? tome usted, es una cosa exquisita; á Narda le falta una cucharita, ande usted Emilia,

empiece usted, ¿ó prefiere usted de este otro dulce?

—Éste está muy bueno, dijo Emilia.  
Se acercó Zubieta.

—Es necesario, continuó Lola, una enmienda radical, Lucesita, porque....

—Adios Lola, dijo Zubieta dándole á Lola la mano.

--Adios, Zubieta, porque de lo contrario Lucesita, me voy á enojar mucho, yo, que las quiero tanto y que las estimo.... pues no crea usted, más de diez veces se me ha frustrado el ir por allá, pero qué quiere usted.....

Lola siguió hablando con Lucesita sin cesar, dándole á sus gestos y á sus movimientos, esa soltura y esa naturalidad de la persona que se consagra completamente á los detalles del momento y á la puerilidad de ciertas situaciones en las cuales la mujer hace uso de todo lo que tiene de niña en el alma.

He aquí una de las joyas sociales de la mujer.

Si Lola se hubiera dejado llevar de lo que sentía íntimamente, hubiera puesto mala cara, hubiera estado seria y grave, porque lo que pasaba en su matrimonio era motivo sobrado para preocuparla; y por otra parte si hubiera oído sólo á su corazón para demostrar á las visitas su cariño, también hubiera estado retraída supuesto que, bien visto, Lola no quería á las visitas.

No queremos sentar como principio que Lola era falsa, pero en su arsenal de recursos, la mujer puede echar mano de esto que pone en práctica con sensible frecuencia: la mujer tiene algo de la niña.

O de otro modo.

La niña nunca acaba de salir de la mujer.

En el corazón femenino, queda siempre algo de la primera edad: la mujer se acuerda siempre de los elogios que recogió por sus primeras ingenuidades, y después sigue usándolas porque sabe, cuando niña, que son gracias; cuando joven, que son reminiscencias que abonan su pureza actual, y cuando mu-

jer, que son recursos de utilidad notoria.

Júzguese por Lola.

Lola, según llegó á decir Lucesita aquella noche, estuvo *monísima*.

Solícita, decidora, locuaz, amable, alegre, rubicunda, dulce.

Hasta bonita estuvo Lola.

Don Manuel abrió la boca más de una vez.

Don Manuel volvió á atrapar en la fisonomía de Lola, esas líneas fugitivas que acaba por borrar la costumbre.

En la escala descendente del matrimonio vulgar, la mujer es nube, estrella, cielo, luz, ante un *oso*.

Es diosa, es promesa, es perspectiva ante un novio.

Es embriaguez y éxtasis ante el esposo.

Es muy bonita para el marido.

Después menos bonita.

Los contornos empiezan á gastarse como los cantos de las ediciones de lujo.

Y la costumbre con su gota de agua gas-

ta el modelado de nuestra escultura clásica, que guardamos con veneración arqueológica hasta llamarla *mi mujer*.

Notamos esto, porque don Manuel antes de encelarse se decía así: mi mujer.

Pero cuando, como en los momentos que describimos, volvía don Manuel á hojear su edición de lujo, sentía de nuevo la reminiscencia del novio, y entonces decía así:

*Lola.*

Mientras las pollas comían dulces, mientras Lucesita ponía en juego todas sus baterías de mujer de buen trato, mientras Lola charlaba como una encantadera cotorrita, don Manuel, el pobre don Manuel, según hemos dicho ya, abrió la boca varias veces.

Esto no lo vió nadie más que nosotros; pero estamos seguros que esa secreción de la boca abierta, de la boca que se enfría en ciertas pausas tanto en el bobo como en el sabio, esa secreción decimos, habló elocuentemente por medio de una gota que en forma de lágrima se desprendió de los labios de don Manuel.

El desprendimiento (tan exquisito así es nuestro sistema nervioso) hizo estremecer á don Manuel.

Hubo más, lo hizo volver en sí.

Más todavía: lo indujo á reflexionar.

Lola había estado hablando, contaba..... contaba todas esas cosas, que son la brisa de las conversaciones femeniles, había allí imágenes, fruslerías, minuciosidades, risas, aspavientos, mímica, gestitos, actitudes, dengues, pucheros, parte imitativa, parte cómica, parte sentimiento, parte gracia y donosura, había en fin la mujer, la mujer en una de sus fases kaleydoscópicas, la mujer tormento del filósofo, la mujer cromotopo.

Ante esa faz, no sólo don Manuel, sino todos, todos los hombres abrimos la boca, somos víctimas resignadas de esa fascinación, y nos cruzamos de brazos.

¿Qué cosa mas justa en efecto que tomar una actitud de vencido ante esa irradiación de gracias sin sustitución y sin equivalente y cuando esos misteriosos tesoros son propiedad tan exclusiva de la mujer.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1914

Don Manuel se sentía otro cada vez que se tocaba al espiritualismo del matrimonio, como si se tocara á una máquina eléctrica, sólo que don Manuel era pura y simplemente comerciante, era hombre, según había aprendido de su papá, de *pan pan, vino vino*.

Era pues, muy disculpable don Manuel.

No decimos con esto que don Manuel fuera tonto, al contrario.

Pero don Manuel era así, liso y llano, según él mismo decía.

Y esa lisura y esa llaneza eran el origen de su desgracia, mal que le pesara y sin poderlo remediar, por que podía decirse que aquella causa estaba en la masa de su sangre.

De manera que todo aquel mundo espiritual que se estaba levantando en su interior, lo interpretó don Manuel de esta manera:

—Vaya, pues me estoy enamorando de nuevo de mi mujer.

—Y agregó para sí, después que se hubo cerciorado de que la *gota aquella* no había caído en el plato que tenía delante.

—¡Qué vejeces!.....





## CAPÍTULO VI.

SESIÓN SECRETA DE REGLAMENTO.

**N**o se fué Zubieta, sin que don Manuel hubiera podido decirle estas palabras, con toda la solemnidad posible.

—Lo espero á usted mañana.

No seríamos consecuentes con la teoría de la influencia del estómago sobre la cabeza y el corazón si callásemos esta circunstancia.

Después de los dulces todas las pollas estuvieron mas expansivas, mas locuaces y

hasta mas dulces: la conversación se generalizó hasta después de las diez, hora en que un joven desconocido tocó la vidriera de la sala.

—¿Quién? preguntó Lola.

—Ha de ser Marín, dijo Lucesita.

—¿Quién es Marín?

—El que viene por nosotras.

—Buenas noches, dijo un joven entrando.

—Buenas noches, contestaron varias voces.

—Siéntese usted, dijo Lucesita, este joven es Marín, agregó después.

—Servidor de usted, contestó Marín.

—Pero pase usted por acá, dijo don Manuel, viendo que Marín se había sentado lejos.

Marín avanzó el espacio de cinco sillas, y se sentó de nuevo, teniendo su paraguas y su sombrero en la mano.

Pocos momentos después empezó la despedida, ó lo que es lo mismo comenzó la visita, por que á pesar de que durante toda la noche había habido momentos de silen-

cio, si bien muy cortos, en el acto de despedirse empezó á ocurrirles á las señoras una porción de cosas de que no habían hablado, de manera que ya de pié, prolongaron las despedidas y los encargos por más de tres cuartos de hora.

D. Manuel y Lola se quedaron solos.

A Lola le pareció que debía estar seria con su marido supuesto que éste se había permitido manifestar ya abiertamente sus celos, á despecho de toda consideración. D. Manuel por su parte deseaba á toda costa entrar en explicaciones que acabaran de sacarlo de la vacilación, y de la duda.

—Es necesario, dijo al cabo de un rato, que esto termine.

—¿Cuál? preguntó Lola.

—Este estado de cosas, esta incertidumbre, este malestar.

—Opino de la misma manera, dijo Lola con un acento difícil de describir; con un acento en que había aún algo de la niña mimada.

Don Manuel sintió un impulso de impa-

ciencia por aquella salida ingénuu; hubiera preferido ver cuitada á Lola; y como quiera que ésta seguía ocupadísima en la operación de despeinarse y despojarse de sus dijes y galas, don Manuel continuó:

— Parece que tú no le das á este asunto toda la gravedad que en sí tiene, y aún parece también que te has propuesto tener en poco mis observaciones y mis palabras.

— No: dijo simplemente Lola.

Hubo una pausa, por que le costaba mucho trabajo á don Manuel pasar aquel *no*.

— Estás lacónica, no parece sinó que te has cansado de hablar.

— Y así es efectivamente, he hablado tanto.

— Y tan luego como nos hemos quedado solos te has vuelto otra mujer.

Lola nada contestó.

— Mira, Lola, dijo don Manuel, disimulando muy mal su cólera, te has propuesto exasperarme.

— No.

— Provocarme con tus desprecios.

— No.

— Hacerme chico.

— No.

— ¿Qué, pues, entonces, por qué no hablas, por qué no contestas en forma, por qué te reduces á contestarme monosílabos?

— ¿Quieres que hable?

— Sí.

— ¡Ay, Dios mío, qué flojera, dijo Lola, manifestando con un gestito que le repugnaba ocuparse de aquel asunto, volvemos á empezar de nuevo, sea por el amor de Dios!

Dejó sus últimos postizos sobre el tocador, se quitó los anillos, y levantándose dijo:

— Espérame tantito.

Hay ciertas frases que la mujer querida sabe gorgear, hay momentos en que la compañera de nuestra vida trina no sabemos qué notas misteriosas, notas arrancadas á los dulcísimos preludios amorosos, á las horas idas de las primeras caricias, notas de aurora que traen siempre una reminiscencia al corazón, un soplo de las brisas que

volaron, un encanto en fin, al cual somos sensibles.

Lola se levantó de su asiento, y en el oído de don Manuel quedaron vibrando estas palabras:

— Espérame tantito.

Don Manuel sentía desleírse la ambrosía de estas palabras en la amargura de sus dudas, y experimentaba los efectos de una extraña mezcla de voluptuosidades y dolores, que son una de las fases de los celos.

Lola entretanto se había acercado á su vestidor para quitarse unas botitas que le oprimían el pié más de lo que convenía á una situación seria. Metió Lola sus piecitos en unas chinelas de raso acolchadas, y se cubrió con un peinador blanco de muselina.

Cruzóse sobre el pecho los dos lados del peinador, con el mismo movimiento con que se les cerrara á los niños las puertas de un teatrillo de títeres, diciéndoles, ¡ea, basta por hoy, se acabó!

En seguida Lola dirigió al pasar una mi-



EL ESPEJO



rada al espejo, lo cual equivaldría entre combatientes á asegurarse de si la pistola tenía cápsula, después de lo cual, Lola se sentó en una góndola frente á su marido.

—Caballero, estoy á las órdenes de usted.

Lola sabía bien, mejor que nosotros, el efecto mágico de esta frase, medio pedante y casi á primera vista fuera de la situación; pero la *chanza* es un recurso de la oratoria familiar de más efecto que todos los tropos conocidos y que todos los giros del lenguaje.

Aquel «caballero, estoy á las órdenes de usted» dicho con la vocecita dulce de Lola, aquella cara ovalada, fresca, ingénua, inocente; aquel conjunto que constituía al angel del hogar, á la mujer bajo una de sus fases mas risueñas; aquella pieza confortable, aromatizada, en la que se respiraba cierto sosiego voluptuoso, cierto misterio dulce; todo aquello estaba iluminado por la luz siniestra de los celos: allí había como una tercera mano, trazando signos extraños



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en aquel ambiente de amor, en aquel nido humano tan apacible en otros días.

Lola, lo repetimos, era buena, era pura, era adorable, y según hemos podido ya apreciar, era superior á don Manuel; vivía, ó mejor dicho, era capaz de vivir mentalmente en una esfera de idealidad superior á la que le había tocado en suerte.

Por parte de don Manuel, sentía como si una mano de plomo lo pudiera soltar apenas de entre los bultos de casimires y muselinas para entrever una felicidad, que por difícil de entender había renunciado á estudiar.

La vida de la inteligencia abre tan anchos caminos al pensamiento humano, que á medida que éste avanza por los campos de lo ideal y de lo imperecedero, encuentra nuevas fuentes de vida y de vigor, de entusiasmo y de fé: pero los perezosos, los vulgares, los que simplifican la ciencia de la vida reduciéndola á los estrechos límites de la parte vegetativa y animal, los que al hojear el libro de filosofía, bostezan ante los

logaritmos de la existencia espiritual, suelen, como don Manuel, encontrarse algún día impotentes para penetrar á un cielo que adivinan en un momento lúcido y que vuelve á perderse en las tinieblas de su ignorancia como un meteoro.

Á don Manuel estaba pasando todo esto en aquellos momentos: se sintió inclinado á alcanzar con la mano aquel mundo espiritual que se le escapaba ante una impotencia de que él mismo no se daba cuenta, vió á su mujer, la contempló en silencio y..... le pareció bonita; pero á la vez sintió como si aquella mujer de quien él era dueño estuviese poniendo una barrera entre ambos, barrera que le impedía á don Manuel enseñorearse con su legítima propiedad.

Fué entonces el propietario, el marido en virtud del contrato social, el comerciante de inventario y partida doble el que se rebeló en don Manuel; no fué ni el amante, ni el esposo, ni el hombre fué el dueño de la casa quien vió á Lola, rebosando en el deseo de encontrarla culpable, porque ¡cosa

rara! el celoso desea la certidumbre del crimen más que la de la inocencia; porque este deseo se ha engendrado en medio de los movimientos de la ira y del encono.

El celoso goza con la idea de llegar á una solución, y en medio de su perturbación siente el anhago de lo trágico, de lo espantoso, como si fuera una caricia infernal.

Probarle á Lola que era criminal, hubiera sido en aquellos momentos para don Manuel una especie de placer salvaje de que estaba sediento. Pero este principio de despecho y de injusticia parecían replegarse ante la tranquila actitud de Lola, ante su semblante sereno, como el de la inocencia; era como el resplandor del ángel ante la nube del odio, el que contenía á don Manuel para no hablar.

Lola miraba á su marido, y sin duda notaba en él lo que un ánimo tranquilo nota de incoherente y repulsivo en un loco ó en un ébrio.

Tan elocuente era así el silencio que reinaba en la habitación.

Este silencio fué interrumpido por la voz de don Manuel: su voz fué áspera y ronca, y hacía el mismo efecto que haría una de esas aves nocturnas graznadoras introducida en el nido de una tórtola.

—Lola, dijo de repente don Manuel.

—¡Ay Jesús! exclamó Lola estremeciéndose, más por echar en cara á su marido su aspereza, que porque su sistema nervioso se hubiese conmovido.

Volvió á reinar el silencio.

Era ese silencio soporoso y amargo de la desavenencia doméstica.

D. Manuel, por su parte, no encontraba la manera de abordar aquella cuestión que á él le parecía embarazosa y difícil; porque el celoso tiene siempre el temor de parecerlo, y vive en la mas amarga lucha entre su dignidad y su duda, entre su amor propio y su despecho, entre la repugnancia de confesarse ultrajado y el derecho de reclamar el ultraje.

Lola esperaba, segun hemos dicho, tranquila, porque empezaba por ser pura y aca-

baba por palpar la incompetencia de aquel juez parcial, medio loco y medio desgraciado.

—Pregunta mi curiosidad, dijo Lola inclinándose y apoyando su mejilla en una manita de marfil ceñida por los encages del *peinador*, ¿vamos á estarnos toda la santa noche uno enfrente de otro sin hablar?

—Lola, Lola, dijo en seguida don Manuel sin saber lo que iba á decir, pero queriendo decir algo: yo... Lola, es preciso que... porque... en fin... en esta situación, como comprenderás perfectamente, es imposible, imposible; vamos, que esto no puede ser, al menos, tal es mi convicción; porque si al menos, quiere decir, si yo encontrara que tú... que te defendías y que... pero...

Después de una pausa, Lola hizo una mueca de las mas graciosas, y dijo en seguida, dando á su voz la dulzura de que era susceptible:

—Tenga usted la bondad, señor marido, de traducirme al castellano todo ese raudal de palabras con que se ha servido usted obsequiarme.

—Parece que te burlas.

—No.

Este no, tuvo una entonación que no es para descrita.

—Y cuidado con provocaciones, dijo don Manuel ruiendo de ira.

—Ola, ola, dijo Lola reclinándose en el respaldo del sillón; nos ponemos furiosos, tomamos las actitudes de *Otello*, engruesamos la voz y amenazamos á nuestra querida esposita. Muy bien me parece, señor don Manuel, muy bien, esos son los efectos raros de...

—¿De qué? interrumpió don Manuel.

—Los efectos raros de esa majadería que se llama celos.

—Majadería?

—Si, señorito, no es otra cosa porque usted se ataranta; y todo un señor de patillas y dueño de cajón de ropa se permite descender hasta la clase de esos pobres maridos de cuartito, que maltratan á sus mujeres y tienen que dirimir sus dificultades y sus disputas ante un juez de lo criminal.

—¡Juez de lo criminal! exclamó don Manuel que estaba pronto á asustarse de todo. ¿Juez de lo criminal? ¿de qué crimen hablas? ¡Ah!... ta, ta, ta, ¿con que esas tenemos? ¿Juez de lo criminal? bien se conoce, mujer infiel, que no tienes en la cabeza más que crímenes, ¿y de qué otra cosa puede ocuparse quien...?

—Pido la palabra, dijo Lola con una gravedad cómica, de lo mas primoroso; se le ha deslizado á usted una frase, señor marido, contra la cual protesto solemnemente, contra la cual me declaro con toda la energía de que usted no me había creído hasta ahora capaz.

—¿Qué frase es esa?

—Ha dicho usted, si mal no lo recuerdo, esto: mujer infiel.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Mujer infiel?

—Mujer infiel.

—He dicho bien, lo ratifico, lo afirmo, mujer infiel, mujer perjura, mujer....

—Chitón: las pruebas.

—¿Las pruebas? allá van; es usted infiel, supuesto que da lugar á que las gentes fijen la atención en actos que, cuando menos llamarían la atención del marido, menos del marido más... del marido más marido que se conoce, es usted infiel porque ese hombre viene todas las tardes.

—¿Qué hombre?

—Él.

—¿Quién es él.

—Deseas que te repita su nombre, que te refresque la sangre, ¿que te diga quién es?... Habráse visto impertinencia ¿con que tú no sabes á quién me refiero?

—No.

—¿No?

—No.

—Ah; ¿con que no sabes quién viene todas las tardes?

—¿Yo?

—Sí.

—Yo sé que viene todas las tardes... ahora verás, todas las tardes, todas las tardes,

¿González? ah no, no es él, porque González viene rara vez, ¿Villasana? no, porque Villasana nunca viene, Villasana... ha, entonces ya caigo, el que viene todas las tardes, quiere decir, el mismo que viene todas las tardes es... es..... es..... ya merito te lo digo, es..... es Zubieta.

Don Manuel, que había estado oyendo a quella peroración retorciéndose los dedos y mordiéndose los labios, se quedó viendo á Lola con una expresión de ira tal, que no encontrando palabra con que expresar lo que sentía, se conformó con mecerse, haciendo oscilar su cabeza de atrás á adelante como si en aquel vaivén hubiese encontrado don Manuel algo mas elocuente que la palabra y que los gritos.

Pero como este movimiento, que por otra parte no es del todo desconocido en la mímica teatral, se prolongase más de lo que un actor sobrio hubiera prolongado en el palco escénico, Lola dijo:

—Ay Jesús, qué te da, hombre de Dios, qué quiere decir esa oscilación, si pareces

un péndulo, sabes que te estás volviendo loco?

Don Manuel se paró de un brinco, abrió la puerta, y se salió de la recámara.

Lola se quedó sentada, pero cuando estuvo sola fué cuando hubiera podido notarse en su fisonomía un cambio completo.

Pareció que un genio invisible había arrancado á Lola la careta con que se ostentaba risueña, festiva y pueril, y que en su lugar había exhibido la cara de una mujer agobiada por un largo sufrimiento moral.

Clavó la vista hacia sus piés, y en seguida se irguió como para sus pulmones tomasen una gran cantidad de aire, y suspiró profundamente.

Don Manuel había ido á sentarse en uno de los sillones de la sala.

Lola no se movió.

Don Manuel, por su parte, no hizo ruido sino después de un largo rato en que se notó que había encendido un cigarro.

Así pasó más de un cuarto de hora.

Lola pensaba en si sería ó no conveniente llamar á su marido.

Don Manuel no entraba por no dar su brazo á torcer.

Volvió á transcurrir otro cuarto de hora.

Don Manuel creía que había transcurrido un siglo, á pesar de que el reloj de la sala sólo había sonado dos veces.

Lola fué por fin, la que se decidió á hablar.

Se levantó de su góndola y se dirigió á la puerta de la sala y preguntó con voz débil:

—¿No vienes?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

La elocuencia del lenguaje ha llegado hasta inventar esta frase que hemos convenido en llamar concluyente, sin que por eso deje de ser impolítica.

Lola regresó á su góndola.

Al cabo de un rato, don Manuel fué quien entró á la recámara, y sin decir una palabra empezó á desnudarse.

Lola era quien todas las noches daba cuerda al reloj de don Manuel y lo ponía en la relojera.

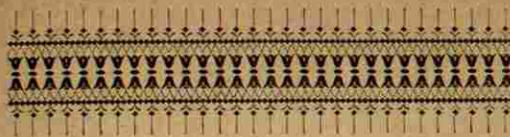
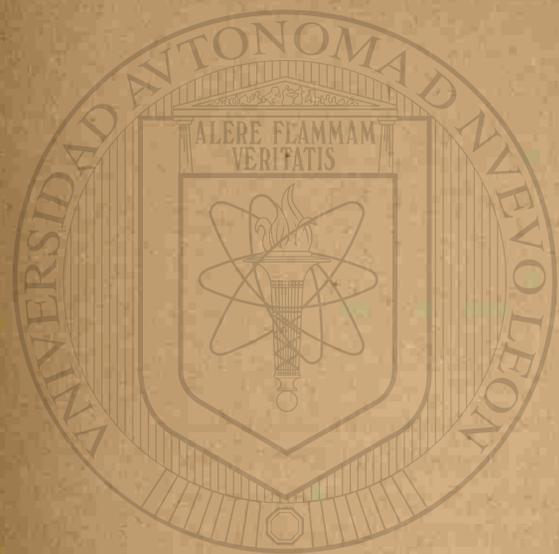
Esa noche don Manuel, por la primera en siete años, le dió cuerda á su reloj.

Lola que era capaz de resistir una tempestad, no resistió á esta prueba: clavaba sus ojos en las manos de su marido y en el reloj, pareciéndole que en cada vuelta de la llave, su marido trituraba, una tras otra, todas las flores de un ramillete de siete años.

Lola sintió ese traquidito particular de la laringe que precede á la efusión de una lágrima; ésta asomó extendiéndose sobre el borde de sus párpados inferiores, y prestando á los ojos de Lola un brillo que si don Manuel hubiera sabido comprenderlo habría abrazado á su mujer.

Un momento después don Manuel torció la llave del quinqué y la habitación se sumergió de pronto en las tinieblas.





## CAPÍTULO VII.

### EL APRENDIZ.

**A** eso de las ocho de una mañana de Diciembre, don Trinidad Domínguez, maestro herrero, se asomaba á la puerta de su taller dando visible muestra de impaciencia.

Avanzaba hacia la calle algunos pasos, y recorría con la vista lo largo de la calle en una y otra dirección, como en espera de alguno: en seguida volvía á la fragua, y con la paleta y el hierro de atizar removía los carbones y tiraba dos ó tres veces del cor-

del del fuelle, para tener la lumbre á punto para cuando fuera necesaria.

Hecha esta operación, volvía á asomarse, y se rascaba la cabeza, manifestando cada vez más desasosiego.

Después de más de media hora de espera, divisó un muchacho que se acercaba corriendo en dirección á él.

—¿Qué hay? le preguntó cuando se hubo acercado.

—Pues nada, dijo el muchacho, don Catarino no está en la pulquería.

—¿Y los otros?

—De don Antonio me dijo el diurno que ayer lo hirieron.

—Adios! dijo el herrero, ya ese barrio con los otros á la chinche.

Y el herrero dió una patada en el suelo, y en seguida dijo al muchacho:

—Mira, vé en casa de don Agapito, y le dices, que si me puede prestar dos oficiales, que yo le ayudaré después.

Iba á irse el muchacho, cuando el herrero agregó:

—Oye, dile que tengo una obra de compromiso que ya sabe. Oye, que no más me los preste por hoy, que mañana se los vuelvo, corre!

El muchacho echó á correr.

Volvió á tirar el herrero del cordel del fuelle y se paró en la puerta de su casa.

—Buenos días, don Trinidad, le dijo un carpintero.

—Qué hay, maestro, le contestó el herrero, ¿cómo ha pasado usted la noche?

—Bien, bendito sea Dios, y usted?

—Yo aquí dado á los...

—Por qué? pues qué ha sucedido?

—Nada, amigo, estos oficiales!

—No han venido?

—No, qué han de venir!

—Ni los muchachos?

—Nadie.

—Pues ahora sí la hizo usted, amigo.

—Qué quiere usted, maestro, si estos artesanos!...

—Bah! con que lo mismo estoy yo, pues

creerá usted que solo Pablo el de la pierna ha venido al obrador?

—Vaya si lo creo!

—Ya se sabe amigo, que los lunes...

—¡Malditos lunes!

—No parece sino que no tienen todo el santo día del domingo para emborracharse.

—No, si de á tiro la raspan, amigo, y que me canso de decírselo, aquí no hay San Lunes.

—Y luego, que como dicen vulgarmente, tendrá usted algún compromiso.

—Pues usted figúrese, amigo, las rejas del señor licenciado que hace tres semanas que debían haberse acabado, y el sábado vino, y la verdad amigo, también uno aunque sea pobre tiene uno vergüenza; no que por unos, pierden todos.

—El pecado del ratón, amigo.

—Ahí el señor licenciado vino, y que si los artesanos mexicanos por aquí, y los artesanos mexicanos por allí; y también, pues diga usted, uno qué culpa tiene? pues uno tiene que contar con los brazos, y pa qué?

pa que le vayan saliendo á uno con que no vienen.

—Y lo peor es que cuando no hay trabajo, es cuando le vienen á uno á pedir y á rogar.

—Y vienen á pedir trabajo el jueves.

—Pues así me sucede, amigo. Y qué, ¿no los ha mandado buscar?

—Ya fué el muchacho.

—Y qué dice?

—Pues dizque hirieron á Antonio.

—Oiga! quién es Antonio?

—Adios! pues el turnito; ¿cuál tiene la frazadita parda y el sombrerito de petate de esos chicos?

—Ah! el que sacó usted del hospital.

—El mismo.

—Y ya lo hirieron otra vez?

—Pues ya usted verá!

—Pues ese si que... diatiro. Pues un día lo matan porque creo que es medio malo-so él.

—Alabado sea! pues si es de lo bueno.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1225 BARRIO DE SAN CARLOS

Ahí no me anda sonsacando á los otros, y luego que la negra esa de la Tomasa...

—La del 8?

—Sí, pues ahí no anda con celos de la otra del sargento!

—Mala gente, señor, mala gente.

—Pues lo que yo me figuro, es que la Tomasa jaló recio el domingo.

—Vaya! y el lunes!

—Y la muy... me ha dejado sin oficiales.

—Si es una muerte! Oiga usted ¿sabe usted, dónde ha de estar Toribio?

—Dónde?

—Pues ése se va á beber los lunes hasta la Candelaria.

—Adios...!

—Por vida de usted. Con que el vaquero que trae las vacas de don Gabino me lo dijo.

—Pues ése debe saberlo, porque viene por ese rumbo todas las mañanas.

—Vaya, amigo, pues siento los cuidados.

—Gracias, amigo.

—Conque hasta luego, D. Trinidad.

—Hasta luego maestro.

Esta conversación sirvió para calmar un tanto la inquietud del herrero, quien volvió á atizar los carbones, y á dirigir desconsoladoras miradas á unas varillas de hierro que eran el material del señor licenciado.

Volvió á asomarse á la puerta, y en esta vez no fué el muchacho que se había ido, sinó otro, el que se dirigió á don Trinidad.

Era un niño como de doce años, y quien en su porte y sus maneras revelaba no pertenecer á la ínfima clase del pueblo.

—Dispense usted, le dijo al herrero: tiene usted trabajo?

—Trabajo? repitió don Trinidad.

—Sí, algo en que yo pueda ocuparme.

—Usted... tú... trabajo, y de qué clase?

—Es que yo quiero ser herrero.

El herrero vió á aquel niño de piés á cabeza.

—Trabajo! dijo el herrero al cabo de un rato, y luego salen con que se cansan.

—Yo no me canso.

—Eso dicen todos.

—Menos yo, dijo el niño, porque tengo necesidad de mantener á mi padre con el producto de mi trabajo.

—*Posqué* luego quiere ganar?

—Tan luego como yo sirva de algo.

—Vaya, pues empezará por *jalar* el fuelle, pero como aprendiz.

A esta sazón llegaron á la herrería el muchacho enviado y los dos oficiales.

Entren, ¿los manda mi compadre?

—Sí, nos manda.

—Pues á trabajar.

—Qué se hace? dijo uno de los oficiales.

—Vamos á armar esas rejas.

Los dos oficiales dirigieron una mirada á las varillas de hierro como cansándose anticipadamente ante la dureza del metal.

—Y á cómo paga? dijo uno.

—Adios, qué no saben, pues á como mi compadre?

—Qué dice, vale? le dijo un oficial al otro.

—Pues vamos, contestó el interpelado dejando hacia un lado su frazada.

El maestro tomó una varilla, uno de los

oficiales atizó y el nuevo aprendiz comenzó á tirar del fuelle.

—*Ontán* los machos? preguntó un oficial.

—Allí, le dijo el maestro.

Y los dos oficiales se proveyeron de su respectivo martillo.

—Y está buena la *cochina*. (1)

—Con una calda y dos calentones nos vamos viejos, dijo el maestro.

—Allá va, agregó después de un rato, y sacó del fogón el hierro candente que despedía un vivo resplandor, lo apoyó en la *cochina*, y los dos oficiales descargaron sus compasados golpes.

Hermosas chispas brotaban del hierro que fué tomando el *rojo*, *el color* de hormiga, y el de *hígado* gradualmente.

—El calentón, dijo el maestro.

Y volvió á sonar el soplo del *aleribis*, y á desprenderse de la llama azul ese torbellino de chispas del carbón que se perdían en la campana como huyendo del soplo.

(1) El yunque.

Al hacer la segunda calda uno de los oficiales arrojó sobre el hierro más arena de la necesaria, y el maestro dijo con aplomo:

—No *empanice*.

El aprendiz entre tanto no perdía movimiento ni dejaba de retener en la memoria cada uno de aquellos términos extraños.

Al sonar las doce, los dos oficiales suspendieron el trabajo y se retiraron para almorzar.

El nuevo aprendiz permaneció de pié, esperando las órdenes del maestro, quien, después de contemplarlo, le dijo:

—Te habrás cansado.

—No, maestro, y aún me considero con fuerza para manejar el macho.

—Tú?

—Sí, quiere usted probarme?

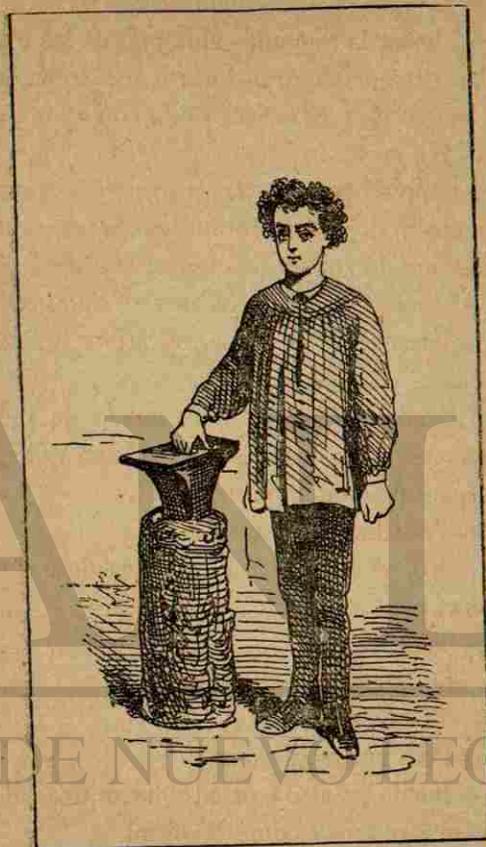
—Ya lo veremos.

—Pues entonces sabes.

—Puedo ayudar á usted á hacer una calda sin *empanizar* como el oficial.

—Tú eres herrero.

—Empiezo á serlo.



GABRIEL.

®

—A la tarde nos veremos, y, si te aplicas, pronto ganarás dinero.

A las dos de la tarde no se presentó en la herrería sinó uno solo de los dos oficiales.

—Pues el otro? preguntó el maestro.

—Pues por más que le dije.....

—Qué?

—Pues siempre se lo agarraron á las tomadas y no quiso venir.

El aprendiz que había llegado un cuarto de hora antes que el oficial, le dijo al maestro:

—Yo tomo el otro macho.

—Tú?

—Sí, maestro.

—Pero primero en frío.

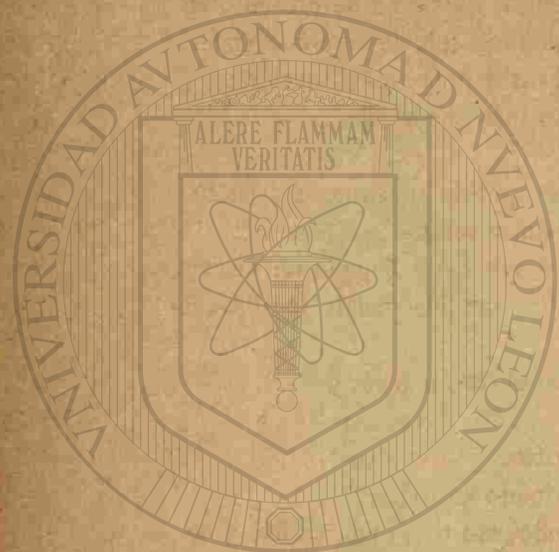
—Y diciendo esto tomó una varilla y la apoyó en la cochina.

—Dale, dijo.

Y el aprendiz blandió el macho y con admirable tino majó.

—Sabrás entrar á tiempo? le preguntó el maestro. ®

—Por qué no, contestó el aprendiz.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Éste sabe, dijo el oficial.

—Vamos á ver, dijo el maestro atizando.

Procedieron á la operación, y la nueva calda no tuvo que extrañar al oficial.

El trabajo no se interrumpió hasta las seis de la tarde, hora en que cansado el oficial, se despidió del maestro.

El aprendiz no estaba fatigado: por el contrario, rebosaba vida y parecía dispuesto á continuar.

—Cómo te llamas? le preguntó el maestro.

—Me llamo Gabriel.

—Conque te gusta el oficio?

—Sí, yo quiero ser artesano.

—Y por qué has preferido este oficio?

—Porque me gusta dominar el hierro, y porque veo que el hombre puede más que el metal, supuesto que lo funde y lo liga, lo forja, lo divide, y lo hace llorar lágrimas de fuego.

El maestro se quedó viendo á Gabriel con cierto asombro.

—Tú sabes leer.

—En qué lo conoce usted?

—En que eso que me dices es de libro, no es verdad?

—Es mío, pero bien puede estar en algún libro.

—Y sabes escribir?

—Sí, sé.

—Y contar?

—Eso es muy fácil.

—Fácil!... tú crees que todo es fácil.

—Queriendo, sí, todo es fácil.

—Sácame esta cuenta.

—A ver.

—Me pagan á doce pesos quintal de hierro labrado, y á mí me cuesta á cuatro; voy á hacer tres rejas para el señor licenciado, que han de sacar trece varillas cada una y cinco travesaños.

Gabriel había tomado un carbón de la fragua y escribía en la pared los números que iba oyendo.

—Cuánto pesa cada varilla?

—Cuatro libras.

—Y cada travesaño?

—Diez, cuánto gano?

—Entran tres quintales y seis libras.

—La *jerré* en las libras. Le quitaré de *curaje* á los travesaños.

—Entonces gana usted veinticuatro pesos.

—Las rayas..... pensó el maestro, pues es verdad, tienes razón; tú me harás las cuentas, y mira, lleva á tu casa esa peseta por tu trabajo.

—Gracias, dijo Gabriel, y se despidió de su maestro.

Así empezó Gabriel su oficio de cerrajero.



## CAPÍTULO VIII.

### LOS NEGOCIOS DE LOS AGENTES.

**N**ECESITAMOS dar al lector algunas noticias acerca de la ruina de D. Santiago.

Muy poco tardó en convencerse el pobre anciano, que había caído en una verdadera emboscada, y á partir del momento en que sospechó el fraude, no cesó en sus pesquisas é indagaciones hasta lograr poner el negocio en tela de juicio.

D. Santiago empezó á devorar lentamente su agonía en las antesalas y los juzgados,

—Diez, cuánto gano?

—Entran tres quintales y seis libras.

—La *jerré* en las libras. Le quitaré de *curaje* á los travesaños.

—Entonces gana usted veinticuatro pesos.

—Las rayas..... pensó el maestro, pues es verdad, tienes razón; tú me harás las cuentas, y mira, lleva á tu casa esa peseta por tu trabajo.

—Gracias, dijo Gabriel, y se despidió de su maestro.

Así empezó Gabriel su oficio de cerrajero.



## CAPÍTULO VIII.

### LOS NEGOCIOS DE LOS AGENTES.

**N**ECESITAMOS dar al lector algunas noticias acerca de la ruina de D. Santiago.

Muy poco tardó en convencerse el pobre anciano, que había caído en una verdadera emboscada, y á partir del momento en que sospechó el fraude, no cesó en sus pesquisas é indagaciones hasta lograr poner el negocio en tela de juicio.

D. Santiago empezó á devorar lentamente su agonía en las antesalas y los juzgados,

en los corredores y en el Palacio de Justicia, entre la lenta y desesperante tramitación judicial, y la inercia de los empleados de justicia.

Cada paso en la causa era el movimiento de una sola molécula, con respecto á aquel todo gigantesco que se llamaba *causa*.

Quedábanle á don Santiago escasísimos recursos que disminuían de día en día, convirtiéndose en papel sellado, en sacar copias, firmas, informes y palabras. Quedábale también poca esperanza de reunirse con su dinero, y tomó la resolución de introducir notables economías en su género de vida.

Gabriel se educaba en una escuela gratuita, pero después buscó trabajo en las herrerías, de puerta en puerta: cuando lo consiguió, buscó su educación en una escuela nocturna para adultos, y ya había logrado llevar semanalmente una pequeña raya á don Santiago, quien, como hemos dicho, no descansaba un momento en sus pesquisas y gestiones cerca de la justicia.

En cuanto á Estefanía tuvo tiempo de ponerse en salvo, no sin escribir antes la siguiente carta:

*Sr. D. José Zubieta.*

C. de Vd., etc.

Muy señor mío:

Jamás hubiera ocurrido á usted en ninguna de las tribulaciones de mi vida, á no ser en el caso en que, obligada por mil circunstancias desgraciadas, no me quedara más arbitrio que apelar á la caballerosidad de usted.

¿Se acuerda usted de la temporada de San Angel? ¿recuerda usted las circunstancias en que se encontraba hace catorce años? Yo sí me acuerdo perfectamente, estuvimos en el Cabrío varias mañanas. Recuerde usted á aquella pobre mujer á quien usted amó, recuerde usted á *su pastora*, como usted la llamaba, recuerde usted lo que esa mujer lo amó, lo mucho que sufrió por us-

ted, lo crédula que fué, y tendrá una idea de lo desgraciada que ha sido después.

Usted lo sabe bien, tenía yo por desgracia una persona de quien dependía, y al sentir que era yo madre, vacilé entre revelar á usted mi estado, y huir del lado de mi verdugo para vivir con usted y con nuestro hijo, ó callar resignada para evitar las iras de mi verdugo odioso, iras que se hubieran descargado contra usted á quien tanto amaba.

Preferí callar, contentándome con el recuerdo de nuestras pasadas dichas, y con acariciar á nombre de usted y al mío, á mi pequeña Eloísa, á quien no ha querido usted reconocer, pero á quien reconocen todos en la fisonomía.

Hoy me veo precisada á ausentarme de la capital por un cuidado de familia, y creo llegada la vez en que un padre generoso y bueno, como lo es usted, ya que no supo ser amante agradecido, recoja el fruto de nuestro amor, y labre su porvenir quien es el autor de sus días y de su suerte.

Adios, Zubieta, mañana espera á usted su hija en la casa núm.... de la calle de San Pedro y San Pablo.

ESTEFANÍA.

Cuando Zubieta leyó esta carta, recorrió con la velocidad de un telegrama una historia de catorce años de fecha, unida á la de aquélla de su incitante curiosidad en saber quién era Eloísa, curiosidad que lo había metido, según hemos visto, en otra historia no menos trascendental que la de Estefanía.

Zubieta hubiera querido tener delante á la autora de la carta, para decirle en sus bigotes que mentía, y que respecto á su supuesta paternidad, apelaba de la sentencia del superior, cuyo fallo consideraba injusto, temerario y difamatorio; pero todas estas razones y protestas, y más que le hubieran ocurrido á Zubieta en caso dado, se estrellaban ante este inconveniente: la acusadora había desaparecido y solo existía su

supuesta hija, que como de catorce años, é hija de tal madre, en caso de que tal madre fuese, había de ser lo mas ladina que se conoce, y acaso no carecería de todo el desplante de su madre para decirle á Zubieta en sus bigotes:

—Usted es mi papá.

—Yo padre de Eloísa! se decía Zubieta pensando en que la voz de la sangre no le había revelado nada, á pesar de su curiosidad de aquella noche por saber quién era Eloísa.

Zubieta entró en cuentas consigo mismo, y siguiendo el método del Padre Ripalda, escudriñó la casa de su conciencia, buscando en los mas oscuros rincones, y no dejando traste que no levantara, ni mueble que no moviera, ni basura ni objeto que no analizara.

Este exámen, como de conciencia, no nos ha sido trasmitido en sus detalles, que de buena gana quisiéramos conocer, y á esta omisión debemos hoy no participar á nuestros lectores sino el resultado de aquella extraña mirada retrospectiva de Zubieta.

El resultado fué éste.

Eloísa no era hija de Zubieta.

En corroboración de la rectitud de este juicio, veamos lo que pasaba en la casa de Estefanía el día siguiente á aquél en que recibió el dinero de don Santiago.

Llegó Sotomayor jadeante.

—¿Qué sucede? preguntó á Estefanía.

Y ésta, con la misma vocecita dulce que la conocemos, dijo:

—Vaya usted á sacar dos boletos de la diligencia del Interior que sale mañana.

—Dos boletos!..... nos vamos?..... se va usted?..... á dónde nos vamos?

—Se van, agregó Estefanía, el señor... el señor Jimenez y su esposa.

—No lo conozco.

—Jimenez es usted.

—Y usted mi esposa?

—Sí.

—Oh dicha! y digo...

—Qué?

—Y las chicas?

—Las dejo.

- Cómo?  
—A la grande con su padre.  
—Quién es su padre?  
—Zubieta.  
—Es posible!  
—No, no es posible, pero es creíble.  
—Pero él lo cree?  
—Lo negará, pero acabará por confesarlo, ya alguna vez le ha llamado la atención Eloísa.  
—Y la otra?  
—La otra se va con doña Pepita.  
—Es tan urgente así la marcha?  
—Mucho.  
—Y la casa?  
—Hay quien se quede aquí.  
—Un hombre?  
—No, una mujer; vaya usted, por los boletos.  
—Ya vuelvo, hasta dónde vamos?  
—A Guadalajara.  
—Jimenez y señora?  
—Sí.  
—Hasta luego.

A eso de las nueve de la noche una mujer de siniestra catadura preguntaba en la cocina por doña Estefanía, con quien á poco habló en secreto, y á las diez de la noche Sotomayor venía cargando una maleta de viaje.

Á eso de las doce de la noche, la casa de Estefanía quedó sumergida en el mas completo silencio, debiendo advertir, que las niñas de doña Estefanía dormían á la sazón en otra de las viviendas de la casa.

A las tres de la mañana Sotomayor encendió una vela, y sólo se oía ese ruido particular de la ropa, y esos pasos irregulares pero incesantes que revelan un preparativo.

—Ya? dijo Estefanía.

—Ya, contestó Sotomayor.

Y tomando éste las dos maletas echó á andar hacia el corredor seguido de Estefanía.

La casera había de recibir en aquella madrugada su última propina, de manera que estaba lista.

Abrió y salieron los viajeros diciendo sólo estas palabras:

—Hasta mañana.

Sotomayor caminaba detrás de Estefanía, no poco embarazado con las dos maletas: anduvieron las calles de San Pedro y San Pablo, San Ildefonso, las del Relox y la de las Escalerillas.

Allí los detuvo el guarda al volver la esquina.

—Qué llevan? preguntó.

—Equipaje para la casa de Diligencias.

—A la Diputación.

—No, hombre, soy el coronel Jimenez, ya podías llevar esto.

—No puedo, estoy en mi puesto.

—Pues toma.

Sonó dinero, calló el guarda, y siguió Sotomayor andando.

Estefanía iba envuelta hasta los ojos, y en las silenciosas calles sólo se oía el compasado rumor de los pasitos de Estefanía y el de los tacones del coronel, que no parecía muy acostumbrado á cargar maletas, porque descansaba y tomaba aliento en cada esquina.

Recorrieron las calles de Tacuba, Vergara y el Teatro Principal, hasta llegar á la casa de Diligencias, en cuya calle aparecieron dos coches sin mulas todavía.

Sentáronse Estefanía y Sotomayor en el dintel de una puerta, pero á poco rato salió un opaco reflejo de luz por la puerta de una de esas fonditas oscuras y misteriosas que hay en esa calle. Sotomayor mandó hacer chocolate y un momento después lo tomaba en compañía de Estefanía que empezaba á hacer el papel de su señora desde aquel momento.

Se abrió sin ruido la puerta de la casa de Diligencias, fueron llegando uno á uno los pasajeros de los dos carruajes que se detenían á las cercanías de los vehículos, como midiendo cada quien la resistencia de sus huesos en la larga travesía que se veían obligados á hacer dentro de aquellos beneméritos cajones.

Estefanía y Sotomayor fueron los primeros en acomodarse.

Empezaron á sonar las cadenas de la co-

vacha y de los tiros, y á oírse el chasquido de las herraduras de las mulas en el empedrado.

Poco á poco fué llenándose la diligencia, hasta que llegó el momento decisivo, y trocando el látigo, partieron las mulas, tirando aquella mole, y produciendo un ruido que sirve á muchos vecinos, en un gran perímetro de la ciudad, para saber la hora que es.



## CAPÍTULO IX.

**M**EDIARON varias explicaciones entre Lola y don Manuel, y entre don Manuel y Zubieta; pero ninguna de ellas llegó á tener para don Manuel el poder suficiente para librarlo del tormento de sus celos. Por el contrario, él solo se había reducido á una situación todavía más embarazosa que la primera.

Había tenido que probar plenamente que con respecto á Zubieta, y sobre todo, á Lola, se encontraba completamente tranquilo.

—Pues no faltaba más, decía don Manuel, sino que me atreviera á desconfiar de-

vacha y de los tiros, y á oírse el chasquido de las herraduras de las mulas en el empedrado.

Poco á poco fué llenándose la diligencia, hasta que llegó el momento decisivo, y trocando el látigo, partieron las mulas, tirando aquella mole, y produciendo un ruido que sirve á muchos vecinos, en un gran perímetro de la ciudad, para saber la hora que es.



## CAPÍTULO IX.

**M**EDIARON varias explicaciones entre Lola y don Manuel, y entre don Manuel y Zubieta; pero ninguna de ellas llegó á tener para don Manuel el poder suficiente para librarlo del tormento de sus celos. Por el contrario, él solo se había reducido á una situación todavía más embarazosa que la primera.

Había tenido que probar plenamente que con respecto á Zubieta, y sobre todo, á Lola, se encontraba completamente tranquilo.

—Pues no faltaba más, decía don Manuel, sino que me atreviera á desconfiar de-

un amigo tan leal y tan caballeroso como usted, don Pepe, ¡qué disparate! en todo caso, le conozco á usted como á mis manos, y sé bien á quién recibo en mi casa.

— Ahora, en cuanto á Lola, Lola es un dechado de virtudes, Lola es incapaz de faltarme ni con el pensamiento. Ah! si todas las mujeres fueran como Lola, el mundo caminaría de otro modo.

Con éstas ó parecidas razones, terminaba siempre cualquier tropiezo en la marcha amistosa de aquellos tres personajes.

Zubieta por su parte, no cesaba de decirle á Lola, de decirse á si mismo lo siguiente:

— Yo enamorar á Lola! Lola es una niña, es una niña que tiene su mérito, y que vale mucho, tanto que no me parecería remoto que inspirara todavía una pasión; pero por otra parte, Lola no es precisamente mi tipo, yo gusto de las mujeres un poco más... pues, un poco menos... quiere decir... eso sería un disparate, y en circunstancias en que el marido hace de mí una confianza, ¿confianza? no, precisamente en cuanto á confianza no

estamos muy de acuerdo, y tengo estos datos el día de Córpus; el último día de Córpus don Manuel ha estado visiblemente contrariado. Tan luego como la casualidad, porque fué la casualidad, me colocó junto á Lola en la mesa, adios marido! empezó á poner cara de tal, no comía, fingía sonreírme, estaba violento, se lo notó Lucesita; en fin, el hombre estaba desconfiado.

Él, por supuesto, que se llena la boca con decir: Zubieta es un amigo leal, y Zubieta es un caballero; pero no quisiera reventar con lo que le queda dentro, y... francamente, desde que yo veo al marido celoso, me parece que corro un riesgo inminente. Entonces es cuando yo encuentro que la pobre de Lola se queda en el aire, y entonces es cuando mi caballerosidad raya en heroísmo.

Por lo visto, decimos nosotros, aquellos tres personajes estaban representando cada uno un papel muy difícil de sostener, y cuyo desenlace debe interesar á todo aquel que fije la vista en el matrimonio.

Debemos, por lo tanto, detener un poco nuestra atención, y estudiar á estos tres personajes, víctimas de la desgracia.

Lola tenía todo lo que puede constituir una mujer honrada, una buena esposa; tenía moralidad, amor, educación y orgullo.

D. Manuel era un buen hombre en toda la acepción de la palabra: trabajador, sóbrio, arreglado, metódico, económico, y hasta campechano; era además caritativo, y en una palabra, honradote. No era muy buen mozo, Lola le había notado ser un poco caído de hombros, tenía las manos y los piés grandes, y era mas moreno que lo que Lola hubiera soñado en materia de color para un amante *ad hoc*, y hasta para padre de sus hijos.

En cuanto á Zubieta, era un buen sugeto, como sabemos ya, no era ni pillo, ni mucho menos uno de esos atrevidos que osan ajar flores, ni meter hoz en mies ajena, ni nada de eso, por el contrario, Zubieta era hombre que sabía á qué atenerse en materia de moralidad y buena conducta, conocía toda

la gravedad del asunto que manejaba, aún á sabiendas de que tenía su alma en su almario, y de que no obstante los cuarenta y siete y la respetable calva que lucía, su corazón latía en regla y no se le despegaba tal cual suspiro *Abelardesco*, ó tal cual flor bien matizada.

Y no obstante aquello, andaba mal el pedestal de aquellas honras; solía tambalear; con una lágrima femenil, con un rugido marital, ó con una terneza insidiosa.

Este estado moral estuvo naciendo de sí mismo por espacio de mucho tiempo.

Por ejemplo: cesaba la tormenta, se tranquilizaba don Manuel, recobraba esperanzas Lola, perdía terreno Zubieta y soplabá por lo visto, el viento de la felicidad conyugal.

Todo iba á pedir de boca.

D. Manuel se ponía sedoso y dulce.

Lola se ponía legítimamente tranquila.

Zubieta dejaba de ir una tarde, en la que devoraba su mal humor en la Alameda.

Pero de repente le picaba algo á don Manuel, y tornaba á ser hosco, y luego nimio,

y por último, ridículo; se ponía á analizar cualquier circunstancia casual.

Por ejemplo ésta:

Una noche departía con su mujer á quien acababa de traerle un cucurucho lleno de castañas cubiertas.

Lola estaba partiendo una castaña para darle á don Manuel un pedacito en la boca, cuando de repente sonó un organito en la calle: don Manuel soltó el pedacito de castaña, y de un salto se plantó en el balcón.

—Qué sucedió? gritó Lola asustada.

D. Manuel abrió la vidriera, clavó la vista en el italiano del órgano, medio bufó y movió la cabeza como midiendo á aquel siniestro avisador.

El italiano creyó que su sonata estaba siendo del agrado de aquel señor, que se serenaba en cambio de los aullidos del organito, y aquel dilettanti callejero, por un exceso de coquetería, movía el resorte y le aplicó el trémolo á su sonata, que era un trozo de Nabuco que han oído un millón de veces los doscientos mil habitantes de la capital.

—Trémolo! murmuró trémulo don Manuel, devorando con su mirada la calle, pareciéndole que en cada transeunte sorprendía á Zubieta.

Después del primer *da capo*, el italiano notó que don Manuel no hacía movimiento para dar propina.

—*Odi, vedi è taci se vuoi avere in pace*, dijo para sí el italiano, avanzando dos pasos en dirección de don Manuel, sin dejar por eso de voltear la ciguiñuela.

Y aquí fué donde don Manuel perdió los estribos.

—Esta música es para acá, es claro, Zubieta no ha venido, yo debía haber salido, Lola se ha quedado sentada, cuando lo natural hubiera sido asomarse conmigo á oír la música; pero el pecado acusa; apuesto á que está temblando de emoción: pillé la prueba, esto es horrible! infame!

Volvióse á la sala don Manuel, clavó en Lola una mirada de tigre de Bengala, se acercó, clavó de nuevo la vista en el prendedor que Lola tenía en el pecho, para cal-

cular por sus oscilaciones el grado de emoción en que Lola se encontraba.

El prendedor oscilaba con un movimiento que á don Manuel le pareció de cien pulsaciones por minuto; hubiera querido tomarle el pulso á su mujer, pero no había necesidad.

Don Manuel estaba pálido de furor, se puso el dedo en la boca, entró á la recámara, tomó su capa y su sombrero, y se salió á la calle.

Lola no se movió.

Oyó los pasos de su marido por el corredor, luego por la escalera, luego por el patio, y por fin se perdieron.

El balcón se quedó abierto; á Lola le pareció que no debía cerrarlo ni abrirlo; más: ni asomarse, ni moverse, ni reírse ni llorar. Lola se quedó estática.

No había tenido tiempo de pensar en lo que le estaba pasando, cuando entró Zubieta.

—Zubieta, dijo Lola estremeciéndose.

—Qué, criatura, por qué se asusta usted?

—Yo... Zubieta!

—Qué pasa? qué es esto?

—Estaba usted ahí?

—Dónde?

—En casa.

—No.

—Llega usted ahora?

—En este momento, por qué?

—Encontró usted á mi marido?

—No.

—Acaba de salir.

—Me necesitaba?

—No.

—Entonces.....?

—Zubieta!

—Qué, qué sucede aquí por fin?

—Váyase usted.

—Irme!

—Sí.

—Pero criatura, explíquese usted.

—Mi marido está furioso.

—Por qué?

—No sé.

—Y por eso he de irme?

—Qué será bueno hacer?

—En todo caso, serenarse, porque esa emoción se prestaría....

—Es cierto.

—Por fin, me voy?

—No, quédese usted.

—Vamos, esa es ya otra cosa, al menos podremos hablar; cuénteme usted criatura, qué ha sucedido, y sobre todo, deme usted la mano, porque no nos hemos saludado.

—Cómo le va á usted? dijo Lola, dejando escapar en medio de la angustia de su situación una sonrisa.

En seguida le contó á Zubieta, al pié de la letra, lo que acababa de pasar.

Reinó en la sala un largo silencio.

—Qué piensa usted, Zubieta? dijo por fin Lola.

—Pienso, criatura, en que este negocio es muy grave y en que cada uno de nosotros está aceptando indispensablemente un papel de muy difícil ejecución. Los celos, hija mía, es la mas estúpida de las pasiones,

y la mas fecunda que yo conozco en materia de situaciones originales.

Crea usted que por mi parte, estoy dispuesto á sacrificarme por la tranquilidad de usted, porque mi cariño es tan sincero y tan profundo, que si, á costa de mí mismo, pudiera volverle á su marido de usted la confianza que ha perdido, me sacrificaría gustoso, sin aspirar siquiera ni á que usted pudiera medir mi sacrificio; pero como usted ha visto, estoy en una posición en que es tanto mas difícil acertar, cuanto que el juez á quien tendría que someterme, empieza por perder el sentido común.

Veo con profundo sentimiento, que no ha bastado ni mi lealtad, ni las protestas mas sinceras, ni aún los hechos mismos.

Para mí tengo solamente cuánto vale mi abnegación; pero á medida que me empeño más en guardar un equilibrio tan difícil, cuanto penoso para mí, veo con profunda pena que todo se estrella ante una manía que tiene el funesto poder de hacer de lo negro blanco, y de lo blanco negro. ®

Mi primera proposición, repetida lealmente cuantas veces ha sido necesario, ha sido la de retirarme resueltamente, y siempre he obtenido por parte de don Manuel, no sólo las mas cumplidas satisfacciones, sino la súplica de que no dé yo lugar con mi separación á que el público me atribuya una derrota vergonzosa, en la que sería tan odioso vindicarme, cuanto suponerla cierta.

Por otra parte, y en esto, criatura, no obro sino conforme á mi conciencia de hombre honrado, antes la estimaba á usted porque conocia cuánto vale. Antes.... sí, debo decirlo para ser consecuente con mi plan de lealtad; antes no temía nada por usted, ni por mí mismo.... hoy....

—No siga usted, Zubieta.

Una mirada terminó la frase.

Entre los ojos de Zubieta y de Lola, surgió una historia que no hubiera podido leer nadie, ni mucho menos oír, aún suponiendo que hubiera alguno que escuchara aquella conversación.

—Puede ya, sin exponernos, prolongarse

por más tiempo esta situación, cuando ésta y otras circunstancias parecidas á la presente, estarán sin cesar obligándonos á romper un día con todo miramiento?

Todo, criatura, todo en la sabia armonía del mundo, propende á guardar las leyes generales á que están sujetas la materia y el espíritu incesantemente.

Si usted amara y fuera amada en la plenitud del mas perfecto idealismo, si en espíritu estuviera usted adherida por su misión á formar sólo la mitad de un sér esclavo, que no existiría usted para mí, es claro que no sospecharíamos siquiera ninguna homogeneidad entre nosotros, y usted, espíritu de otra encarnación perfecta, sería intrasmisible hasta en idea.

Pero el peligro de nuestra situación consiste en que todo propende á su centro, y en que ese fluido magnético que circunda al mundo y que á veces se llama amor, cumple eternamente su misión de unir.

Vea usted, Lola, voy á hacer una comparación:

Una flor es una criatura perfecta que cumple su misión de vida obedeciendo con placer á la ley que le manda crear, abrirse, dar su aroma, fecundarse y morir.

Todos los consorcios realizados en la naturaleza orgánica, deben por ley irrevocable ser perfectos.

De la misma manera deben verificarse todos los consorcios morales en el orden intelectual.

En cada cuerpo entra la cantidad de elementos matemáticamente indispensables para que su existencia sea perfecta.

Así se forma el agua y el fuego, las flores y todo lo que es el resultado de uniones prescritas por la sabiduría infinita.

Una flor no puede guardarse su aroma, lo tiene para el aire y por el aire; ¿qué haría la flor si no tuviera el aire á quien dar su aroma?

—Se moriría, contestó Lola maquinalmente.

Al llegar á este punto, fué sólo cuando Zubieta comprendió cuán lejos había ido.

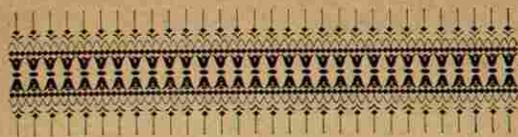
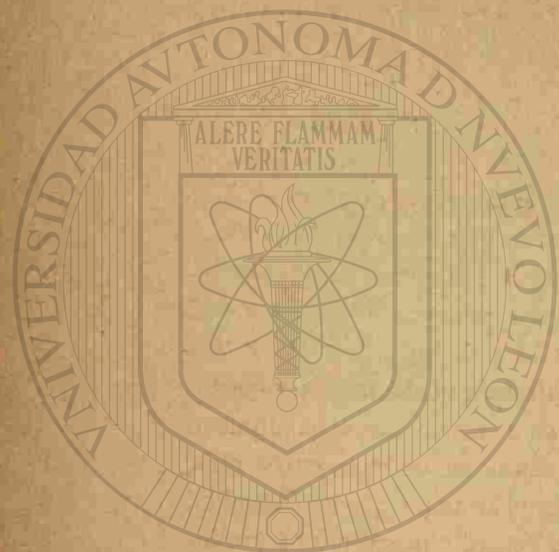
Lola también lo comprendió, y hubiera querido retirar su frase, ni más ni menos que el dictamen de una comisión, pero ya estaba dicha, y Lola se contentó con bajar los ojos.

—Hace mucho tiempo, continuó Zubieta, estoy persuadido de esta gran verdad.

—Sólo la unión moral preserva al matrimonio, la unión por razones puramente del orden material es imperfecta, en cuanto á que el espíritu es inseparable de la materia

Hé aquí la gran dificultad del perfecto consorcio y el origen de tan repetidos infortunios.





## CAPÍTULO X.

---

**QUELLA** noche iba á ser fecunda en emociones. Esperábase al marido de un momento á otro, y á juzgar por el arranque que había tenido, no estaba en situación moral muy á propósito para entrar en razón.

—Qué hacemos? preguntó Lola.

—Qué hemos de hacer, contestó Zubietta, esperar tranquilamente á don Manuel.

—Dios me libre, se va á armar una.

—Que se arme.

—Eso dice usted?

—Es natural.

—Por qué?

—Porque huír sería hacerme delincuente, sería la corroboración de sus sospechas.

—Pero por otra parte, objetó Lola, cómo le podríamos probar que el organito ha sido una coincidencia casual?

—Es muy sencillo, yo me encargo de eso.

—Temo que no vaya usted á tener la calma necesaria para rebatirle, y...

—Tendré toda la calma que sea necesaria, y sobre todo, cuando todo lo que en este particular haga yo, nunca será con más espíritu, que el de reconciliar los ánimos y procurar á toda costa la tranquilidad y la paz en esta casa.

—Así lo creo, Zubieta, y se lo agradezco á usted infinitamente; pero temo que todos sus esfuerzos de usted se estrellen ante la obstinación incomprensible de mi marido.

Estoy convencido de que una vez rotos en el matrimonio ciertos eslabones, éstos no se pueden soldar, y veo con una tristeza profunda, que cada paso que mi marido da

en la senda que se ha propuesto seguir, lo aleja más y más de mi cariño.

No habían dado las diez cuando se presentó don Manuel.

Saludó á Zubieta con visible desagrado, no le habló á Lola y entró á su recámara.

Pasó un largo rato, al cabo del cual don Manuel vino á sentarse en uno de los sillones de la sala frente á Zubieta.

Transcurrió otro largo rato de silencio; pero Zubieta fué quien se decidió á romperlo.

—Qué tiene usted, don Manuel?

—Nada, por qué?

—Le veo á usted preocupado.

—Sí, es cierto, hay cosas que por más que uno no quiera saber.

—Pues qué ha sabido usted?

—Nada, chismes, cosas que no valen la pena, pero que siempre molestan: figúrese usted que Lucesita es una de las personas que se han empeñado en ocuparse de los asuntos privados de mi casa y toman la cuestión con un calor que no parece sino que es cosa que les incumbe directamente.

—Pues qué dicen, don Manuel.

—Decían que usted, que si viene usted todas las noches y que te fué y que vino, y que si yo, y que si pobre de mí, y luego que la pobre Lola, y qué se yo; es ésa una jerga que no he acabado de comprender.

—Y usted da oídos á semejantes consejas? en todo caso, nadie mejor que usted sabe á qué atenerse con respeto á las personas que le rodean, pues supongo que las protestas de usted en este asunto son enteramente sinceras.

—Ah! por supuesto, no hay que dudarlo, pero por otra parte, debe usted convenir en que es muy molesto que las gentes estén pendientes de cuanto uno hace.

La situación en que como hemos visto ya estaban colocados don Manuel, Lola y Zubieta, era un verdadero callejón sin salida, en el que mientras más se tratara del asunto, más había de complicarse.

El delicado y grave asunto de las infidelidades conyugales, ha dado ocasión á ingenios muy superiores, á entrar en un mundo

de consideraciones filosóficas, de las que unas veces nacen teorías mas ó menos absurdas, ó conclusiones extravagantes: pero en lo que sí no cabe duda, y lo que nosotros aceptamos, como corolario, es en que todos los males que emanan de la falta de acuerdo en el matrimonio, son siempre gravemente trascendentales, y todos esos males tienen por origen la imperfección en la unión moral del matrimonio.

A medida que las sociedades se materializan, aumenta el número de víctimas conyugales. El inmoderado deseo del lujo y los placeres, las comodidades, y ese conjunto de oropeles y aspiraciones á que se entregan las sociedades movidas al soplo de una civilización deslumbradora, van cegando de día en día las fuentes puras del idealismo, y agostando esas primeras flores del alma, cuyos aromas son esas virtudes de que se ríe el materialismo actual.

Por fortuna nuestra aún subsiste en México el *matrimonio de inclinación*, calificado de estupenda barrabasada en sociedades que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTEREY, MEXICO

se reputan mas adelantadas que la nuestra.

Pero lejos de imitar á los que *contratan mujer y ajustan matrimonio*, nos place conservar siquiera respeto por el matrimonio por amor, porque sólo en la unión moral perfecta encontramos que puede garantizarse la felicidad conyugal.

La elección: hé aquí el primer tropiezo y la mas grave de las dificultades con que empiezan á luchar los contrayentes.

¿Qué novio no cree haber sido maestro en la elección? ¿qué desposado no está orgulloso de su conquista?

Pero al mismo tiempo, cuántos son los que no creen haber ahogado en su matrimonio una ilusión ó una esperanza.

Sentid un día en vuestro corazón ese divino estremecimiento de amor que se parece á esas oscilaciones espontáneas de las flores, cuando tal vez al abrirse han experimentado todo el placer de vivir; leed en medio de ese rayo fulgurado de vuestra alma á merced del nuevo soplo de vida que recibís, leed en unos ojos que destellan

la refulgente promesa de un amor que es lampo, que es aurora, que es luz de un mundo superior, adivinad todo esto en una mujer á quien haceis angel, en un sér que imagináis ser el único en la creación, dueño de vuestra ventura, única felicidad; temblad, y en el fluido de vuestra mirada irán no sabemos qué átomos invisibles que van á mezclarse en los efluvios de vuestra aparición, de vuestro foco de dicha encarnado en una criatura hechicera, sentid que vuestra alma vuela hacia ese universo que os atrae y que os endiosa.

Entonces sentiréis como otro fluido que también se desborda y vuela hacia vos, trae no sabemos qué moléculas invisibles que vienen á apoderarse de los efluvios de vuestra alma.

Entonces os sentís multiplicado por vos mismo, vivís con el crecimiento, y centuplicando vuestro poder vital, habéis sentido vuestro espíritu engrandecerse, al percibir una perfectibilidad moral cuya existencia ignorábais.

Concentraos enseguida en aquel solo sér que estais destinado á adorar, consideradle como la fuente inagotable de vuestra dicha, y amad, amad como se ama á los veinte años, con la fé del mártir, con el entusiasmo del poeta, con la poesía del angel, amad, anegándoos en una felicidad mas grande, cuanto mas inmaterial, mas embriagadora, mientras mas casta; os sentiréis dueño del mundo, en fin, como si todo el mundo estuviera lleno de amor.

El amor que os dan, es el primer amor; el amor de una virgen tan tierna como casta, y pura como los ángeles.

Vuestro espíritu y el de vuestro angel son una sola llama; vuestro amor una sola luz.

Seguid levantando los ojos en vuestra dulcísima mistificación, y no veais que á vuestros piés está la carne, y que os habéis arrodillado sobre un nido de culebras.

Seguid, y cada uno de los detalles de vuestros amores irán nublando la primera irradiación de vuestro espíritu, y en cada

paso que dareis en la senda de vuestros amores, irán poniéndoos en contacto con el mundo material que os acecha y que os arrastra á su prosa; y á medida que vuestro primitivo entusiasmo os impulse hacia arriba, tendrá necesidad de descender de vuestras alturas, hasta tener que pagar con centavos á los que van á permitir os que seáis feliz. Admitirán todos los que os rodean las locuras de vuestro entusiasmo, y la poesía de vuestros amores sólo como el primer capítulo de vuestra obra, y os urgirán porque continuéis, porque todos quieren que llegueis al fin de una historia que nada les importa; y desde que os veis rodeado de vuestros parientes y urgido por las consideraciones sociales á hacer lo que todos hacen y lo que han hecho todos los que os han precedido, en el uso de su propia felicidad, ya no tendrán tiempo sino de ocuparos en una tramitación embarazosa, y vacilais aún, lleno de sublime amor, en si comprareis dos sartenes, ó si vuestra presunta esposa necesitará ollas de hierro estañado; interrumpirá

la mas brillante de vuestras elucubraciones amorosas, la costurera que os consulta un dobladillo y el tapicero que pregunta cuántas camas necesitáis; hay quien os ofrezca cuna, pero vuestra suegra se opone á la compra sin dar sus razones; se ríen en vuestras barbas vuestros amigos solterones, y notáis un cambio incomprensible en cada fisonomía. No os ocurre consultar á nadie si os casareis, porque ya lo habeis decidido; pero todos se guardan de aconsejar á usted que lo piense.

Como es muy natural, elogiareis á vuestra novia por vía de desahogo, y encontrareis la misma clac por todas partes.

Algunos zumbones os pondrán la mano en el hombro para deciros: «¡conque te casas!» y estudiarán vuestra fisonomía cuando pronuncieis el sí que dareis á todos los que os lo pidan, y os ocupareis, en fin, de tantas cosas, que sin cesar vendrá á vuestra mente esta idea:

Se os figurará que habeis interrumpido una conversación con vuestra novia; esta-

reis procurando recordar á cada paso, qué cosa es lo que teníais que decirle, y de la que no podeis acordaros; os parecerá que habeis hablado poco con vuestra novia, porque han sido tantas las interrupciones y tantos los testigos, y habeis luchado con tantos pequeños contratiempos, que os parecerá que os falta algo.

Recordareis vuestro primer deslumbramiento, porque esa impresión no la olvidareis jamás, ni volvereis á sentirla y sólo os consolareis con la idea de que pasadas las ceremonias, estareis horas enteras con vuestra mujer, solos, muy solos, sin nadie que os interrumpa, sin testigos importunos, y reservareis para entonces muchos pensamientos sueltos, muchas cosas que os habeis dejado en el tintero.

Por más que os tardeis dos meses en preparar vuestro matrimonio, os parecerá que lo habeis hecho todo con precipitación.

Por fin os casais.

La emoción os produce una especie de abrumamiento; pasais como sobre arenas

por todos los trámites, y hay momentos en que en vez de pensar en el paso que vais á dar, os entreteneis en contar los botones del chaleco de un quídam ú os distrae una labor del tapiz de la sala, ó pensais en un detalle pueril más de lo que en sí merece, pero sin poderlo remediar.

Pero en medio de todo, propendereis á llevar vuestro pensamiento á los primeros días de amor, al primer instante, ese primer instante lo habeis estereotipado en vuestra alma, y todos vuestros sueños, y todas vuestras ilusiones, propenderán á parecerse á aquellos instantes, como si quisiérais soldar los dos eslabones de una cadena rota.

Os casais por fin.

Pero los dos eslabones siguen sin unirse; habeis tenido muchas visitas, se os han aglomerado vuestras atenciones, han continuado las interrupciones inoportunas.

Vos no lo sabeis, pero ha empezado á correrse el velo de un escrúpulo en vuestro primer deslumbramiento; teneis cien horas de vida material, por un instante de idealismo.

El mundo no os deja poetizar, os interrumpe á cada paso; vuestra mujer siente todo esto, pero no se atreve á explicároslo, porque le parece una cosa muy grave hablar de eso, y porque teme que interpreteis mal sus palabras.

Le haceis á vuestra mujer los últimos cumplimientos, de que se reiría de buena gana un observador y los dos eslabones siguen desunidos.

La prosa de los acontecimientos va gastando vuestro anhelo por idealizar, y ya os acordais con menos frecuencia del primer día de amor.

El mundo acabará por bajaros de vuestro pedestal.

Vos cumplireis con el mundo, y vestireis á vuestra mujer creándoos una situación ficticia, de un lujo que empieza á espantaros, y os decidís con energía á aceptar el papel de buen marido: sois puntual, sois sóbrio, sois metódico, no falta nada en vuestra casa.

Os seguís olvidando de los eslabones rotos, y como si de intento lo hiciérais, os

acordais de anudar ciertas conversaciones con vuestra mujer, precisamente cuando no estais solo con ella; después os encontrais las visitas, los curiosos, los convidados y los parientes.

Nada de eslabones.

Os da por comer bien y por estar bien servido; os volveis nimio, y os preocupa la salsera y la fuente, y el cubierto y las servilletas.

Cuanto teneis en qué pensar, vuestra vida sigue agitada á pesar de que ya se acabó el quehacer de la boda.

Pasan los meses, viene la primera enfermedad, os afectan, se afectan las visitas, temeis, y aplazais la conversación que teniais preparada acerca de las primeras impresiones y la cadena sigue rota.

Por último, pasa un año, teneis mucha confianza ya con vuestra mujer, y os empieza á parecer inoportuno hablar de lo primero, y lo que es más, os tranquilizais con respecto á este punto, pensando en que vuestra mujer es tan buena mujer que no

debeis calentarla la cabeza con esas cosas, porque al fin podían hacer un mal papel.

El día menos pensado exclamais:

—En fin, ha pasado ya la luna de miel, ya sé lo que es ser casado.

Vivis, vejetais, y acabais por acostumbraros á todo.

Los eslabones no llegaron á unirse.

Después... navegais en la misma tabla que todos los maridos.

Es que al sentir el amor del primer día, abristeis la puerta del mundo espiritual y la dejásteis entreabierta para bajar al mundo de las necesidades materiales.

Lola y don Manuel habían hecho otro tanto.

Estaban expuestos á ser muy desgraciados.

La opinión pública, ese Argos sempiterno, ese juez inexorable, que no sabe pronunciar más que un solo fallo, había lanzado su estigma sobre aquel matrimonio...



## CAPÍTULO XI.

—  
ADIOS.

**E**N la banca del mundo todos los hombres somos jugadores inexpertos.

Afortunadamente, no hemos llegado á leer ni la primera letra de ese libro que se llama porvenir.

Esta ignorancia es la que incuba nuestras mas risueñas esperanzas.

Equivocarse: hé aquí nuestro gran consuelo: hé aquí la muestra palpable de una Providencia que vela por nosotros, y que

le permite al reo de muerte prodigar sonrisas y forjar quimeras para mañana.

Si hubiéramos de saber á punto fijo lo que sucederá mañana, cuán desgraciados seríamos.

La sabiduría infinita ha detenido el vuelo de la ciencia humana, dejándola vivir sólo de momento en momento para que el hombre ignore siempre su mañana, en cambio de saborear el necesario placer de la esperanza.

Ayer no sabíamos, como no lo sabe la hoja del árbol, que soplaría hoy un viento que nos había de arrebatarnos, desde el callado gabinete del novelista, hasta el Paquete inglés.

El mar está delante de nosotros, y nuestra mirada fluctúa entre esa inmensidad que nos fascina, y Gabriel el cerrajero que nos espera con su martillo en la mano.

Entre el mar y Gabriel están nuestros lectores, nuestros queridos lectores de dos años.

A vosotros nos dirigimos para haceros una

confidencia, supuesto que sois amigos nuestros.

Vamos á cumplir con un deber que nos impone el corazón.

Este deber es decirnos adios.

Al comenzar á escribir el presente libro, nos propusimos tratar en él dos cuestiones importantes: la una era la felicidad conyugal; la otra presentar el modelo del obrero.

Para dar cima á esta empresa, nos propusimos escribir dos tomos, y acaso ni esos dos tomos hubieran bastado á nuestra pobre pluma para desarrollar debidamente un plan semejante.

Festinar los acontecimientos, aglomerar los hechos, y escribir con la precipitación del que desea concluir, hubiera sido malograr el plan, mientras que, por otra parte, dejar la obra en suspenso no era tampoco conveniente. Era preciso, pues, optar por un medio y es el siguiente:

Dejaremos terminada la narración histórica de los sucesos; daremos el último toque á la acción dramática de la obra, quiere de-

cir, sabrá el curioso lector *en qué pararon* sus personajes conocidos; pero en cuanto á la parte filosófica, no está en nuestra mano completarla, y nos conformamos con dejar iniciada la importante cuestión que fué nuestro tema, desprendiéndose naturalmente de los cuadros hasta aquí trazados estas grandes verdades: el materialismo es enemigo del matrimonio, es necesario espiritualizar el amor so pena de descender al desacuerdo: el matrimonio contraído por medio de la unión moral perfecta es inexpugnable.

No somos de los descreídos para quienes la felicidad conyugal es una quimera, y para los cuales no hay unión moral perfecta.

Esta unión puede existir siempre que la educación de los contrayentes los induzca á estudiar ese equilibrio delicado de las pasiones, y los efectos entre dos individuos de contrario sexo.

Si bien lo analizamos, nada puede ser mas armónico que esa unión moral atendiendo á que si bien la mujer es un enigma viviente, en la variedad de sus prendas mo-

rales hay elementos indestructibles, hay debilidades que valen por toda la fuerza del hombre, y heroísmos que valen por todas las vilezas.

Después de venir debatiéndose hace mucho tiempo la intrincada cuestión del matrimonio, hoy se llega como en el término de un viaje á estas soluciones terribles: la ley penal, el divorcio, el castigo sobre la desgracia, el escarmiento que á nadie aprovecha, el derecho ultrajado, la honra escarnecida, la justicia por mano propia, la deshonra por la honra, el deshonor por la venganza, y en ese dédalo del que difícilmente saldrán, ni la ley, ni la sociedad, nosotros nos habríamos remitido al origen de las cosas, para traer de allá una consecuencia saludable y sin necesidad de apelar á nuevas utopias que son emanadas, es cierto en lo general, por un noble arranque de indignación contra el crimen; somos de opinión que vale más prevenir que castigar, y que nada nuevo tenemos que inventar para cortar el cáncer social, sea cual fuere la for-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
UNIVERSITARIA  
"D. REYES"  
SAN ANTONIO, NUEVO LEÓN

ma en que se presente y el carácter que tome, supuesto que en materia de moral está dicha la última palabra.

Sentimos, por lo tanto, que este nuestro trabajo, que creemos de alguna utilidad, sea interrumpido por un acontecimiento, por el cual esperamos habrán de felicitarse muchos de nuestros lectores.

En suma, el autor de la LINTERNA MÁGICA va á hacer un viaje, y como quiera que la pluma de FACUNDO ni se ha cansado, y mucho menos se ha dado ya por satisfecha con solo siete libros, al escribir el fin del Tomo 7.º, y decir adios á sus queridos lectores, les ofrece aún nuevos libros que seguirán y aún con variados colores, ameniando algunos ratos de solaz.

Y como FACUNDO no renuncia al placer de seros útil y agradable, y de entretener siquiera algunos ratos vuestra atención, os asegura que donde quiera que esté, se acordará que sus impresiones y sus sentimientos pertenecen á un círculo querido de amigos que durante dos años lo han acompañado

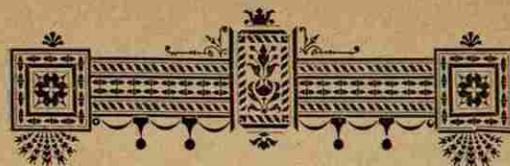
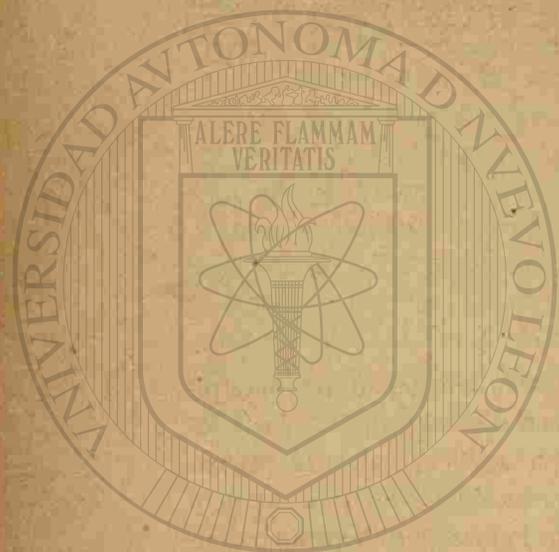
en ese vasto campo de la idealidad y el pensamiento.

Si entre vosotros, lectores amigos, hubiera habido ya quien aproveche algunas de mis tendencias moralizadoras, ese bien fraternal, de que he sido autor, es mi laurel, y ojalá que mis obras escritas siempre por amor al bien, puedan enjugar alguna lágrima, enjendrar una esperanza, ó sembrar una noción provechosa. Tal es al menos mi tendencia, tales mis deseos más ardientes.

Pronto, muy pronto volveremos á estrechar nuestras relaciones de dos años, y será cuando os cuente lo que observe en otros países, cuando esté frente á otros hombres y estudie otras costumbres.

Viajaréis conmigo, y os convenceréis de que siempre agradecido á vuestra benevolencia, FACUNDO no os olvida.

Entre tanto, cumplamos con el deber de daros en un epílogo, la violenta conclusión de GABRIEL EL CERRAJERO.



#### EPÍLOGO.

---

**S**EGÚN lo minucioso de nuestros apuntes históricos, habríamos todavía de llenar algunas páginas con solo la relación de los sucesos; pero extractaremos lo más posible para no abusar de la paciencia de nuestros lectores.

Don Manuel y Lola estaban á punto de entregar el talismán de su felicidad á Zubieta; pero ya hemos dicho que Zubieta no estaba corrompido, podía decirse de él que había sido alegre, pero sin pasar los límites del honor y del deber. Zubieta no había

sido uno de esos calaveras de mal género que lo sacrifican todo á la vanidad de una conquista; por el contrario, más de una vez en su juventud se le había visto sacrificar sus palmas de victoria á una consideración de deber y de honra.

Bajo este punto de vista, Zubieta fué un hombre como hay pocos.

Zubieta en los momentos en que le hemos conocido, estaba á punto de triunfar completamente; pero sintiendo en su interior el solemne aviso de sus sanos principios, se manifestó una vez más, grande y generoso.

Zubieta se retiró de la casa de don Manuel, pero no en vergonzosa derrota, sino dejando conocer toda la generosidad de su conducta.

Hizo un viaje á Rio Janeiro en donde tenía parientes é intereses.

Sólo una cosa no pudo conseguir Zubieta, y era que Lola no le rindiese interiormente el culto que todas las almas bien nacidas saben tributar á las acciones generosas.

La casa de don Manuel se tranquilizó Lola puso de su parte toda esa santa abnegación de que es capaz una mujer virtuosa para conservar la paz de su matrimonio.

Hay virtudes del hogar que son toda una epopeya de sacrificios y de heroicidades que pasan desapercibidas para el mundo.

Esas virtudes hacen del hogar un santuario adonde no penetra el ojo del público, pero sí la mirada de un ángel invisible que es un celeste intercesor, un compañero divino de esos dolores misteriosos y tristes que sólo en la otra vida tienen recompensa.

Pobre Lola! pobre mujer! es justo amarla cuando enseña á reír; pero es necesario adorarla cuando sabe llorar en secreto.

.....  
En cuanto á Gabriel, nuestro pobre niño, llevó siempre sobre sus espaldas ese fardo pesado destinado en el mundo, para oprobio de los padres, á los hijos de la desgracia.

Parecía que á Gabriel lo perseguía una

maldición; luchaba contra una suerte tenazmente adversa y sus repetidas vicisitudes, acabaron por imprimir á su carácter un sello de tristeza profunda; las líneas de su fisonomía fueron severamente corregidas por ese maestro inexorable que se llama infortunio, pero en su alma pudo arraigarse el sentimiento de la dignidad, el aprecio de sí mismo, aprendió á sufrir y aprendió á amar. Este fué su aprendizaje para aspirar á ser feliz.

Don Santiago arruinado por Solares y los agentes de negocios, por Estefanía y Sotomayor, y finalmente, por la curia, que como un pulpo bañado en tinta, chupa con cien mil patas de papel sellado la sangre de los clientes. Don Santiago, decimos, al acabar con su resistencia, entregó el despojo de su cuerpo cansado á su postrera enfermedad, á ese horrible peaje que tenemos que pagar para pasar de la vida á la muerte.

Gabriel supo al fin, porque no faltó un viejo que se lo contara, quién fué su padre y lo que fué su padre; supo quiénes eran

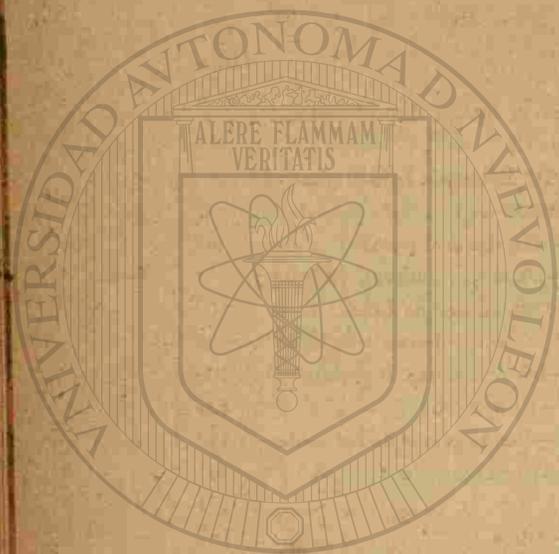
Estefanía y sus hijas, y una noche en que la policía allanaba una casa de la calle de San Pedro y San Pablo, y sacaban del garito para exponerlas á la vergüenza á muchas mujeres perdidas, Gabriel movido por la curiosidad fué de los espectadores.

La policía acababa de poner coto á una orgía, y hacía colocarse entre filas á muchas mujeres grotescamente ataviadas de baile y á varios jóvenes decentemente vestidos.

Gabriel, que como hemos dicho, ya conocía todos los pormenores de su historia, miró entre las mujeres reos á Elvira y á otra de sus hermanas.

Eloísa reía con la sonrisa idiota del borracho.

Gabriel se acercó á contemplarlas á la luz de las linternas de los guardas, y en medio de un dolor que no podemos describir, se cubrió la cara con ambas manos y cabizbajo y abatido se retiró con paso vacilante, diciendo para sí estas palabras: «LAS HIJAS DE MI PAPÁ.»



## INDICE.

	<u>Páginas</u>
CAPÍTULO I.—En el cual se dan al lector recetas útiles. . . . .	7
CAPÍTULO II.—D. <sup>a</sup> Estefanía bajo el punto de vista financiero . . . . .	27
CAPÍTULO III.—Los dos mil pesos. . . . .	45
CAPÍTULO IV.—De lo que hicieron Zubieta y don Manuel tratándose de Lola. . . . .	58
CAPÍTULO V.—Las visitas de tarde en tarde. . . . .	83
CAPÍTULO VI.—Sesión secreta de reglamento. . . . .	105
CAPÍTULO VII.—El aprendiz . . . . .	127
CAPÍTULO VIII.—Los negocios de las gentes. . . . .	143
CAPÍTULO IX. . . . .	155
CAPÍTULO X. . . . .	171
CAPÍTULO XI.—Adios. . . . .	187
EPÍLOGO. . . . .	195

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA LANTERNA MÁGICA

SEGUNDA ÉPOCA.

SEVILLA

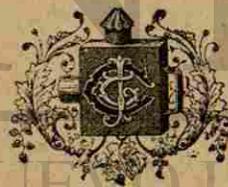
BOCETO AL FRESCO

(INÉDITO)

POR

FACUNDO

1892

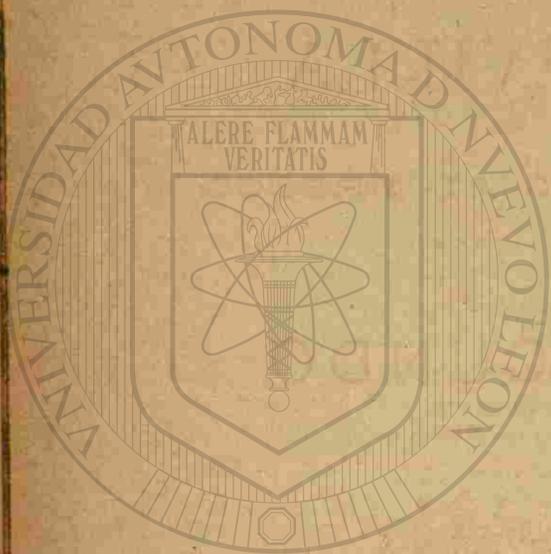


SANTANDER

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD.

CALLE DE VAD-RAS, NÚMERO 3.

1892.



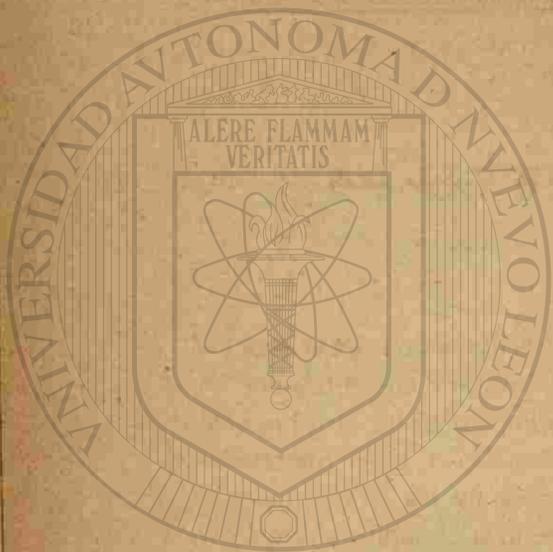
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 BLANQUEZ, BARRA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## SEVILLA

**S**ALIMOS de Madrid por la estación de Córdoba y nos instalamos en un compartimiento de capacidad para ocho personas. Así están contruidos aquí los vagones de los ferrocarriles; lo cual tiene la ventaja de formar en cada departamento una pequeña familia durante veinte y tres horas; y como de todas partes aflúa gente atraída por la renombrada Semana Santa de Sevilla que terminaba este año con el comienzo de la Feria, otra verbena tan popular como la primera, éramos efectivamente ocho completitos los pasaje-

ros de mi compartimiento. Dos señoras gordas, de esas que abundan tanto en esta tierra, que no perdonan fiesta ni romería en todo el año; dos señores maduros relacionados, no sé en qué grado, con las gordas; una joven, casada recientemente, con su cria y su nodriza, un guardia civil, un sacerdote y FACUNDO

He aquí la familia improvisada del compartimiento ó coche número 1112.

El trajín de la estación era como el de todas las estaciones de ferrocarril; sólo que aquí, la idiosincracia de la nacionalidad tiene constantemente puesto el pié en el pedal del fuerte, y los voceadores de periódicos y loterías se encargan del fortísimo, por que gritan á reventar.

Hay otro rasgo característico, y es el infinito número de pordioseros de ambos sexos que le piden á V. en todos los tonos de la mendicidad, ó no satisfechos de su jerga plañidera le cantan, le tocan la guitarra, la flauta, el pito y el organillo, ó lo enseñan muñones, explotables á falta de industria,

y sobre todo le interrumpen á V. y le importunan cuando habla con alguno, cuando lee, cuando saca el billete, cuando da propina á criado ó cochero, porque en el código de la mendicidad figura en primer término el de la indiscreción obligatoria.

Después de repetidos avisos de campanas y pregón solfeado sonó por fin el pito, jadeó la máquina y el tren se puso en movimiento.

Parece inútil advertir que la cantidad de bultos manuales de que iba atestado el coche de *mi familia* era infinito. Las gordas llevaban provisiones de boca para un mes, sin cuidarse de que la criada, Menegilda, hubiera puesto el queso entre los pañales y los bollos y la jeringa en el mismo cesto.

Los señores maduros no tardaron después del primer arranque del tren, en entregarse de lleno á la política, como si estuvieran en el café, que es donde la hacen todos los días; y del relato de los últimos sucesos pasaron al ensañamiento más despiadado contra el gobierno. Uno de ellos encontraba el

remedio radical de todos los males de España en una horca perpetua, y su compañero corroboraba la especiota escandalizándose de que en lo de Jeréz no hubieran ahorcado más que á cuatro prójimos.

El guardia civil, como guardia civil, no hablaba, la criada como criada, solo respondía, el sacerdote como extranjero tampoco hablaba y yo menos, de manera que en *mi familia* quedaban ya suficientemente definidos los actores y el público.

En un compartimento de ocho personas *tête à tête* es inútil pretender que haya el servicio de aguas, tan inseparable de las exigencias humanas, de manera que si usted necesita lavarse las manos ó apagar la sed, debe esperar á que pare el tren, apearse y entonces.

Para el tren frecuentemente á cortos tramos; solo que el pregón grita seis minutos, y el maquinista, que va retrasado, se come cinco; y á la consideración de ustedes dejo los percances que á los viajeros causa la supresión de cinco minutos.

Por fin se llega á estación en donde se conceden veinte para que almuercen cien pasajeros. Subía, pues, de punto la provisión de las gordas al almacenar provisiones de boca. Se las reconocía como avezadas á expediciones y acertaban. Una pelaba alcahofas crudas con los dientes para entretenir el hambre y el tiempo, la otra comía chuletas frías con pan duro y los políticos bebían Valdepeñas.

A medida que oscurecía crecía el horror que me inspiraba la noche. Iba yo á dormir si podía, con las gordas, con el guardia civil, con la nodriza, con la niña y con el sacerdote, *sans façon*, enteramente en familia y no es decir que por mi gusto; porque pretendí pasarla en carro de dormir, y me pidieron doscientas ocho pesetas extra, por mi extravagancia; y no precisamente por economía sino por no singularizarme me resigné á rehusar el cambio de postura.

Por fin oscureció y comenzó el primer acto nocturno con esa lucha que se empeña entre una madre, una nodriza y una cria-

tura que rabia, que se desgañita, y para cuyos extremos son impotentes el cambio de regazo, los cantos de la criada, los regañíos y los mimos de la mamá, los relojes de los bolsillos, el juguete de campanitas, el pito y todo lo que la previsión maternal lleva para el caso.

Ya casi rotos los tímpanos de toda *mi* familia la niña al fin sucumbió al sueño y ya era tiempo.

Después siguió el trasegar de balijas con un afán como si buscaran colchones; las gordas y la criada removieron todos los cachivaches y se enfadaban por que Menegilda les daba en lugar de un pañuelo una servilleta. Uno de los políticos inflaba una almohada de viento, el otro se cambió las botas por sus zapatillas que no parecían, el guardia civil se puso montera en lugar del sombrero montado incómodo para dormir.

—Mira, Gilda, ahí donde están las alpargatas nuevas de la niña, viene el éter; dá-melo, por que ya me viene el dolor de cabeza, dijo una de las gordas suspirando.

Gilda trasegó media hora pero encontró el éter, los vecinos de las ventanillas cerraron los cristales y la gorda destapó el éter, que á poco rato se apoderó de la atmósfera respirable del dormitorio, la anestesia era inminente, y la gorda seguía mala y seguía suspirando.

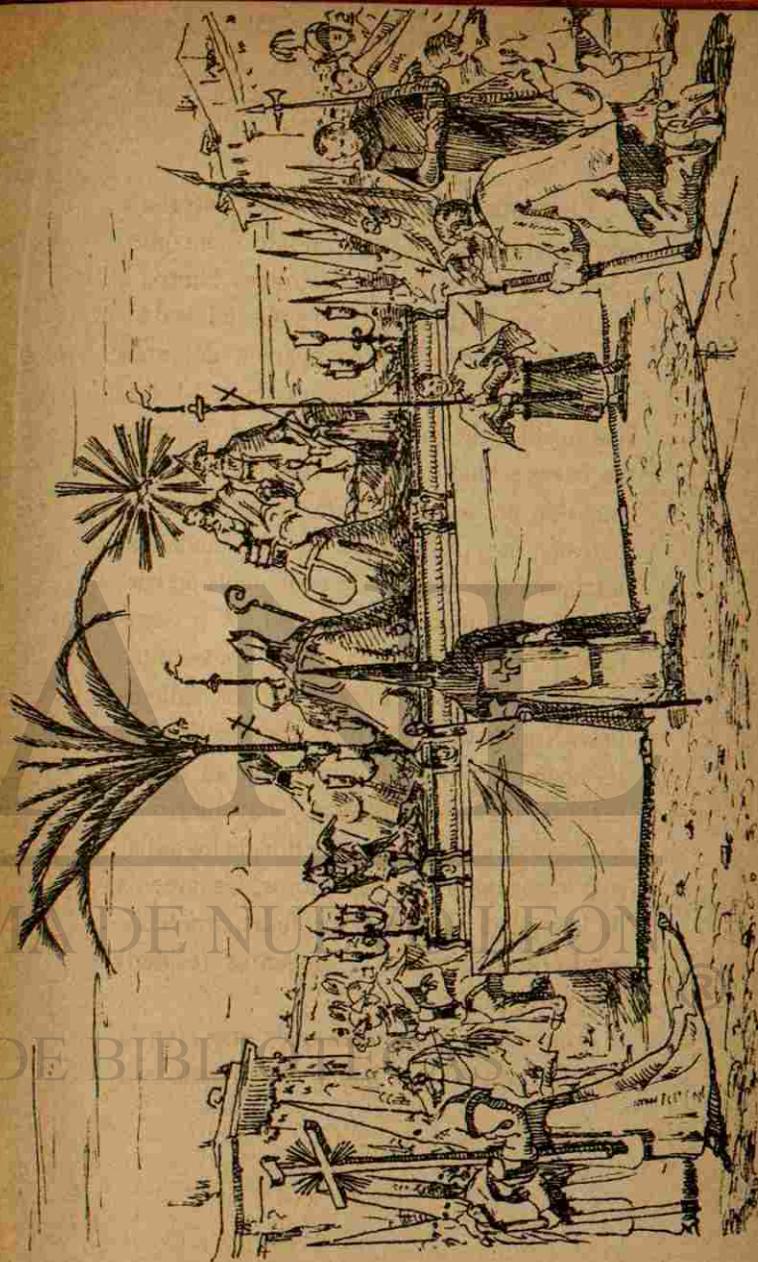
—Te lo dije mujer, gruñó de mal talante uno de los políticos, te va á dar el dolor.

Alguien corrió debajo de la tronera del techo que daba luz de petróleo una cortinilla negra en señal de recogimiento y empezó el silencio dentro del coche. Bien pronto los posibilistas y el guardia civil roncaban á trío, á pesar de que á otra de las gordas le vino una tos que duró el resto de la noche, durante la cual cada quisque empleó el único recurso aceptable, que era el ensayar nueva postura. Así nos sorprendió la aurora, sorprendida á su vez de nuestra facha, pero al fin era el nuevo día y por lo tanto se acercaba el término del viaje.

Llegamos á Sevilla á la sazón atestada de viajeros; pero á precio doble é incómodos tuvimos hotel. Era Miércoles Santo.

Los moros de hace ocho siglos edificaban sus ciudades con la preocupación del enemigo invasor; preocupación común á todos los pueblos de entonces, y si á esto se agrega la necesidad de buscar sombra como refugio de un sol abrasador, se explicará la extraña, hoy, topografía de sus ciudades; intrincados laberintos de callejuelas en curva que el tranvía moderno recorre sin embargo, á riesgo de espachurrar transeuntes contra las paredes laterales de los callejones. No obstante la moderna civilización ha hecho lo posible por imprimir su carácter á las ciudades moriscas y ha abierto el *boulevard* y edificado al rededor de los adnares ó gazaperas de los moros, las afueras de la ciudad plantando profusas arboledas y edificando aireadas y elegantes residencias entre jardines.

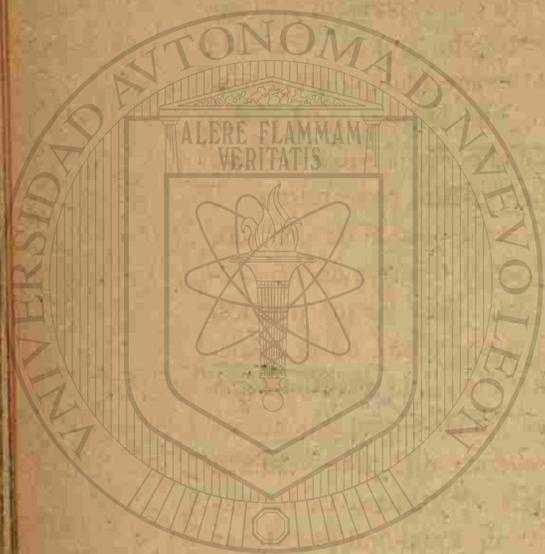
Comenzaban las procesiones que eran la gran atracción que había congregado allí



algunos miles de viajeros de muchas leguas á la redonda movidos, puede asegurarse, no por un sentimiento correctamente piadoso, ni siquiera romero, sinó por la curiosidad de presenciar un espectáculo, retrocediendo algunos siglos, pues tal es hoy el verdadero atractivo de la Semana Santa de Sevilla, tanto para fieles como para turistas.

Forma el carácter de esa fiesta que luce todavía al través de la reforma de las costumbres, de la civilización de los pueblos, de la filosofía moderna y aún de la relajación de los sitios piadosos, la representación de lo que pudiera llamarse propiamente un carnaval religioso, sostenido por el espíritu de cuerpo de algunos centenares de hermanos, cofrades, cuya misión moral es sostener el *statu quo* del culto externo religioso, al través del espíritu del siglo y de la civilización moderna.

La juventud sevillana indocta, fomenta este movimiento retrógrado, no precisamente por mantener incólumes el rito religioso y la piedad cristiana, sino por ese re-

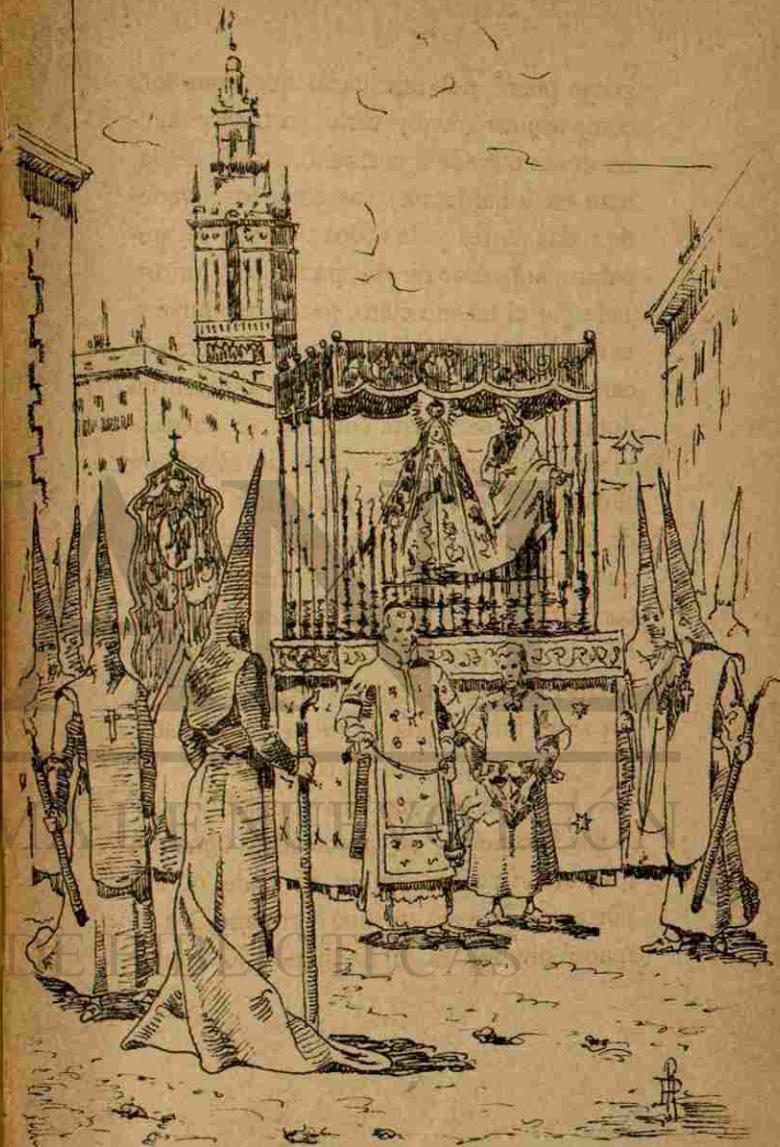


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gocio pueril del muchacho que considera como asunto grave y serio vestirse y figurar como cofrade ó nazareno, como se llaman estos hermanos, y así como los jóvenes de todas partes y de todos tiempos se preparan para gozar de esa franquicia, autorizada por el mismo clero, para prepararse á la abstinencia de la cuaresma y compran la careta de raso y los guantes y alquilan un dominó de seda para confundirse entre la multitud desenfadada y loca, así el cofrade sevillano, obedeciendo por rutina al rigor de la tradición, se confecciona, no sé con qué sacrificios, una túnica de merino blanco con larga cauda que recoge en el brazo haciendo el papel de aquel monigote que se casó á pesar de ser muy feo, y cuya novia al ser interpelada sobre lo que le había visto para casarse con él, contestó:

—El garbo con que saca el cirial.

Efectivamente, en cierta edad tiene un gran atractivo un cambio de traje, no importa que éste sea místico ó profano, Nazareno ó dominó, es lo de menos; lo impor-



tante son los guantes blancos, los zapatos de charol, la seda, la careta para figurar en una agrupación, bien sea lividinosa ó mística, bien sea carnaval ó procesión de Semana Santa.

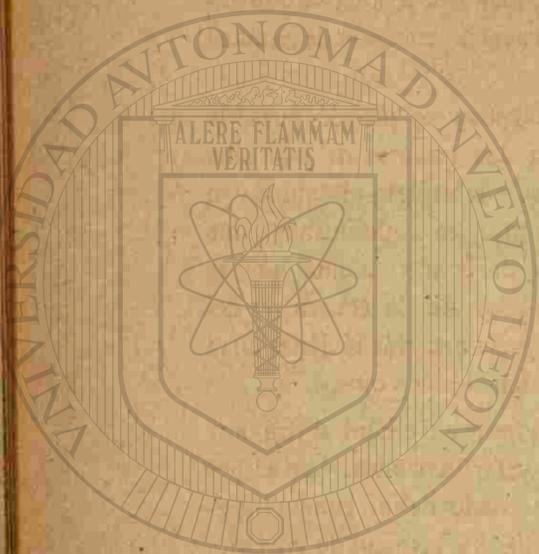
El máscara religioso se provee, pues, de la túnica blanca, los guantes de cabritilla y el calzado fino, y completa el equipo con un capuchón de raso, morado fushina, que termina en un cucurucho piramidal que se ensancha al rededor de la cabeza y del cuerpo sin dejar más que dos agujeros en el lugar que coinciden con los ojos.

Lleva además un grueso cordón con borlas de oro para ceñir la túnica, y en el pecho un escudo bordado de oro con las insignias de la Cofradía. Va armado de un cirio, de grosor medido por la vanidad del Cofrade.

Estos son los nazarenos.

Y como estas costumbres nuevas remueven en mi memoria cuentos viejos, allá va uno á propósito.

Había en cierta ciudad de México, en



tiempos bien pasados, lo que llamaban procesiones de sangre: en ellas figuraba un grupo más ó menos numeroso de nazarenos; pero de muy distinto género de los Sevillanos. Aquellos nazarenos no eran movidos por la vanidad de la juventud, sino por la vanidad del fanatismo que es de las vanidades humanas de las más funestas. Aquellos nazarenos eran generalmente viejos que en vez de ataviarse se desnudaban de medio cuerpo y su obligación era azotarse las espaldas con haces de espinas en todo el trayecto de la procesión, hasta hacerse sangre.

Entre aquellos nazarenos figuró un día borrachín, malvado, pendenciero é incorregible, muy conocido en la población.

En una de las paradas de la procesión, le tocó al borracho que era de los penitentes que más se desangraban, pararse junto á un espectador conocido, que no pudo menos que exclamar:

—Qué es esto Juan! Tu penitente!

—No, señor amo. No es penitencia.

—¡Entonces...

—Es para que vean que hay *hombrecitos* en la procesión.

\*  
\* \*

Los nazarenos forman pues en numerosa mascarada el carácter de la procesión: los hay de todos colores, pero todos, negros ó blancos, con el característico cucurucho puntiagudo de una vara de alto.

Cada Cofradía va presidida por una comisión del ayuntamiento y escoltada por una banda militar y un piquete de infantería. En el centro de la comitiva van *los pasos* de los cuales se formará idea el curioso lector por los grabados que acompañan á este artículo.

Las andas ó plataformas que sirven de pedestal á *los pasos*, son en lo general riquísimas, de plata, oro y terciopelo que forma alrededor del aparato una cortina que cubre á los cargadores, que en hombros y á oscuras las conducen.

Estos devotos cargadores son en algunos pasos hasta en número de treinta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

1925

Las vírgenes de aquí están todas de *grand tenu*; ninguna lleva el modesto manto de lana de la Virgen María, sino un riquísimo manto de terciopelo negro bordado de oro y de ocho varas de largo. Hay manto de esos que ha tenido de costo treinta mil pesos. Por supuesto que no hay virgen sin pendientes, anillos y soga de brillantes; alguna de ellas está cubierta desde el cuello hasta los pies de piedras preciosas.

Un andaluz que oyó en la puerta de un hotel ciertos comentarios sobre este lujo, exclamó:

—¡Toma! pos no ven que la virgen está en su casa? Esta es la verdadera tierra de María Santísima.

La piedad flamenca tiene sus manifestaciones dilletanti. El paso de *los pasos* es frecuentemente saludado por coros espontáneos que salen de los espectadores, ya de un grupo de devotas, ya de hombres; estos cantos se llaman *saetas* y su letra es siempre una andaluzada á lo divino, muchas de ellas de un género netamente blasfemo.

Los cantos son alternados con gritos. Una voz estentórea grita ¡Viva la Virgen! y el pueblo responde ¡viva! como en un vitor.

Figuran en las procesiones, que duran tres días y una noche, no sólo los nazarenos ya descritos, sinó ángeles pedestres y algunas otras comparsas de centuriones, lujosamente ataviados, con enormes penachos de plumas de avestruz en forma de estrella en los cascos dorados; y como en Roma las centurias eran armadas y equipadas por el jefe, elegido siempre entre los potentados, aquí un centurión *post data* vendió una casa que tenía no para equipar soldados, sino para hacerse un traje de lujo que le costó cuatro mil pesos, y que tiene el gusto de ponerse cada año, para representar un personaje de hace diez y ocho siglos ¡qué más quiere!

El jueves y viernes Santo prohíbe la autoridad civil el paso de carruajes y tranvías; se alteran las horas de las comidas, en algunas casas no se guisa; en las fondas hay dos servicios: de carne y de vigilia, y todo

el vecindario, más los forasteros que son algunos miles están en la calle.

Como en la Semana Santa debe hacer calor las gentes toman toda clase de refrescos, pero principalmente toman agua, que es lo más natural y lo más barato desde Adán, y pululan en número infinito los vendedores de agua pregonándola con toda la fuerza de sus pulmones ¡agua! quién quiere agua! ¡Agua fresca (al calor del cuerpo) quién me llama, agua! agua! agua! y las gentes llaman á los aguadores y beben y pagan.

Por supuesto que en todas las iglesias, que son infinitas, como en todas las ciudades españolas, no se omite rito ni ceremonia religiosa en toda la Semana Santa, pero las procesiones les quitan la gente y los padres cantan y ofician solos.

\* \* \*

Los forasteros que afluyen la Semana Santa á Sevilla de todas partes del mundo

entretienen el tiempo visitando los edificios notables.

La Catedral es uno de los monumentos que más llaman la atención. En 1401 el cabildo eclesiástico, en un arranque de fervor religioso, acordó: «*Hagamos una catedral que las generaciones venideras nos tengan por locos.*» No tardó más que un siglo en construirse, pues en 1506 estaba casi concluída; pero á los cinco años se desplomó la cúpula central, (el diablo de las prisas), que reedificada duró hasta 1888 en que se hundió de nuevo.

Hoy no se puede ver más que una parte de la catedral porque el resto está apuntalado y con andamios.

No obstante, se puede decir que es una catedral muy notable, edificada de cinco naves en la area que ocupó una mezquita. Su arquitectura es gótica pero con mezcla de los estilos ojival germano, greco romano y arábigo.

La giralda que sirve de torre á la catedral perteneció á la mezquita, y está cons-

truida por los árabes desde el año 1000 de la era cristiana.

El real alcázar construido por los moros fué el palacio de sus reyes, y después la residencia de los reyes católicos. Contiene obras de todas épocas especialmente del tiempo de D. Pedro el Cruel.

Está rodeado de muralla almenada, y en su arquitectura predomina el afligranado estilo árabe, refinado en algunas partes del edificio como en el salón de Embajadores, los patios de las doncellas, de las Muñecas y otros. Los moros tenían ocasión y espacio suficiente para darse gusto, y plantaron en el terreno adjunto al alcázar, espléndidos jardines en que predomina el naranjo, el arrayán, las rosas y las palmas; hay estanques y caprichosos juegos hidráulicos, que ya forman cascadas en paredes cubiertas de vegetación, ó ya forman bóvedas acuáticas que es el quitasol más fresco que pueda imaginarse; el arrayán, podado convenientemente desde el tiempo de los moros, forma los muros laterales de las calles del jar-

dín, donde también hay baños construidos en un subterráneo buscando el fresco del ambiente. No cabe duda en que los árabes sabían vivir y se procuraban todo lo que constituía su culto al placer.

Temeroso de hacer demasiado extenso este artículo, renunció á describir todo lo que ví que llenaría un volumen. No obstante debo mentar el palacio de San Telmo, propiedad y residencia actual de los duques de Montpensier, situado ventajosamente al lado del Guadalquivir, al frente del paseo de Cristina, al fondo y después de extensos y bien cultivados jardines, el prado de San Sebastián y el huerto Mariana. Es una verdadera residencia regia.

Y como mi intento es señalar lo que encontré de típico y característico hablaré de la Fábrica de tabacos; no por la importancia del vicio, ni por la suntuosidad del edificio, digno por cierto de mejor aplicación, sino por que la manufactura de cigarros tiene no poca importancia en las costumbres del pueblo de Sevilla.

Se reúnen allí diariamente de tres mil á cuatro mil mujeres á torcer cigarros, para ganar uno de los más exigüos jornales del proletariado, pues se necesita una destreza excepcional, para ganar en ocho horas treinta céntimos de peseta; familias enteras se dedican á esta faena insuficiente para cubrir las principales necesidades de la vida; pero como es casi raro que en una familia pobre no haya por lo menos una muchacha de hermosura notable, empieza á tener explicación la indeficiencia del jornal.

Efectivamente en el pueblo pobre de Sevilla hay abundancia de beldades, al grado que la salida vespertina de las tres mil cigarreras se verifica entre numerosas filas de curiosos espectadores; y como entre las tres mil cigarreras llevan en la cabeza y en el pecho lo menos tres mil flores naturales, incluso las cigarreras que ni por esas, resulta una procesión de enfloradas que no hay más que pedir. Con la flor entran, con la flor trabajan y salen con la flor.

No es extraño ver una setentona con dos

lindas rosas príncipe Alberto fregando un patio, ni una billetera que le ofrece á V. el premio gordo con un hermoso clavel en el copete; para eso se dán las flores en esta tierra de María Santísima.

Los bailes y los cantos populares son y han sido siempre la acentuación típica de los pueblos. Yo no había oído más que las saetas; conocía al pueblo andaluz por un lado y para conocerlo por el otro, no me conformaba con lo que sabemos por las zarzuelas españolas; me proponía ver lo original.

—Para eso, me dijo mi cicerone, es necesario ir al burrero.

—Y qué es eso!

—Un café cantante donde bailan y cantan; y para quitarme los escrúpulos, me dijo los nombres de visitantes extranjeros distinguidos, entre ellos el Rey de Suecia cuando viajaba de incógnito.

—Así es precisamente como yo viajo siempre, de manera que vamos al burrero.

Se llama así por que el primero que lo

estableció en Sevilla comerciaba en burros.

Es un amplio salón donde en lugar de butacas hay mesas, sillas y cantina. El foro lo ocupan en un estrado de tres lados unos músicos de guitarra y hasta diez y seis muchachas con vestido de percal claro con cola, rico *mantón de Manila*, tápalo de burato Chino bordado, y las flores de reglamento.

Los bailes y cantos son jotas, boleros, tangos y fandangos y peteneras, malagueñas y demás cantos zarzuelescos.

Generalmente bailan una á una para lucir todo el donaire de movimientos, que dejan atrás los de la legítima danza habanera.

Los músicos cantan, las muchachas corean las coplas y llevan el compás con palmas ó tocan las castañuelas.

Los hombres entre copla y copla gritan, con el mismo acento con que desatas can un carro en un lodazal, y azuzan á las muchachas con las frases ¡Olé! ¡Viva la gracia! ¡Vivan las mujeres! ¡Olé! anda Juanita ¡Viva la sal! etc.

El local está coronado por una fila de

palcos á donde acuden de visita las bailadoras para dejarse obsequiar con vino ó refrescos y con propinas para flores.

\* \* \*

Empezaba la feria y con ella la multitud de regocijos y espectáculos consiguientes. El lugar de la feria empieza en una calle ancha tirada á cordel, que desemboca en el paseo de grandes calzadas pobladas de árboles y de gran extensión. Los faroles del gas colocados en columnas de hierro, cada diez varas y uno enfrente á otro, son enlazados por cañerías de hierro en forma de arco cubierto con luces resguardadas por bombillas blancas. Este techo en forma de bóveda de miles de luces, dan á la calle y al paseo el aspecto más pintoresco que pueda imaginarse; pero al comenzar las arboledas de las calzadas, y en toda su extensión, hay á cada lado una serie de tiendas consecutivas, que cada familia ha preparado para su regalo, mandando conducir

el piano, las cortinas, las alfombras, los sillones y las macetas de la casa. Allí cada familia recibe y obsequia á sus visitas y se improvisa baile de lanceros donde hay piano y de bailes y cantos populares donde solo hay guitarras y castañuelas. Estas tiendas, como fosos de teatro, dan á las calzadas del público pedestre, laterales á la ancha calzada de los carruajes. Sobran pues elementos para pasar alegremente los tres días de la feria y al mexicano no puede menos de hacerle todo aquello la impresión de una zarzuela colosal al aire libre, donde figuran confundidos actores y público.

Pululan las Carmen, las Menegilda, y todos los coros de las zarzuelas españolas que conocemos, todas con flores, desde las damas aristocráticas que ocupan un landeau y llevan en la feria la clásica mantilla blanca, hasta la linda cigarrera que gana quince céntimos.

El pueblo español vive de fiesta y está dispuesto siempre á divertirse. La población vive en la calle, en los cafés y en los espec-

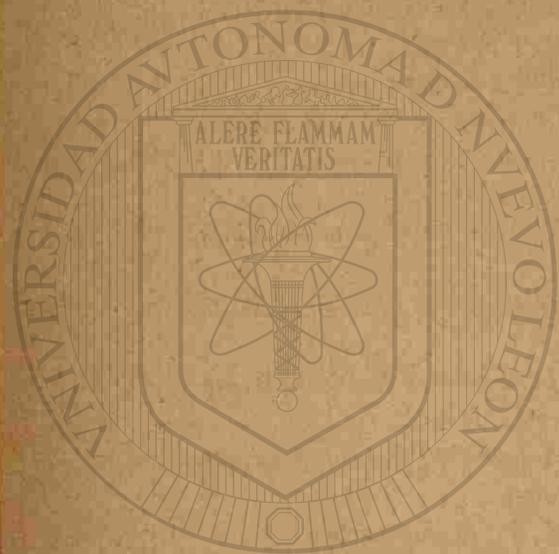
táculos públicos, constantemente concurridos y, no en pocos, la casa llena, como dicen los actores.

Las señoras de la aristocracia van al café, pero en cambio la serie de diversiones y desveladas cuotidianas llega á alterar no pocas veces la salud de las jóvenes.

Los cafés son tertulias que suplen á las que cada uno haría en su casa; allí se recibe, se charla, se pagan visitas, se cita, y las señoras aceptan de lleno este género de vida. Entran al café sin necesidad de acompañante, rodean una mesa y se hacen servir, reposan el servicio largas horas hasta después de media noche y *tutti contenti*.

Madrid, Mayo 20 de 1892.

FACUNDO.



# OBRAS

DEL MISMO AUTOR

Y PUBLICADAS EN ESTA EDICION.

- TOMO I.—*Baile y Cochino*.....
- TOMO II.—*Ensalada de pollos*, (1.<sup>a</sup> parte).
- TOMO III.—*Ensalada de pollos*, (2.<sup>a</sup> parte).
- TOMO IV.—*Los Mariditos*.
- TOMO V.—*Historia de Chucho el Ninfo*,  
(1.<sup>a</sup> parte).
- TOMO VI.—*Historia de Chucho el Ninfo*,  
(2.<sup>a</sup> parte).
- TOMO VII.—*Los Fuereños. La Noche Buena*.
- TOMO VIII.—*Mis Poestas*.
- TOMO IX.—*Articulos ligeros sobre asuntos  
trascendentales*.
- TOMO X.—*Id., id., id.* (2.<sup>a</sup> parte.)
- TOMO XI.—*Isolina*, (1.<sup>a</sup> parte.)
- TOMO XII.—*Isolina*, (2.<sup>a</sup> parte.)
- TOMO XIII.—*Las Jamonas*, (1.<sup>a</sup> parte.)
- TOMO XIV.—*Las Jamonas*, (2.<sup>a</sup> parte.)
- TOMO XV.—*Poestas*.
- TOMO XVI.—*Las Gentes que son así* (1.<sup>a</sup>  
parte.)

TOMO XVII.—*Las Gentes que son así* (2.<sup>a</sup> parte.)

TOMO XVIII.—*Las Gentes que son así* (3.<sup>a</sup> parte.)

TOMO XIX.—*Las Gentes que son así* (4.<sup>a</sup> parte.)—*Las Posadas.*

TOMO XX.—*Vistazos.*

TOMO XXI.—*Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales.* (2.<sup>a</sup> serie.)

TOMO XXII.—*Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales.* (2.<sup>a</sup> serie.)

TOMO XXIII.—*Gabriel el cerrajero, ó las hijas de mi papá* (1.<sup>a</sup> parte.)

TOMO XXIV.—*Gabriel el cerrajero, ó las hijas de mi papá* (2.<sup>a</sup> parte.)—*Sevilla, boceto al fresco, artículo inédito.*

TOMO XXV.—*El Pecado del siglo* (1.<sup>a</sup> parte) en prensa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



D'ATLONCE... NUEVA  
GENERAL DE BIBLIOTECA

Fragment of a white paper label with some illegible text.